

Suelta
Hilo a la cometa

Onésimo Fernández Rubio



Dedicatoria

A la memoria de los amigos que formaron parte importante de mi vida y que ya se han ido.

Fidenciano Franco, El hermano querido.

Paquito de La Fuente, el primo y querido amigo.

Ramonín Redondo, el amigo de mi amanecer.

Jerónimo Molina, el Maestro

Horacio marcos, el Kubalina amigo.

José Ortego, el inolvidable amigo de las horas finales del bar.

Lolo Palacios, el bravo amigo, compañero de estudios.

Luis Alberto Cuervo, el caballo repinto, amigo de tantas horas.

Jesús Manovel, el amigo de la niñez.

Delfín Fontanillas, el novelesco personaje benefactor.

Mariano “Serranillo”, el buen amigo de León.

Tancio De La Torre, el bullicioso amigo de León.

Hilario Carod y Faustina, dos encantadores maños.

José Luis Rubio, mi iniciador en la medicina espiritual.

Don Pedro Gómez Bosque, el querido profesor, amigo de los alumnos.

José Luis Mera, el hermano de “Peña Retama”

Santos García, el camarero amigo.

Conrado Cuesta, el amigo del alma.

Antonio Palomo, el hermano del internado.

Máximo Linacero, el protector de la infancia.

Pepe Casamián. El bondadoso colega.

Y para **Cuco, Piter, Tomy y Daf**, mis perrillos.

Y, también, para mi **Gatita** blanca y negra.

Agradecimientos:

A Dionisio González De Andrés, corrector de estilo.

¡Hola, Papá!

¡Hola papá!, por más que mis pensamientos vayan de acá para allá, siempre recalcan en ti; eres el inquilino habitual de mi mente, con quien converso acerca de todo y a cualquier hora del día. Conservo, aún frescas, las imágenes de nuestro último encuentro cuando, ya cercano el desenlace, no “quisiste” celebrar tu cumpleaños y permaneciste imperturbable, como raptado, con la mirada fija en un punto lejano a través de la ventana. Con cierto despecho deseé que te fueras, puesto que ya no querías permanecer a nuestro lado, aunque, con mayor intensidad, sentí la pena de la despedida, porque, irremediablemente, buena parte de mí se quedó detenida en esa escena, que presentí última. Fueron momentos en los que sólo tu cuerpo permanecía con nosotros, ya que tu alma, habiendo osado asomarse al abismo de la niñez, quedó fatalmente atrapada en ella. De tus frases incoherentes pudimos deducir que habías regresado a los tiempos en los que quizá tu padre te llevaba a caballo. Y yo, que muchos de mis actos los había concebido para tu contento, me quedé en paro, al albur de la inercia de la vida. Que te despidieras de ese modo fue como una traición, porque ¿en qué caballo habías de cabalgar que no dispusiera de un hueco para tu pequeño? Pero, claro, hube de caer en la cuenta de que habías tenido una existencia anterior a nuestro encuentro, que habías tenido una vida antes de que comenzara la mía, unos amores antes de los nuestros, y era natural que quisieras descabalgarte de tu ahora para volver a los brazos protectores de quienes escasamente te pudieron cuidar, ya que tempranamente hubiste de salir de casa al encuentro con tu destino.

Con frecuencia lloro, pero mis lágrimas tienen la dulzura de la serenidad, son emanaciones de la afabilidad con la que me rodearon tus tiernos cuidados, tus embelesadas miradas. Por ello, cuando la vida se me hace cuesta arriba ya no me quejo, ni digo que sea justa o injusta; hace mucho la acepté como algo que simplemente nos acontece, con igual naturalidad a como se suceden las estaciones del año, como sobre los tejados se posan las gotas de lluvia, o como se suceden las auroras a los atardeceres y la luz a la obscuridad.

Algo parecido me está pasando ahora. Tengo la impresión de que, mientras mis piernas avanzan, mi alma se queda rezagada. Una voz en mi interior me apremia: “¡anda,

vamos...!” y a la par que asiento y me afano por seguir, más que nada por no ser desleal a quienes están a mi lado, mi ser entero torna la mirada, una y otra vez, en busca de las fechas y los escenarios en los que estuvimos todos juntos: mamá, tú y los hermanos, como si yo también hubiera sido secuestrado por los recuerdos. Ellos me conducen forzosamente al Casino de Valencia de Don Juan, a nuestro Casino.

El Casino

En los amplios espacios del Casino dio comienzo nuestra historia. Allí, mis primeras sensaciones se relacionan con una camisita a rayas verticales, azules y blancas, que mamá confeccionó con una tela de tan amoroso tacto que mi piel nunca jamás olvidó. Igualmente, los tempranos recuerdos están unidos a una linda gatita que, a mi reclamo, bajaba presurosa de las copas de los árboles para estar a mi lado y apretarse contra mis piernas, en un ronroneo enternecedor. De pelo blanco y negro, a trozos, nos la trajeron recién nacida. Como era invierno y hacía frío, el frío de entonces, la resguardé en el horno. Fue un milagro que a la mañana siguiente apareciera maullando, sin apenas vida. Pero, pese a la desconfianza que pudo suponer esa mala experiencia inicial, me quiso con locura. Bajaba de los árboles a mi silbido y me acompañaba por la calle, unos metros fuera de casa. Formó parte importante de la nostalgia, cuando fui al internado. Mamá rezongaba por su presencia y fingía echarla de la habitación a escobazos, pero mi gatita debía conocer algún pasaje secreto por el que, burlando la prohibición, amanecía indefectiblemente en mi cama con su carita pegada a la mía, en una experiencia jamás olvidada. Ese misterioso pasaje no podía ser otro que la disimulada tolerancia de Paca. Sería un poco más tarde cuando, procedente de Bembibre, llegaría en un camión de carbón, el Morito, un chucho de pelo negro ensortijado, alegre y vivaz, que recuperaba los ovillos de lana esparcidos por la gatita juguetona, en las estivales tardes de costura, bajo la higuera del patio. Desdichadamente no pasarían muchas fechas para que el parsimonioso tren “burra”, solamente presuroso para trasladarme al colegio, años más tarde, se llevara por delante la vida de nuestro Morito, ocasionando una de mis primeras pérdidas.

Tiempos aquellos que discurrieron pegado a mamá, girando alrededor de ella, como su satélite, tratando de acaparar su luz y su calor. Tanto estar pendiente de ella que conservo, aún vivo, el recuerdo de una tarde en la que, mientras preparaba la cena en la cocina económica, unas lágrimas comenzaron a caer de mis ojos y rodar por mis mejillas. Me preguntó la razón de ello. La respondí que me acordaba de mi hermana Luisina. ¡Mentira! No lloraba por quien no había llegado a conocer, sólo trataba de que cayese en la cuenta de lo bueno que era yo y orientara sus preferencias hacia mí.

Pasada esta fase de perseguida simbiosis vendría la época de las travesuras en la que comencé a explorar la vida fuera de mamá. Una tarde, junto con Paquito y Ramonín, asaltamos la huerta de Benito Patán y nos hicimos con cuantas manzanas cabían en el cestito que formaban los brazos entrelazados y el pecho; con ellas corrimos hacia la salida donde tuvimos la mala fortuna de toparnos de bruces con el dueño. Descargué la mercancía con tanta precipitación que una de ellas hizo impacto en un ojo de Paquito. Llenos de temor por las temidas represalias, nos dispersamos hasta reunirnos en la entrada del Teatro Coyanza, un coqueto espacio con sala de butacas, palcos y gallinero, como los teatros de la capital, donde años más tarde iríamos a mirar por los resquicios de entre las tablas del escenario, en busca de las piernas de alguna joven actuante.

No debía ser un niño fácil porque, de vez en cuando, mamá me sujetaba a la higuera que daba sombra a las reuniones de mujeres, en torno a sus labores. Pero siempre tenía un socio, o yo era socio de alguien, con quien correr una pequeña aventura. En aquella ocasión era Fernandito, un compañero de escalada, higuera arriba, en busca de los riquísimos higos que Paca transformaba en deliciosa mermelada. En una de aquellas ascensiones llegamos al tejado e invadimos el patio vecino. Ante nuestra confusión, apareció la dueña.

-¿Qué hacéis niños? ¿No veis que podéis tener un accidente? Las ramas de la higuera son de poco fiar y podéis caer. Cuando queráis higos decídmelo que os doy la llave y entráis por donde se debe: por la puerta. -Amonestó la misteriosa vecina en tono amistoso.

Supe así de la existencia de una vecina extraordinariamente delicada y amable. Era Isabel, “La Radilla”. Su elegante tolerancia, desposeyó a nuestras aventuras del aliciente que las movía: del reclamo de lo prohibido. Así concluyó la aventura de las higueras.

Es imposible, papá, que te refiera mis recuerdos de forma ordenada, ni que de su narración puedas hacerte una idea ajustada acerca del sentimiento que en mí dejaban esas aventuras porque, como sucede en todas las vidas, el gozo y el pesar están inseparablemente mezclados. No, papá, no estoy divagando. Esto viene a cuento de que ya de muy niño, debía recelar de la bondad de la vida que tenía ante mí. Recuerdo que, mirando a través de la rendija de la mal ajustada ventana de la habitación, en lo que no pasaba de ser una línea luminosa, ya imaginaba un desolador paisaje invernal, algo así como una fantasmagórica estepa desierta, salpicada únicamente de escasos árboles y de bajos arbustos escarchados por la nieve, que desfilaban ante mi, conforme desplazaba la mirada de un extremo al otro de la ventana; una impresión que permaneció fija a lo

largo de los años, tal vez con la misión de apercibirme de que la vida tenía una parte despiadada. Muchos años más tarde, lo que había sido una figuración, como pueda ser la de ver en la disposición de las nubes semejanzas con siluetas de personas, animales o cosas, cobró realidad en Kemerovo, cuando fuimos en busca de Tania y Sacha, los dos preciosos rusitos aparcados en una “casita”. Posiblemente aquellos sombríos pensamientos estuvieran precedidos de alguna de las frecuentes reprimendas de Paca, de quien nunca logré la incondicionalidad, su total beneplácito. Y no porque no me quisiera, sino porque no podía tolerar manifestar el orgullo por sus criaturas. ¡Tan adentro tenía arraigado el lema de “humíllate y te ensalzarán...”!

En la habitación de los hermanos había una gramola junto a gran cantidad de discos que había dejado el arrendatario anterior, un tal Horacio, que luego tomó el traspaso de la “Viña H”, en León. Y en ella oí por vez primera “La Leyenda del Beso”, “El Gato Montés” y “La Boda de Luis Alonso”. Esta última la creí referida al médico del pueblo y al que fuera su mejor alcalde, Don Luis Alonso, promotor del asfaltado de las calles céntricas, de la acometida de aguas y del ajardinamiento de algunos espacios, amén de disposiciones tales como la prohibición de orinar y escupir en las calles, so pena de ser sancionado por los guardias municipales, Macario y Gaspar, entrañables personajes de los que se contaba que en ocasión de ser preguntados por la casa consistorial, bajaron la mirada, y con cándido sonrojo, respondieron “aquí no tenemos de eso; los mozos, cuando se ven en apremio, van a la capital”. En otras ocasiones los remilgos provenían de quienes solicitaban información, como cuando fueron preguntados por los “orinatorios”.

En torno a esas fechas tenía lugar la construcción del depósito de agua, para cuyo fin se almacenó un gran montón de arena en el que Ramonín y yo disfrutábamos escondiendo las sandalias y revolcándonos descalzos, Tan a fondo nos entregamos al juego de pensar que los montones de arena eran aguas sobre las que podíamos nadar, y tan escondidas debí dejar las mías que no hubo forma de encontrarlas. Se hacía de noche y ¡que si quieres! Volví a casa descalzo y mamá aplicó la zapatilla allá donde menos lo necesitaba para andar.

El Esla, temible río que en los inviernos salía de su cauce para anegar grandes extensiones y provocar el toque angustioso de campanas en Cabañas, ejercía tal fascinación que ni Ramonín ni yo éramos capaces de resistir la tentación del baño furtivo. Tenía el río lugares míticos, como los pozos conocidos por “Segura” y de la “Muerte” en los que dar rienda suelta a nuestra fantasía infantil. Pero no todas las veces iba sin permiso de Paca, aunque indefectiblemente siempre, a la vuelta, más que

preguntarme, afirmaba que me había pasado algo. Sobre todo en las tardes en las que Máximo, el inolvidable amigo, nos llevaba, a Josemari y a mí, a darnos un baño. Una de aquellas veces, estuve a punto de ahogarme y así hubiera sucedido de no ser por la ayuda de los dos. Mi hermano, pese a no saber nadar, se metió a rescatarme. De regreso a casa le dije a mamá: “esta vez has acertado”. Y es que con ella ocurría como con el cazador que tenía el baile de San Vito que, apuntando a todos los sitios, por fuerza tenía que cobrar alguna pieza, o en este caso acertar. Máximo era mayor que nosotros, estaba empleado en el ayuntamiento adonde nos llevaba a escribir a máquina. También me llevó al circo de los hermanos Tonetti, cuando las fiestas de la capital. Le recuerdo jalearse jubilosamente aquella canción de “Tres Veces Guapa”, que uno de los hermanos interpretaba al saxofón. Tomó al niño que era yo bajo su patrocinio, me rodeó de atenciones y mi amor por él llegó a ser tan intenso que un día que, en broma, dijo que ya no me quería, rompí a llorar desconsoladamente. Ya se fue. Bonachón que era, de seguro está en el limbo, cantando La Chiclanera o el Cortijo de los Mimbrales.

Pero de todo esto estabas ajeno, papá, pues el bar te reclamaba todas las horas del día. Sólo antes de ir a la cama íbamos a despedirte. Yo me quedaba frente a las baldas adonde estaban las botellas. Entonces me preguntabas si quería un poco de una determinada. Yo movía la cabeza afirmativamente, contento de lograr mi objetivo. Y entonces, ponías en una copita unas gotas de un licor llamado “Vit”. Aparentaba deleite bebiendo aquel licor de huevo que no me gustaba. Eran mis pícaras maniobras para atraer tu atención, tan alejados que estábamos durante el día. Nunca olvidé aquellas escenas, todos juntos despidiéndote, antes de ir a la cama, hasta el día siguiente, acompañados del temor de que pudiera suscitarse alguna discusión, alguna pelea, y pudieras sufrir daño.

Visto desde aquí, desde el tiempo en que te escribo, fue una época rica en acontecimientos, aunque bien es cierto que, partiendo del punto cero, cualquier movimiento era una deslumbrante novedad, porque todo era precario: bombillas de grandes filamentos y poca luminosidad, frecuentes cortes de electricidad, el uso de velas, carburos, y del “petromás”. Por eso fue un suceso extraordinario la apertura de “Gran Cinema Jardín”, en el paréntesis abierto entre la reforma del “Teatro Coyanza” y la construcción del que ya prometía ser espléndido “Cinema Tere Ortiz”, en el “farreñal” frente a las escuelas. ¿Lo recuerdas? Eran socios Gabino, operador, electricista, saxofonista y no sé cuántas cosas más, e Ibarrondo, Estaba compuesto por unas gradas de madera en un descuberto, con sillas en el patio de la higuera, durante la corta vida de un verano. Allí se proyectaron películas del cine negro, como “Llamad a Cualquier Puerta” y otras más. Al final del verano el sotechado quedó cerrado con un

pañó acristalado cuya construcción recuerdo bien pues una pila de cristales se vino al suelo de piedra a causa de mi atolondramiento. Pese a tus advertencias, me apoyé en la inestable mesa que los sostenía y el enorme estruendo que provocó la rotura en cadena de tantos cristales tuvo lugar en medio de tu incredulidad, de la de Titigrasa y de la de Quicoles. Una vez cerrado, el espacio sirvió para ensanchar la sala de los billares de los que Josemari llegó a ser un fino jugador. Pudo ser el mismo verano en el que un jueves, día de mercado, la avioneta aterrizó en un tejado de la plaza, sorprendiendo a Liébana, buen saxofonista en horas extra, en plena sesión fotográfica. En aquellos días la aviación debió tener gran repercusión en la vida local porque, aparte de la avioneta de Liébana y el accidente de Sigerico, el comandante Manovel hacía alardes de temeridad, dando la impresión de intentar pasar por los ojos del puente. Y todo para decantar a su favor el corazón de la enamorada. En comparación, los pavos reales corrían menores riesgos.

Salvando estos episodios, la vida discurría con excesiva normalidad. Tú, siempre en el mostrador y mamá trabajando todo el día. Sólo algún esporádico acontecimiento rompía la monotonía. El día de San Lázaro, por ejemplo, iba con Jesusín a “correr la tortilla”, al Soto. También, alguna que otra anécdota esparcida en los largos días de la parsimoniosa vida del pueblo. Tuvimos un tío enano, tu hermano Constantino, también conocido por Minuto, apodo que seguramente hacía referencia a que, en comparación con la hora, el minuto queda corto. Corto en estatura que no en inteligencia pues sabía de imprenta, música y le interesaba el acontecer nacional, amén de su contumaz afición por la chirigota. ¿Recuerdas cuando, con Patán, urdió la burla del llamador de oro? Sí, papá, cuando acordaron ponerse alternadamente frente a la casa de un vecino, con la mirada fija en el clásico llamador de entonces: una mano de bronce o latón abarcando una bola. Tan insistentes y discretas debieron ser sus observaciones, que suscitaron la intriga del vecino, hasta hacerle dudar de si su llamador pudiera ser de oro. El desenlace tuvo lugar la mañana en que los jubilosos bromistas vieron al infeliz salir de casa temprano, paquete en mano, camino de “Casa Zoilo” para tomar el coche de línea de Federico, rumbo a León donde consultar a un joyero y salir, así, de la incertidumbre. De su generosidad habla el hecho de que siempre que íbamos a su quiosco nos daba una peseta, y de su confianza, que se dejara llevar, feliz, en la barra de la bicicleta por Josemari e incluso por mí.

Estoy oyendo “Noche de Paz” y la canción reaviva en mí las mágicas escenas de aquellas inolvidables fechas. ¿Recuerdas las Nochebuenas, papá? Para el niño que era, el día comenzaba con una gran agitación. A la tarde, salíamos con Paca a comprar los turrónes en la confitería de Patricio, quien de palabra nos daba más caramelos que de

hecho. Eran las horas previas al gran acontecimiento. Momentos fantásticos los de ir los hermanos de compras con mamá disputándonos sus manos. Dos manos para cuatro. Era como el vértigo del columpio. A mis ojos de niño, era un ambiente inusitado, vibrante, embriagador. Salíamos del cine para recibir a los últimos clientes y cerrar excepcionalmente pronto. Un año de aquellos Chenchi fue la agraciada del sorteo y le correspondió una muñeca pero, mira por donde, la vergüenza impidió que saliera en público a por el premio. En esa ocasión pareció seguir los consejos de mamá y ante las amigas se humilló, sin que la recompensa del ensalzamiento apareciera por parte alguna.

Pero sigamos, papá, Al término de las compras, Paca se metía en la cocina y preparaba la lombarda, el cordero y el besugo, Paquita arreglaba las granadas para la ensalada de escarola, tú escogías los vinos, los jarabes de granadina, las botellas de El Gaitero y los licores. También Chenchi y yo ayudábamos a montar aquella mesa enorme. Excepto los abuelos, que habían venido el día anterior, los demás comensales acudían poco a poco, en un jubiloso goteo. La calefacción a tope y todos los tubos fluorescentes encendidos, hacían del salón un lugar deslumbrante y cálido. ¡Un día es un día!, parecía ser el lema de aquellas Nochebuenas en las que, por vez única, se reunía toda la familia. Sonaba el teléfono anunciando que los tíos de Valderas estaban ya de camino. Llegaban Marineta y Constantino con su envidiable buen humor, pese a la pequeñez de su cuerpecillo, Al poco, llegaban Miguel y Nati con el primo. Finalmente, aparecían Melquiades y Flora con los primos, en el coche de punto de Julio. Nos juntábamos un batallón en aquel ambiente de alegría bullicio y exuberancia; una atmósfera deslumbrante; la noche esperada durante todo el año. Todo era brillante hasta que, avanzada la cena, comenzaba a sentir celos de la prima Marujín, que cantaba y bailaba como una consumada artista. Al límite de la desazón, buscaba refugio en Paca quien, lejos de acogerme, delataba mi pelusa y me ponía en evidencia. Al final, el sueño venía a poner fin al desabrido estado de una noche que con tanto esplendor había comenzado.

Las sucesivas Nochebuenas volverían a traer a la memoria aquellas inolvidables de la infancia cuando estrenábamos la vida, pegados los unos a los otros. Siempre que escucho “Bajo las luces del hogar”, que cantaba Deanna Durbin, ¿Te acuerdas de Diana Durbín? la nostalgia desengancha alguna gota del saco de las lágrimas. “La Nochebuena se va y nosotros nos iremos...” Pero, aunque os hayáis ido vosotros, los personajes de aquellas reuniones, permaneceréis intactos en mi recuerdo. También, las noches de Reyes y el milagro de los regalos. En particular, un precioso coche de pedales. Papá, qué ilusión debíais tener con vuestros hijos para llagar a vestirte de rey mago. El susto que

propinaste a Chenchita no estaba en el guión, y es que las artes escénicas, la diplomacia y la técnica nunca fueron tu fuerte.

Eran fechas en las que la vida de nuestro pueblo, que pronto alcanzó el rango de ciudad, era regida por los toques de las campanas: secos, estremecedores y espaciados, si de anunciar la muerte de algún vecino se trataba, como cuando Policarpo se ahogó en el río, o convulsos e inquietantes para el anuncio de algún incendio, como el de “Los Quintos”, al que acudió el pueblo en tromba y que, una vez solventado, debió servir a José “Fideos” para una jocosa reflexión, profética por otro lado:

- ¿Viste la multitud? Pues no es nada para cuando toquen a descasar.

Con la llegada del verano mamá repartía en turnos a los hermanos a Matanza, a casa de los abuelos. Debía ser una forma de mantener la cohesión familiar, porque en lo que a mí respecta recibía con desagrado estos cambios. Pasar de la luminosidad y el bullicio del Casino a las tinieblas del pueblo era penitencia mayor de lo tolerable. La llegada del coche de línea era el último acto social a partir del cual todas las personas se recogían en sus casas y las calles quedaban oscuras y solitarias. El pueblo entero caía en un silencio que hacía añorar más aún mi Casino. Al tiempo que las gallinas íbamos a dormir, en una habitación sombría, bajo una luz tenue, en una cama altísima y junto a un cuadro que representaba el velatorio del General Prim, custodiado por graves personajes barbudos que desataban mis miedos. Para colmo, la misa del domingo, de obligada asistencia, con don Inocencio de oficiante. Era éste una especie de reyezuelo que ejercía como tal. Los chicos a la izquierda, las chicas a la derecha, todos quietos y en silencio. Al “Ite missa est”, cuando sólo los chicos permanecían en la iglesia, llegaba el momento de rendir cuentas. Si alguien había hablado, o movido, recibía la penitencia. Solamente estuve en una ocasión y la penitencia que aplicó a mí vecino fue la de una estruendosa bofetada, a mano abierta, que se estrelló contra la cara del pobre muchacho. Dirigiéndose a mí, dijo que por ser forastero me libraba esa vez, pero que para las siguientes no haría ninguna distinción.

-La próxima vas a pegar a tu padre. -dije para entre mí, aliviado.

Ya no hubo otra ocasión porque en vez de ir a misa me dediqué a buscar lagartijas con el primo Jaime. El tal Inocencio pertenecía a la clase de sujetos soberbios, necios y brutales, de los tiempos aquellos de sumisión en los que la religión dominaba la vida de los hogares.

Otra faena era la de salir al campo a respigar. Nos levantaban a eso de las cinco de la mañana e íbamos a las tierras recién acarreadas para recoger las espigas que habían quedado. Pasábamos del frío intenso del amanecer al calor sofocante de la mañana. Estudiando medicina, años más tarde, comprendí el porqué la mayoría de los fallecimientos tienen lugar al amanecer.

Al final de verano llegaban las fiestas, con las procesiones, los cohetes y los bailes en las eras, adonde fechas antes había concluido las faenas de la trilla. Días de fastos, de “disputas” por invitar a comer a los forasteros sabrosos platos de conejo, pollo y codornices. Por lo general, prefería ir a casa de mi padrino, el tío Alipio, donde la tía Conce, su esposa, hacía estupendos guisos picantes. Su hijo Nino, el primo Nino, que sería más tarde compañero de sudores en el Casino y soportaría con mejor talante que el mío los esfuerzos del bar, me permitiría ir al río en su Vespa las tardes de verano. Desde aquel entonces, pasó a ser un hermano más para mí.

Pero el invierno era peor, más triste y más difícil debido al barro que hacía intransitables las calles. El final de la estancia era lo que para el penado la liberación. ¡Otra vez mi casa, mis padres, mis hermanos..!

Más tarde abandoné la escuela de villa de don León, de grato recuerdo, pues ocupaba el primer puesto de la clase, en un pupitre de dos plazas, junto a Jesusín, que era el segundo. Nunca más volvería a verme en otra igual. Allí acudíamos con nuestros cabases, pizarrines, y borradores. De allí pasé a estudiar ingreso de bachiller a la academia de don Servando, doña Cati y don Marcelo, el romántico enamorado de Alicia. Entonces tuvo lugar la primera separación porque Jesusín fue a estudiar a Oviedo. Pasarían muchos años antes del reencuentro.

Entretanto, aquellas mañanas soleadas, con la llegada del abuelo Eleuterio en su tartana, y tú sentado en medio de la cocina con mamá en torno a ti, volcada sobre tu calva, en enérgico masajeo con el milagroso “Diplona” y con todos nosotros alrededor, contagiados de su entusiasmo y dispuestos a ver los brotes precursores de una tupida cabellera. Finalizada la sesión, el abuelo tomaba su arroz con leche y volvía en la misma tartana que le había traído de Matanza. Y, aunque la pócima no rindió los efectos esperados y tu calva continuó sin modificación, sí que todo aquel alboroto sirvió de pretexto para reunirnos en un entrañable acto familiar. Creo que el mismo nulo resultado produjo el hongo anticancerígeno, con su destilación oscura y pestilente, que solamente Paca llegó a ingerir. En fin, la misma cocina que nos congregaba evolucionaría hacia la modernidad con la incorporación, entre otros enseres, de la

lavadora Otsein, la olla a presión Majestic y la maquinilla de afeitar Philips, propiciados todos por la iniciativa de la tía Flora, de Valderas, auténtica avanzada del movimiento de liberación de la mujer.

Ya te he dicho que lo que más me gustaba era ir de compras con Paca; y lo que menos, tener que compartirla con las pesadas vecinas con quienes solía detenerse en plena calle, en interminables conversaciones. En una ocasión, mientras compraba fruta, me las ingenié para, con el pie, hacer rodar un melón hasta la calle donde después lo recogí y se lo entregué, lleno de gozo, pensando que la hacía el mejor de los regalos. La respuesta no fue la esperada pues, cogiéndome de la oreja, regresó a la frutería con el melón en la mano, ufana, “aquí traigo a un ladrón”. Esa fue la desairada respuesta a mi exquisita solicitud. Pero ya sabes que mamá, bajo la apariencia de simpatía y jovialidad, ocultaba una inclemente severidad. De esa aspereza tendría alguna muestra más adelante.

La víspera de mi cumpleaños, aprovechando que tenías que ir a la cooperativa de hostelería, me llevaste a León y allí me compraste una soberbia pelota de goma. Fue un acontecimiento excepcional pues el bar consumía tu tiempo e impedía que estuvieras presente, papá. Aunque en el tiempo de que te estoy hablando no te necesitaba tanto ni te echaba tanto de menos porque estar junto a mamá colmaba todas mis apetencias. No sé si te enteraste, pero hice dos veces la primera comunión. La primera tuvo lugar con todos los catequistas, la segunda con Lolita, la hija de Avelino y Cilinia, porque no habiendo podido hacerla con el resto debido al fallecimiento de la abuela, y para que no fuera sola, la familia requirió mi compañía. Así fue que volví a vestir de blanco. Parecíamos dos prematuros novios y así quedamos fotografiados por Cuqui.

Conforme pasaban los días la época de la condescendencia para con el niño iba declinando y, antes de lo deseado, los despertares dejaron de ser apacibles para dar paso a otros destemplados, amenizados con la desagradable retahíla de improperios con que mamá nos conminaba a abandonar la cama, particularmente a Josemari y a mí, ya que en esto hay una diferencia entre sexos; las hermanas, más voluntariosas y disciplinadas, no precisaban de sermones. Es más, Paquita contribuía a sacarnos de la cama aporreando el piano con la excusa de practicar el “Para Elisa”.

-¡Vamos, vamos!, levantaos ya, vagos, que parece que se os han pegado las sábanas. - murmuraba, mientras retiraba la ropa, dejándonos a la intemperie, ya que su primer acto era abrir las ventanas de par en par- Adán murió por Eva y vosotros...

Pronto supe que no habría piedad, que aquellas palabras marcaban un inflexible límite entre el antes y el ahora y que ni tan siquiera me dejaría saborear esos últimos momentos en el calor de las sábanas. Así que no había otro remedio que saltar de la cama, pasar sobre las frías baldosas del pasillo y, ya en la cocina, abrir el grifo y “espingarme” la cara para no sentir de lleno el espanto del agua helada. Y cuando había concluido, la incansable voz de mamá volvía a insistir.

-Eso no es así, hay que frotarse bien con agua y jabón, no como los gatos. A ver... -acto seguido venía la inspección que concluía, indefectiblemente, con la repetición del aseo, aunque esta vez bajo su intransigente fiscalización.

-Y tú, ¿ya has acabado? -le dijo al hermano.

-Sí, mamá, me he frotado mucho, como tú dices.

-Déjame ver –murmuraba, mientras se acercaba para un examen más de cerca-. Otro que tal baila -dijo, cogiéndole de la oreja y llevándole al grifo donde salía un agua gélida-¡ Vais a acabar como Chichines..!

Chichines fue un pobre del lugar que apareció muerto a la orilla del río, una fría mañana de invierno.

Y así me veía, expulsado sin razón del calor de las mantas, para cruzarme de brazos en un rincón o tumbarme de nuevo en algún sofá del salón, a la espera de una nueva entrega de improperios. De mala gana realizábamos pequeñas labores, como trasegar el vino y el vermut desde los pellejos y las pipas a las botellas, aspirando con una goma el líquido e ingiriendo, quieras que no, algún que otro trago, tal como reza el refrán que, años más tarde oíría a Conrado, mi amigo del alma: “administrador que administras y enjuagador que enjuagas, algo tragas”. También lavábamos botellas para llenarlas de vermut o del vino blando de Macario, el de Pobladora, y machacábamos las barras de hielo que habíamos traído de la fábrica de hielo de la viuda de Acacio, o de Feliciano, para hacer helados.

En fin, que los días de bonanza en los que mamá exhibía a su pequeño juguete bailando la “raspa” con Marujín o recitando aquello de “soy la flor de la canela...”, estaban llegando a su vencimiento, como las letras que traía Chuchú en su alargada cartera de cuero y que desataban todos los demonios que había en ti. ¿Recuerdas, papá? Sí, ya en el horizonte eran evidentes las nubes, panza de burra, presagiando cambios importantes,

aunque yo, acostumbrado a los juegos, sin tiempo ni curiosidad para observar el firmamento, permanecía ajeno.

El Nubarrón

Por eso me cogió de sopetón el vendaval, como a la atolondrada ama de casa, con toda la ropa en el tendal. Lo que comenzó con un ligero viento, evolucionó inadvertidamente hasta convertirse en la más devastadora tormenta de mi vida. Alguien de la familia tenía que estudiar y el destinado era Josemari por su facilidad para las matemáticas. Pero ocurrió, como ya había sucedido con las inyecciones de vitaminas con las que, primero Teodorín y después Andrés, jeringa en mano, le perseguían con la tenacidad que otorga el bien que finalmente se va a causar, aunque sin éxito, pues todas indefectiblemente aterrizaron en mi trasero, por aquello de que nada se desperdiciara. Lo mismo sucedía con sus trajes que Rebordinos, o Claudio “Cacha”, ajustaban a mis medidas. Debí ser por la afición de mamá a los géneros grises espigados por lo que llegué a tener tres conjuntos iguales. Pero, volviendo a lo nuestro, papá, nunca supe porqué mi hermano, que era el candidato, no inició los estudios. Sea por lo que fuere, un malhadado día me preguntaste si quería ir a un colegio a lo que rápidamente contesté que sí. Creí que el ofrecimiento no iba en serio, como cuando, impresionado por la vista de las piscinas de un seminario, dejé que me apuntara el recolector de vocaciones y que llegado el momento de formalizar el compromiso, me llamaste aparte y sólo una vez que supiste mi negativa, permitiste que hablara con él. Se conoce que lo mío era andar cerca del peligro, como con Ramonín en los senderos del castillo.

Sólo que esta vez vino el lobo y el sí pronunciado fue cual piedra lanzada de la que uno sólo puede ser testigo impotente de su trayectoria fatal. No fui consciente del alcance de mi respuesta aunque un estremecimiento recorrió mi cuerpo, como un mal presagio. La realidad fue que aquel asentimiento puso término a mi niñez; en un santiamén se hizo jirones el delicado tejido de mi infancia. Atrás quedaría el tiempo feliz, los días de juegos, travesuras y carcajadas. Adiós a los años con Ramonín, el ingenioso y vivaz amigo que ataba un hilo invisible al llamador de la “Muda”, la hermana de Juan, el voz pública, y que sentado, impávido, en la acera de enfrente, tiraba de él ante sus mismas narices, provocando su desconcierto y su ira. Si aquel día no recuperó el habla fue por puro milagro, o bien porque verdaderamente era muda sin remedio. Genialidades del inolvidable amigo; el mismo que años después volvería ufano de la consulta del cardiólogo comentando que el médico no había visto un corazón tan grande como el

suyo. Y en verdad que no se hubieran necesitado rayos equis para saber que mi amigo tenía un inmenso corazón, mayor que el que se pudo ver en la pantalla. Pero en este caso, por desgracia, no rezaba el refrán de “burro grande, ande o no ande”. En sus años jóvenes quedó sin latido y se escapó de su joven cuerpecillo vivaracho. Desde allá arriba, estoy convencido de que muchos de los que creemos truenos no son otra cosa que los estruendos provocados por su afición al estallido de los botes de carburo.

Desarmado por el compromiso adquirido, asistí impotente a la sucesión de preparativos que se precipitaron vertiginosamente, como si rondara el temor de que pudiera volverme atrás. Mamá marcó mi nueva ropa con el número 77, dispuso los cepillos con la crema para los zapatos, mi primer cepillo de dientes con su tubo de Profidén, los cubiertos junto con el vaso de metal y el servilletero, grabados con mi nombre y número. Después vendrían los consejos que se repetirían indefinidamente “tienes que aprovechar el tiempo” “¡si nosotros hubiéramos tenido esta oportunidad..!”. En mis adentros pugnaba por salir, sin atreverse, una airada y resplandeciente voz “¡pues aquí la tenéis, para vosotros!”.

Cuanto más se acercaba el momento de la partida más consciente era del alcance de vuestra decisión, que no de la mía. La última noche, antes de ir a la cama, silbé a mi gatita que acudió rauda a mi encuentro. Entre arrumacos, le dije que estaríamos separados un tiempo, que estuviera atenta para no perderse por los tejados y no saber volver. Ese animalito había sido refugio en mis pequeños o grandes contratiempos y tanto me quería que hasta por la calle caminaba unos pasos tras de mí. Plenamente consciente de lo irremediable, y como si de una solemne liturgia se tratara, pedí a mi gentil misina que me esperara, que vendría lo antes posible, que volvería aunque nada más fuera para atusar su lomo y rascar su cabecita hermosa, que no la olvidaría. Ella deslizaba su carita por mis mejillas, en un tristísimo adiós. Se dice que los gatos tienen siete vidas pero seguramente las perdió todas en el adiós. Pudo suceder que la pena acabara con su vida, como a punto estuvo de acabar con la mía. No nos volvimos a ver. Fue la primera de una serie de pérdidas que me iniciaron en el aprendizaje de la más descarnada asignatura de la vida: la despedida. Escribiéndote estas frases, papá, y conforme reverdecen los tristes recuerdos, creo que el mayor temor de la persona no es a la muerte, sino a la separación.

Esa misma última noche, mientras lo que te cuento tenía lugar, Josemari fingía dormir en la cama de al lado. “Se acabaron los años de vivir juntos” -suspiré-, en tanto esperaba que el sueño aliviara mi tan profundo dolor. Pero éste se retrasaba, y en la espera, tal vez recordando el cuento de “Hansel y Gretel” que en mi imaginación había

protagonizado de la mano de Chenchi, traté de memorizar cada detalle de la habitación, cuidando de que todo quedara bien grabado y que ninguna pista me fallara para, si extraviado, hubiera de regresar por mi cuenta. Aquella fue la primera de una interminable sucesión de noches blancas.

Y así, de esta manera tan desangelada, comenzó mi exilio. No sé lo que hubiera sido de mí de haber seguido otro rumbo, nadie podrá saberlo. Reportó beneficios pero fue una costosa inversión y a muy largo plazo. A veces, cuando siendo testigo lejano (siempre soy lejano) de los comentarios de personas maduras sobre la niñez y escucho las tópicas exclamaciones “¡quien pudiera volver!” se despierta en lo profundo de mí una encolerizada voz, depositaria del rencor acumulado durante aquellas dolorosas experiencias, y me sublevo “¡ni por todo el oro del mundo!”.

La Galerna

A la mañana siguiente, a la puerta del Casino, la presencia de un coche de punto, portando un colchón en la vaca, fue el anuncio del largo viaje que ya no tendría retorno. Porque, volvería otra vez a casa, pero el niño que partía aquel día se perdería en la vorágine de las fechas que habrían de sucederse y ya nunca más regresaría. Era el coche de alquiler de Mirín Guerrilla el que me transportaría al destierro. Cuando despedí a mamá no percibí en su rostro señal alguna de la pena que yo estaba seguro había de tener al despedir a su niño pequeño. Si al menos la hubiera visto triste me habría agarrado a ella y le hubiera repetido las palabras que la noche anterior había dicho a la gatita; y aún habría añadido “¡Mamá, no tengo interés en hacerme un hombre, sólo quiero estar junto a ti, pero, puesto que tu así lo quieres, iré!” Y hubiéramos quedado así, como amigos que han de hacer frente a los inevitables contratiempos de la vida. De aquel viaje, seguramente el más largo que haría, sólo recuerdo un comentario al pasar por Villarramiel, “es el pueblo de los pellejeros”.

Al final del viaje, ya ante la fachada del colegio, fui plenamente consciente de que mis cálculos eran pobres ante la envergadura de los acontecimientos que me esperaban. Pero, ya era tarde, había traspasado “el punto de no retorno”, el “no to return point”, como ahora se dice. Cuando reparé en mí, ya estaba sólo. Sin saber cómo, habías desaparecido, tal vez porque tú también sentías mi misma pena. Ya te habías despedido de mí, papá, como cumpliendo a desgana el último trámite antes de volver al pueblo. Y quedé cual cervatillo perdido en el bosque: petrificado, aturdido por los mil inquietantes ruidos y acechanzas, sólo que allí la selva se correspondía con un patio inmenso donde muchos niños correteaban tras una pelota de goma que ¡oh fortuna!, casualmente vino tan directamente hacia mí, sin dejarme otra opción que apartarla de una patada. Inesperadamente, recibí un puñetazo en el estómago que me dejó sin respiración. Años después, estudiando medicina, supe que me había acertado en pleno plexo solar. El dolor no aumentó mi estado de extrañeza, simplemente me advirtió de que aquello era solamente el aperitivo.

Y así fue. Tras la primera noche de insomnio y llanto, en un inmenso dormitorio de al menos cien camas corridas, oí al amanecer un estruendoso pitido que nos conminaba a

salir de la cama. Como todos, puse los pies en la alfombra y la primera imagen que apareció a mi vista fue la de mis zapatitos que hasta aquel día limpiaba mamá y que yo habría de lustrar durante los próximos siete años. Son flashes cargados de simbolismo que no olvidaría nunca. No me extrañaría que cuando pierda el interés por el presente y mi mente se extravíe en los vericuetos del pasado, repita para mí “tengo que limpiar los zapatos”. Pero entonces solamente soñaba con encontrar el camino que me devolviera a ti, antes de que llegaran los fríos. Era una plantita que había sido arrancada de mi lugar y que, por más cuidados que se me dispensara, llevaría de por vida una llaga por la que supuraría todo mi escepticismo e incredulidad.

No te cansaré, papá, con la narración de los días del internado, pero deja que descargue el fardel donde guardo los innumerables sobresaltos que se sucederían, uno tras otro, impactando sobre aquel niño atónito, hasta dejarlo como un boxeador sonado. Solamente añadiré algo que de seguro ignorabas y que yo conocería años más tarde: añadidas a las ya de por sí exigentes dificultades del internado, partí de casa con la responsabilidad de no defraudaros, lo que explicaría el escabroso camino que tenía que recorrer. No quiero con ello reprocharte nada; por el contrario, has sido el muro de hormigón contra el que se desbaratan todas las olas de mis reproches. Nunca te conté esto, papá, hubiera sido añadir un problema más. Acepté la fatalidad de los hechos que seguramente formaban parte de un tinglado que está más allá de mi entendimiento y quizá del tuyo. Fue el primer fascículo de la colección a través de la cual se nos revela la vida. Tampoco podía culparte pues tú eras una pieza más del pérfido engranaje de la existencia y porque nunca me abandonó la fe en ti, en que de haber estado en tus manos, me hubieras redimido de tanto quebranto. Puede que de entonces date mi escepticismo por todas las cosas tenidas por serias, por las religiones, las creencias y los dioses, y que de allí proceda mi repulsa hacia la macabra diversión que, al parecer, se traen las divinidades con sus criaturas, obligándolas a una permanente procesión lastimera y suplicante de piedad, mediante la extenuante repetición, como si de mantras se tratara, de alabanzas a una magnanimidad que no aparece por sitio alguno. En fin, que no tuve otra opción que la de arrostrar una pesada carga cuyo sentido nunca entendí en toda su hondura.

Siete años de exilio, con sus correspondientes e interminables noches de contenidos sollozos, junto a otro batallón de niños, haciendo frente al destierro y en permanente anhelo por el retorno. Madrugadas extemporáneas para ir a la capilla, a rezar a un dios irascible y despótico, inexplicablemente acomplejado y ruin, que, sin hartura posible, exige de sus criaturas la incesante exaltación de su grandeza e imperceptible benevolencia. Tediosas horas, mañana, tarde y noche, pasadas en alternancia de rezos,

cantos y jaculatorias, como el “Tantum Ergo”, el “Veni Creator”, el “Pange Lingua”, y demás letanías que, a modo de sortilegios, pretendían burlar el cerco de una miserable realidad: la imposible escapatoria del laberinto en el que el caprichoso autor nos había enjaulado. Plegarias a la Virgen, ensalzando una virtud que dejaba a la mujer en una desairada posición, porque toda esa parafernalia de concebir sin cópula, más me parecía un insulto a nuestras madres que una virtud. Además, inclinado a encontrar objeciones como estaba, me parecía una mujer más bien despreocupada, puesto que sólo así me explicaba el hecho de que el niño anduviera perdido, correteando por los templos. Y, además, me pregunto: si de verdad quiso Dios hacerse hombre, ¿para qué tanta complicación?, ¿es que acaso es natural que un niño guste de discutir de teología en vez de jugar a la peonza o cortar las colas de las lagartijas? Sí, ciertamente, la virgen me cayó especialmente antipática pues, acordándome de mamá, como lo hacía de manera continua, difícilmente podía entender que, disfrutando de un poder absoluto, Dios dispusiera las cosas de forma tan humillante para las demás mujeres. Dudé si no sería más bien una pánfila, una estirada presuntuosa.

¡Cuántas horas, arrodillados en la capilla, implorando perdón por un misterioso delito del que no tenía noticia! El pecado de la transgresión a una prohibición pueril, consecuencia de una tentación estúpida, porque ¡mira que rodeados de tantos manjares no pudieron haber elegido otros más apetitosos frutos, caquis, plátanos, naranjas. No, tuvieron que encelarse con la manzana para tenerme confinado en el maldito internado. Y, encima, el señor del vergel aquel, menudo cabreo se agarró por la desobediencia, que ni siquiera se amainó decretando para la pareja y sus descendientes, el sudor, el sufrimiento y la incertidumbre. Sus hijas parirían con dolor y las más afortunadas podrían enviar sus retoños al internado. Ahora le supongo algo contrariado con la anestesia epidural de la seguridad social, que desafía la maldición de los dolores del parto. Si Adán y Eva, en vez de tanta manzanita, se hubieran entregado al juego que tenían más a mano, otro gallo me cantarían. Pero fue como fue, no hay vuelta atrás, y en estas, me encuentro en mi primer despertar en el gigantesco dormitorio, ante los mismos zapatitos que Paca lustraba y disponía, uno junto al otro, al pie de la cama... Ahora tenía que ser yo quien pusiera betún y frotara con la bayeta de mi ajuar, aún por estrenar. ¡Qué deplorable mascarada!

Tales eran mis pensamientos de entonces.

En los años posteriores iría en tren, dos de ellos con mis hermanas, Me fijaba en el andén que al principio se alejaba lentamente, más aprisa después, hasta perderse en la lejanía con las tenues luces del adormecido pueblo de mis amores. Unos instantes atrás

estaría durmiendo, ajeno a estos calvarios, tan sólo unos minutos atrás. ¿No sería posible hacer que las manecillas del reloj retrocedieran? Porque eso era lo único que necesitaba para estar todos juntos de nuevo. Pero el trecho se agrandaba y nuestro alejamiento se hacía irreversible, al compás de los endebles silbidos del tren burra. El antes y el ahora, el recuerdo y el presente irreconciliables, enemigos juramentados. Mi mente insistía en recrear los momentos previos y para cuando las lucecillas desaparecían en el horizonte, mis ojos ya eran incapaces de captar imagen alguna a causa de las lágrimas. Así, era testigo de cómo, sin solución de continuidad, lo que hacía un instante estaba al alcance de la mano, mi hogar, mis hermanos, mis padres, el bullicio del bar y su luminosidad, todo quedaba petrificado en el andén de mi recuerdo. Absorto en estas consideraciones, con la mirada fija en lo que quedaba del escurridizo andén caminaba fatalmente hacia el colegio para otro nuevo y doloroso exilio de tres interminables meses.

Con todo, papá, lo que hacía más lacerante mi dolor era la impresión de que vosotros permanecíais impassibles ante lo que para mí era un cataclismo. “¿Cómo pueden quedar tan campantes siendo que me muero en cada despedida?, ¿para que sea un hombre de provecho? Y eso, ¿en qué demonios consiste y a quien aprovecha?” Preguntas que permanecieron sin respuesta. El caso es que me vi en esas. Mis padres me despidieron y el niño que entonces era se encontró perdido en un patio enorme, preso, cerca de otros niños desterrados, como yo, vagando sin rumbo. Eran los requerimientos indispensables para llegar a ser “un hombre de provecho el día de mañana”. Con una pena insoportable, un dolor penetrante que no amainaba ni con el transcurso de las repeticiones, esperaba a que el hombre vestido de negro nos reuniera a golpe de silbato para, en fila de a dos, conducirnos al comedor, una amplia sala alicatada de amarillo y llena de mesas, con un pedestal sobre el que comían dos de ellos. Sin tomar nada, guardando la comida en un papel para tirarlo a la papelera, salíamos nuevamente en fila hacia la capilla para dar gracias, no sé a quién ni porqué, en la misma inalterable formación en la que discurrirían siete años de mi vida. Vuelta a atravesar el patio y, escaleras arriba, íbamos al dormitorio de las cien camas, unas junto a otras, en filas de a cuatro. Nuevos rezos, nuevas observaciones, y a dormir. Noches en blanco, acompañado de un llanto desconsolado. Me desgarraba por dentro. “¿Por qué?, ¿para qué?” En apenas unas horas mi vida había desaparecido. “¡No, no quería ser hombre!”, me decía. Y hubiera escapado de no haber sido por consideración a vosotros, que tampoco merecíais esa decepción. Atrapado entre mis sollozos, discurrirían los años de internado.

Cada tres meses se repetiría la misma escena. Al día siguiente de la llegada el hombre de negro comenzaba a tocar palmas de forma compulsiva y violenta, como gozando de un extraviado frenesí, nos apremiaba a salir de la cama, al tiempo que nos tildaba de vagos aún sin apenas conocernos. No sé cómo podía hacer las dos cosas a un tiempo. Nos advirtió que no había que tener miedo al agua y que teníamos que limpiarnos los dientes, que no dejaba de ser otra bonita forma de llamarnos guarros. A la vuelta de los lavabos me senté en la cama y allí me dí otra vez de bruces con mis zapatitos. Nuevo desmoronamiento, nuevos gemidos y en mi mente la cara de mamá y nuevas lágrimas cayendo por mis mejillas. “Ayer mismo fue ella quien estaba a mi lado dando betún a mis zapatitos...” “¿Qué podía haber hecho mal?” “¡Dios santo!, ¿no escarmentaría nunca y para siempre sería un drama la presencia de los zapatos?” Pero el alud de acontecimientos se había puesto en movimiento y ya no habría forma de contenerlo. Las órdenes del hombre de negro se sucedían a tal velocidad que ni tiempo me dejaban siquiera para deleitarme en mi dolor. A toda prisa atravesamos en fila el patio para ir a misa, como una procesión de penitentes. Allí por lo menos, parapetado en el falso recogimiento religioso, podía atender a mis penas y a mis recuerdos, podía estar con vosotros y preguntarme cuánto me echabais de menos, que era la única forma a mi alcance de cuidar de mí. Pero la tregua era exigua porque enseguida nos indicaban una página de un librito que nos acompañaría todos los años de internado y comenzábamos a cantar o a seguir el canto de los veteranos. Los hombres de negro cantaban en latín desde una especie de coro, al abrigo de nuestras miradas. Al “Ite Missa Est”, nuevo desfile hacia el comedor para desayunar. Me quedé mirando con indiferencia al tazón hasta que uno de los de negro se acercó y me dijo que tenía que tomarlo. Debí verme tan ausente que ni se atrevió a insistir. A continuación íbamos al patio, adonde algunos de los que ayer parecían perdidos, como yo, se animaron a dar patadas a unas pelotas de goma. Pero yo seguía sin haber llegado, estaba en casa recriminando a mamá la pesadilla y le preguntaba qué era lo que había hecho que mereciera semejante castigo. A ti, papá, te excluía de mis quejas, quizá por verte tan esclavo del trabajo, aunque bien pensado mamá trabajaba tanto o más. Nuevamente el estridente sonido del silbato me conducía a la fila camino del aula, donde nos repartían los libros del curso. Allí permanecíamos hasta el recreo, una pausa de media hora tras la cual volvíamos nuevamente a clase. Nuevo recreo previo a la comida, la comida y recreo posterior a la espera de la llegada de los externos para nuevamente volver a clase hasta el rezo de los diferentes misterios del rosario, que para mí eran siempre los dolorosos. Este fue el programa que se repetiría, inalterable, año tras año, los siete que duró mi retiro.

Solamente dos días a la semana se alteraba el programa: los jueves, que íbamos a los campos de deportes, que el colegio tenía en Autilla del Pino, junto a las tapias de

Hospital Psiquiátrico. Los domingos, sin abandonar nunca la formación de dos en fondo, acudíamos a la Balastera a presenciar el partido de fútbol. Al regreso, la proyección de una película culminaba la fiesta del domingo, si antes uno de negro no nos enviaba a clase a terminar los deberes.

Esos años, aparentemente anodinos por lo repetitivo de los movimientos, estuvieron salpicados de amargos sucesos, brutales palizas y la aplicación de torpes castigos, como copiar mil veces “no debo...”, Un sinfín de pruebas, todas ideadas con un taimado sadismo. Pero ni aún con todo, la seducción que ejercía el mundo perdido, y solamente rescatado de tres en tres meses, disminuyó. En una ocasión presencié cómo, en la sala de espera, el padre de Ricardo, un compañero de clase, cogió a uno de negro por el cuello con no pacíficas intenciones. Me conmovió su determinación a la hora de defender al hijo. Presenciando complacido esta escena, me acordé de ti, papá, y no tuve duda de que tu también me defenderías con ese arrojo.

Dentro del páramo que era el internado había, sin embargo, actividades atrayentes, como la de oficiar de monaguillo, junto al recién encontrado amigo Antonio, tal vez porque en ello me sentía protagonista de algo y gozaba con el tilín de la campanilla en el momento de la elevación, como también poniendo la patena bajo la barbilla de quienes se acercaban a comulgar. Pero eso duraría poco ya que, sin saber porqué, me vi fuera de la cofradía de las esquilas.

Las horas del clase se sucedían dolorosamente porque no estaba permitido estar en otros pensamientos que no fueran los de clase y a mí lo que más gozo me producía era estar entregado a mis ensoñaciones. Y cuando era sorprendido en alguna excursión al Casino, en menos de un segundo notaba el estruendo de una bofetada contra mi mejilla o de la “señorita” -un mecanismo de madera- contra la cabeza. Conocí el contumaz ejercicio de la vejación y del abuso, y el más refinado sadismo hasta la casi total anulación. Y lo peor era que ninguna queja podía salir de mis labios ya que estabais haciendo un sacrificio por mí. En cualquier caso, las infamias que prodigaban los de obscuro estaban simplemente dictadas por su natural crueldad, como una más que probable respuesta a la brutalidad contenida en sus vidas. Y, en este sentido, obraban coherente e impersonalmente. En aquellas condiciones me encontraba maniatado, porque comunicarte el estado de cosas hubiera sido como si huyendo del ataque de un tigre fuera a parar al fondo de un abismo.

De esta manera transcurrió el primer año. Los seis restantes serían una repetición. Las vísperas de cada partida, antes de ir a la cama, mamá me daba un beso, algo de dinero, y

el consejo de que aprovechara el tiempo. Yo asentía a todo, pero en mi interior pensaba que no tenía corazón. La misma escena en cada partida pero, a diferencia de lo que ocurre en el establecimiento de otros hábitos, aquí la repetición nunca fue entrenamiento eficaz con qué mitigar el desgarró que me producía la separación. “¿Porqué, tanto dolor?, ¿para qué quería ser un hombre de provecho?” Y con el amanecer, somnoliento aún y aterido de frío, me veo camino de la estación, con mi maleta de cartón, a coger el de vía estrecha, el Secundario de Castilla, hacia el encuentro del hombre que -se decía-, había que desarrollar en mí. En el viaje, un asiduo feriante repartía tiras de números para la rifa de unas cachas de caramelo, en medio del traqueteo de los dos cómicos vagones, que a duras penas arrastraba una máquina de juguete... ¡Cuántas veces, en mis sueños, se descarriló ese miserable convoy cayendo por un terraplén hasta hacerse añicos!

Un Enero, ya en Palanquinos, nos dijeron que el Shangai, el tren que de la Coruña iba a Barcelona y que debía llevarnos a Palencia, venía con nueve horas de retraso, lo que nos llenó de alegría pues pensamos que lo mejor era volver a casa en nuestro trenecillo de juguete. Pero, cuando llegamos, nuestro gozo se trocó en pesar pues nos recibisteis de mala gana. “¿Porqué no esperasteis? ¡Mañana otra vez!” Desencuentros entre intereses irreconciliables.

De aquellas largas noches de internado, cuando al fin caía rendido, un sueño repetido serenaba mi dormir: “una mujer con pañoleta de listas azules y blancas, envolviendo sus hermosos cabellos, y con un cestito de deliciosas frutas colgado del brazo, me llamaba amorosa. Mas, cuando estaba cerca de ella, el horripilante sonido del silbato me devolvía a la realidad, desvaneciendo las dulces imágenes que por unos instantes me habían colmado de contento y de paz.

También hubo momentos gratos, sólo que de estos solamente pude darme cuenta a toro pasado, cuando se está cerca de la conclusión de la aventura de vivir, cuando la bella balada irlandesa, “Stor Mo Chroi” adquiere todo su sentido, cuando desde la distancia pueden ser evocados los recuerdos del inicio de este periplo que es la vida. “Stor Mo Chroi” es el relato de un emigrante al que la voz de la amada pregunta si habría sido necesaria la separación a que le condujo su ambición, al tiempo que le advierte que en adelante suspirará por los días del lejano ayer, que cuando las brillantes luces de la ciudad cieguen sus ojos y el camino se haga insufrible, que vuelva a los brazos de quien siempre esperará su vuelta. Sólo que a mí no me sedujeron las luces de la ciudad ni me engañaron los supuestos tesoros del porvenir. No, sencillamente fui expelido.

El conocimiento de Palomo y el disfrute de su entrañable amistad fue un suceso capital. Él ponía los discos durante las tristes comidas de los domingos, cuando muchos de los compañeros salían a comer con familiares. Imagínate, papá, a tu pequeño, perdido en el inmenso comedor de alicatado amarillo, con la Serenata de Drigo como fondo de mi calamitoso estado. Y no te digo nada cuando pinchaba la “Danza Macabra” o el “Lamento Gitano”. Él me animó a presenciar la zarzuela “Los Gavilanes”, en la gira de despedida de Marcos Redondo, en el Teatro Ortega. Tanto me entusiasmó la función, que en los días siguientes me sorprendería más de una vez tarareando la romanza de Juan: “...y este momento soñaba de, otra vez, mi aldea ver...”, en clara referencia al infortunado indiano que, buscando nuevas riquezas, había perdido la mayor de ellas. Volvió rico, aunque a deshora a la cita del amor. Yo también me veía como el desventurado Juan de la zarzuela; de vuelta a casa, sólo que sin importarme ni las riquezas ni los triunfos, únicamente el calor de mamá y la ambición de no separarme de ella más que unos pasitos para no extraviarme nunca más. Palomo fue ese amigo del que, no importa el tiempo de separación, sabes que siempre está ahí. Mejor dicho, estaba, porque cuando escribo estas líneas el buen Antonio ha sacado billete sin retorno a su Baltanás celestial, a donde van las personas buenas.

En las noches siguientes, contra la almohada, pensé que en los Gavilanes había presenciado la representación de mi vida. Sí, también yo como el indiano Juan, regresaría con fortuna del destierro y todos querrían estar conmigo. Sin embargo la imaginación de mi vuelta a casa no aminoró mi inquietud cuando recordé el pasaje en el que ya Gustavo le prevenía: “no se compra con dinero la juventud y el amor”. Total que vaya un negocio había hecho el indiano. Y, consecuentemente, yo también pudiera estar haciendo el indio.

El colegio estaba regido por una comunidad de hermanos que, como todo grupo humano, albergaba personas de toda catadura. Los hubo bienintencionados que, en graves momentos de indefensión, me procuraron protección; pero también otros que, tal vez, dominados por el rencor, descargaron sañudamente el resentimiento sobre mí. Eran los de negro, “los grajos”, curas a medio camino, dedicados a la enseñanza sin licencia para officiar misa y que, en ocasiones, también hacían cosas de valor. En Santa Cecilia, por ejemplo, organizaban certámenes de canto en los que cada clase competía con las demás. La decepción vino derivada del hecho de mi mala voz, con lo que el de negro, en vez de invitar a los cantores permanecer en clase para los ensayos, solamente tenía que decir: “salga, Onésimo”. Con todo, fue la oportunidad de conocer preciosas canciones asturianas y montañesas tales como “Como la flor” y, sobre todo “Dormite

fiu del alma”, llena de sentido para mí, por lo que permanecería grabada en mi memoria para siempre. Particularmente, la estrofa que reza:

*“Si viviera to padre que yera tan güenu
collarinos de plata pusierate al cuellu...”*

Pero, tú, papá, ya no estabas a mi lado y nunca más estarías; al menos como antes. Pero, ya ves, nunca me abandonó la confianza de que si hubieras estado...

También había concursos de declamación a los que, pese a mi afición, nunca fui escogido, pero gracias al cual, y a la lectura de las muchas poesías que poblaban el texto de literatura, pude deleitarme con los versos de *“Volverán las oscuras golondrinas”*, con los de la *“Canción Pirata”*, con los tremendos de la *“Desesperación”* y muchas otras que, como digo, salpicaban el libro de literatura. También, a lo largo del curso se preparaba, con destino a las celebraciones que tenían lugar en las fiestas del colegio, una obra de teatro, como *“La venganza de don Mendo”*, a la que tampoco fui invitado a participar. Sin embargo, pude satisfacer mis ansias declamatorias en un breve cuadro que describía la contrariedad de un horrible demonio, de tez oscura y desplazamientos burdos y rudimentarios, por no vencer el poder de la virgen. Fue la única vez que participó una mujer. Naturalmente, en esta ocasión, no tuve dificultades en ser promovido al papel estelar. En el pecado de vanidad tuve la penitencia. La chica que encarnaba el papel de virgen no tuvo que abrir la boca, todo corrió de mi cuenta. Ya por entonces me llamaban la tención las chicas pero, aunque coincidiera con ella en la calle, con esas credenciales no hubiera tenido nada que rascar. Todo aquel ambiente dejó en mí el impagable sedimento del amor por la poesía, la declamación, el teatro, la representación y la música coral. Hoy, cuando escribo estas líneas, experimento una serena emoción escuchando pasajes de la música sacra y del canto gregoriano. Hasta llegué a vivir tres días en el Monasterio de Silos, siguiendo los oficios con la comunidad; ¿Te sorprende? Sí, hoy la serenidad me acompaña cuando escucho música religiosa, en contraste con los tiempos del internado.

En la misma línea, aunque años antes, fui al Teatro Principal a presenciar una obra en la que intervenían las hermanas, pues ellas también estaban internas en otro colegio, en las Filipenses. Como cabía esperar, la obra trataba de ninfas que, en su canto, pregonaban los sueños de su princesa:

*“Nuestra princesita se quiere casar
Y el manto de blonda, ¿Quién lo tejerá?”*

¡Qué diferentes mundos el de los curas y el de las monjas!

En relación con las hermanas te contaré que una tarde, de vuelta del fútbol y apenas enfilada la calle Mayor, a la altura de la pastelería El Buen Gusto, advertí que por la acera de enfrente y en sentido contrario, pasaban mis hermanitas, también en fila de a dos. No estaba permitido abandonar la formación por lo que quedé siguiéndolas con la vista, con tanto arrobo que, reculando, reculando, vine a caer al foso de unas obras de alcantarillado. Apenas sentí el golpe, que fue tremendo, únicamente pensé: “¡Dios mío!, ¿qué otras sorpresas me reservas?”.

Pero, sigo el hilo anterior en el que trataba de informarte acerca de la vida en el internado, ya que tú, ocupado como estabas (¡cuánto trabajasteis!), no podías enterarte. Los domingos, como siempre en fila de a dos, íbamos los internos calle Mayor arriba, al campo de fútbol de la Balastera, a presenciar el partido del Palentino, el Castilla o la Piel. En el primero jugaba una encantadora persona del pueblo: Horacio Marcos, alias “Kubalina” por su extraordinario parecido con el famoso jugador húngaro. En el descanso reclamaba mi presencia desde el césped y juntos nos fotografiábamos, ante la admiración del resto de compañeros deportados ya que, además, Horacio era el capitán del equipo. Se trataba de una persona encantadora que murió relativamente joven. De allí, del mismo campo, en el descanso, venía a buscarme una inolvidable mujer, con algún tipo de lesión en la cadera, que me llevaba a su casa, dentro de una fábrica de galletas, y me llenaba los bolsillos de ellas. Fue como un ángel. A su lado vivía Milagros, persona bondadosa, quien por encargo de Paca traía al colegio dulce de membrillo y una pieza de riquísimo pan blanco, que agradecía mucho, aunque nada más fuera por ser testimonio de que no había caído en el olvido.

Pasados unos días, me reclamaron a los recibidores pues tenía visita. “Será una equivocación, pensé, ya que nunca las tenía”. Con todo, acudí. En una sala esperaba el amigo Marcial Junquera, vestido de recluta. Me permitieron salir a la calle y allí en la acera del colegio me mostró, estacionado, un soberbio camión del ejército. Fue la visita inolvidable del amigo gigante que me rodeó de una amistad que aún perdura.

Claro está que al término de cada trimestre llegaban las vacaciones. Las de Navidad estaban precedidas por el nostálgico “Adeste Fideles”, y por la alegría de la vuelta a casa. El saludo a la gente, la preparación de la Nochebuena, y el extenuante esfuerzo del baile de Nochevieja, que se demoraba hasta las tantas de la mañana de año nuevo, permitiéndonos apenas unas pocas horas de sueño. Durante aquel lapso de tiempo había que desmontar todo el salón, alinear las mesas junto a las paredes, para dejar libre la

parte central, y soportar el bullicio, los gritos y cánticos previos al clamor que se desataba con las doce uvas, que ya habíamos preparado el día anterior, en bolsitas de celofán. Al finalizar el baile, allá sobre las seis de la mañana, teníamos que devolver al salón su anterior disposición. Y así llegaba la primera mañana del nuevo año. Eso en lo que a las vacaciones de Navidad respecta. Las de Semana Santa, además de ser más cortas, eran más serias y aburridas. Eran tiempos en los que la religión ejercía un dominio desmedido. Desde la recogida del ramo hasta su bendición con agua bendita, que el domingo de gloria se esparcía por toda la casa, las fechas discurrían en el más completo aburrimiento, entre procesiones y limonadas. Especialmente tenebrosa resultaba la noche del Viernes Santo, o noche de las tinieblas, cuando el silencio era roto por el estruendoso rugir de cientos de carracas, matracas y matracones, en un insoportable bramido, semejante a la actuación de muchos de los grupos musicales que llegarían más adelante. Las emisoras de radio enmudecían para todo aquello que no fuera música sacra o clásica. Al paso de la procesión, los cines se cerraban y también los bares. No había, por descontado, baile, ni se podía cantar. Tanto abuso, llevó el péndulo al extremo opuesto. En descargo de las voluntades perversas que, se piensa con ligereza, estaban tras tanta dominación, tengo para mí que eran los inevitables tiempos en los que tampoco había televisión ni se disponía de los poderosos medios de comunicación actuales.

Las vacaciones de verano eran, con mucho, las más placenteras. El alargamiento de los días permitía la prolongación de los juegos. Los baños en el Esla, las romerías de los Cachones y de Cabañas, y los bailes del frontón, completaban el cupo de diversiones. Coincidió con la masiva afluencia de veraneantes asturianos y del paulatino incremento de trabajo, consecuente con una sociedad que prosperaba a pasos agigantados.

Fue en uno de esos veranos, previos a la eclosión del turismo, cuando Paquita se presentó en casa con una enigmática pupila, con Josefina Benito, quien con todos nosotros pasó dos veranos, si mal no recuerdo. Se trataba de una joven, algo mayor que Paquita que, por la razón que fuera, carecía de familia, por lo que daba lugar a toda clase de conjeturas, desde que fuera huérfana o hija natural de algún conde o destacado personaje, ya que sus cuidadas maneras daban pie a dichas cavilaciones. Lo cierto es que fue una hermana más en el tiempo que permaneció, que fue acogida con la generosidad que os caracteriza y que desapareció sin dejar rastro, tal vez en un accidente aéreo o en otra trágica circunstancia. O, tal vez, por voluntaria ocultación.

Tras las vacaciones, vuelta al internado. A partir de los catorce años el colegio organizaba anualmente unos ejercicios espirituales cerrados, en un convento de monjas.

Para quienes estábamos internos, el retiro era algo así como unas vacaciones ya que nos liberaba de la rutina escolar. Los compañeros externos acudían al encierro, como si de una romería se tratase, provistos de toda variedad de tabacos, licores y juegos. También para ellos era una liberación del control familiar. Además, acostumbrado a la comida del colegio, aquello me parecía un hotel de cinco estrellas. Los ejercicios los dirigía un sacerdote que, en sesiones de mañana y tarde, hablaba sobre la virtud, el pecado, el infierno, el purgatorio y la muerte. El cielo quedaba al margen, porque poco había que comentar del lugar donde, reunidos los bienaventurados pasarían la eternidad en perpetua contemplación; un programa a priori poco atractivo y, por qué no decirlo, un poco bobalicón. Por el contrario, la sesión que versaba sobre la muerte era más animada pues se incidía en el comentario de las fatales consecuencias que tendría para el desventurado ser sorprendido en pecado mortal. El oficiante, a fin de imprimir mayor dramatismo, se ayudaba de efectos especiales y sobre su mesita encendía la luz de una bombillita, dentro de una calavera. En este marco discurría la manida narración del infortunado muchacho, de buena familia y modélico comportamiento, pero que ¡ay! en un momento de debilidad encontró la muerte en una casa de lenocinio. Recibimos el sermón en recogimiento y fingida actitud de desasosiego, tal como se esperaba. Pero al finalizar la plática, reunidos por grupos en las habitaciones, celebrábamos la plática con bromas, risas, juegos y tabaco. Además, por aquellas fechas nada sabía acerca de casas que tuvieran leones. Particularmente exasperante era el sermón sobre la eternidad. “Imaginad, decía con voz ahuecada y solemne, una inmensa bola de acero, de dimensiones semejantes a las de la tierra, recorrida por una hormiga, siguiendo la línea del ecuador. Llegaría un día en que, a fuerza de dar vueltas, el desgaste producido por el rozamiento partiría la bola en dos. Pues bien, continuaba intercalando un estudiado silencio, bajando la mirada y cerrando los ojos, como raptado por extraordinarias sensaciones, inasequibles para el resto de la grey, “¡la eternidad no habría comenzado!”

-Pues yo ya conozco la eternidad. -Me dije.

El tiempo parecía estar parado. Durante tres interminables meses, suspiraba por volver a los brazos de mamá y dejar aquel maldito destierro, tachando, día por día, las cachazudas fechas del calendario y contando con desespero las restantes. Y todo, para ya nunca jamás recuperar lo que, en el camino que conduce a “hacerse un hombre”, había quedado extraviado, como en la novela de Delibes, “El Camino”.

Días de alivio fueron los de las cuestaciones del Domund, porque se nos permitía salir durante el domingo a recaudar monedas. Pronto aprendí a hacer resbalar las monedas por la superficie de un cuchillo. Así podía comer, comprar unos pitillos, ir al cine y

pasar un día de lujo. En una de esas fechas se acercó una chica, que solía ir a misa al colegio, y me dijo:

-¿Qué haces fuera del colegio?

-Pues, ya ves, llevando chinitos al cielo.

Recordarás, papá, que Paquita pasó por una etapa monjil y andaba de acá para allá con estampitas que vendía en el pueblo, supongo que a las amigas. En cada una de ellas había una jaculatoria cuya lectura redimía al pecador de yo que sé cuantos miles de años de estancia en el purgatorio. El caso es que una vez debió poner la cajita en mi equipaje y gracias a ese despiste fui extrayendo, poco a poco, las monedas con las que compraba caramelos y gaseosas “Prádanos”; eso sí, entre agudos remordimientos, tremendas culpabilidades y firmes propósitos de restitución. Porque, papá, tu no lo sabías pero el pecado de hurto no se podía perdonar, por muy fuerte que fuera el arrepentimiento si, a la vez, no había propósito de enmienda y, sobre todo, “satisfacción de obra” o sea, restitución de las monedillas. Aún es el día que me pregunto cuántas personas permanecerán aún en el purgatorio por mi culpa, aunque en mi descargo te diré que fue consecuencia de la tibieza por la que atravesaban mis relaciones con lo religioso después de haber sido apartado del grupo de monaguillos. Algo así como una venganza.

Josemari vino varias veces a visitar al extraditado, se conoce que era una forma de compensar su descarada deserción de las inyecciones de las que le había librado. En una de ellas, me llevó al teatro Calderón, de Valladolid, a presenciar la representación de “Te espero en Eslava” espectáculo inolvidable, con Tony Leblanc, Nati Mistral y Pastora Imperio. Nunca olvidé la romanza de Margot, de Molinos de Viento: “*He pasado la vida en un sueño...*”. Años después, volvimos nuevamente a Valladolid, a ver la película Picnic. Tal impacto debió ejercer el sensual baile de Kim Novak que, vuelto al internado y preso de entusiasmo, no tuve mejor ocurrencia que escribir en el encerado el título de la película en grandes caracteres. ¡Claro!, cuando apareció el nombre de negro me propinó una bofetada, probablemente creyendo reconocer en mí al demonio que no dejaba de tentarle. Porque, ¿cómo es que tenía noticia de la existencia de esa película y de su contenido erótico? Me afiancé en el conocimiento de que las cosas tienen su precio. Eran tiempos de cambios y despertares que ocasionaban ocurrentes comentarios, como el del compañero Peña que confesó a un reducido grupo de compañeros la sorprendente turgencia adquirida por el hasta entonces callado habitante de entrepiernas. Lleno de seriedad dijo:

-¡Fijaros, cuelgo el par de botas y no se caen!

En las postrimerías del tercer curso, próximas las vacaciones, ocurrió un episodio que me trajo nefastas consecuencias. Sucedió que un día me sorprendieron hablando con otro compañero. El de negro preguntó por el objeto de la conversación. Nunca supe el porqué de su respuesta que, milagrosamente, le libró de algún tortazo.

-Me comentaba Onésimo que estaba pensando en ir al noviciado, a Bujedo.

Yo callé, ¿qué otra cosa podía hacer? A partir de ahí todo fueron atenciones. Había dejado de ser como una especie de hijo pródigo para pasar a ser el objeto de todas las complacencias. Total, que por librarse de una bofetada el gracioso compañero dijo de mí lo que se decía de la hija de don Juan Alba, que quería ir a un convento, sólo que ni yo quería ni tampoco podía ser monja. Sólo posteriormente descubriría la sencilla explicación del desmedido interés oculto tras de tanta amabilidad que en adelante tuvieron hacia mí: “Quien salva un alma tiene salvada la suya”. Lo que aún ignoro es en qué proporciones iban a repartirse la problemática salvación de la mía, tantos como eran en la comunidad, ni porqué estaban tan seguros de que llegara al cielo pasando por el noviciado de Bujedo. Me despidieron afectuosos, en la seguridad de que no volvería.

Pero, naturalmente que volví. Me recibieron a regañadientes y me hicieron pasar por las Horcas Caudinas. Fue un año calamitoso que acabó, sin embargo, de forma feliz con la superación de la reválida, con notable. Gracias principalmente a una redacción inspirada en una poesía del texto de literatura, cuyo autor no recuerdo, y que empezaba así:

*“Madre, madrecita de cara de plata,
Abre tus ojos que tan santos ayer me miraban...”*

Se entiende que estas fueran las reflexiones del niño huérfano a quien conmovían los versos del libro de literatura. ¡Qué coincidencia!, ¿verdad?

Al año siguiente las cosas mejoraron. Gago me inició en la afición a los toros y, no sé de qué forma, pude asistir a alguna que otra corrida. Más de una vez vi a Marcos de Celis, valentísimo torero local que, en el apogeo de su efímera gloria, recibió un homenaje en el colegio. Para entonces ya fui invitado a guateques, que se celebraban en alguna finca, a las afueras de la capital. También Adán me invitó a probar su nueva Montesa.

En el último curso te pedí, ¿recuerdas?, ocupar una habitación individual. Como siempre, accediste y en ella transcurrió la parte final de mi confinamiento. Josemari me

regaló una radio galena con la que pasaba parte de la noche escuchando el desfile de las grandes orquestas, en el espacio “música bajo las estrellas” de radio Palencia. Noches llenas de las preciosas melodías de Mantovani, Mauriat, Pourcel, etc. Fue un año distinto, de mayor libertad y autonomía. Además, la proximidad de la excarcelación hacía mucho más llevadero el confinamiento. También, las atenciones que me dispensó Miguel, el de La Carrionesa, y su esposa Carmen, contribuyeron a dulcificar este periodo final del internado.

Una tarde de aquel mismo año, en los jardines del Salón, se acercó un fotógrafo y pidió permiso para hacerme una foto que, a su decir, le había encargado alguien cuyo nombre no podía desvelar y que, a cambio, me entregaría una copia. Y es que, papá, estaba espectacularmente guapo con el jersey negro, precioso, que me había hecho Paca. Encantado por el misterioso encargo, creí comenzar una vida de modelo.

Conforme pasaban los días del último curso, más incontenible era mi rebeldía. Un domingo, saturado de tanta atadura, salí sin permiso del colegio, con la determinación que proporciona el hartazgo y hasta la desesperación, ante la incredulidad del fraile que no fue capaz de salir al paso de mi osadía, ni articular palabra alguna. Y es que ese día se me había metido en la cabeza que tenía que ver (ahora lo llaman visionar) Candilejas. El interés de la película compensó mi osadía. Fue conmovedor contemplar el destino del protagonista. Por unos momentos me viví Cavero en su forzada obsequiosidad, en su incapacidad de granjearse los favores del mundo, y en su honda soledad, también. No me hubiera importado recibir un castigo que, finalmente, no se produjo. Estuve dispuesto a arrostrar todas las consecuencias. Y valió la pena. A lo largo de la vida volvería a encontrarme en encrucijadas similares, pero para entonces ya sabría que, alcanzado un punto, saltaría un resorte que haría inevitable la determinación salvadora. Me tranquilizó saber que, ante situaciones similares, no estaría indefenso. Había adquirido la confianza de que las cosas vendrían por sí mismas, que mi tolerancia al abuso de los demás, llegado un límite, haría saltar unos topes liberadores. Esta inaudita osadía me dio cierta confianza, aún sin saber las consecuencias que traería mi repentino ataque de audacia. Tantas habían sido las veces que me había quedado petrificado ante las ofensas y los ultrajes, que la hazaña de Candilejas constituyó un soberbio triunfo.

Y sucedió que, cuanto más confiado estaba en mi recién adquirida seguridad, tuvo lugar el último acto del siniestro internado. En un estudio rutinario debí ser sorprendido preguntando algo al compañero de al lado por lo que el de negro dijo, con evidente expresión de satisfacción:

-Onésimo, copia cien veces “no debo hablar en el estudio”

-No me va a dar tiempo -repliqué.

-Ya me has oído. -contestó.

Pero como ya no tenía, como se dice, “el horno para hacer magdalenas”, decidí hacer caso omiso. Al día siguiente sufrí un verdadero acoso, eso que ahora dan en llamar “mobbing”. Otro de negro, compañero del anterior, a quienes había dejado en los primeros cursos, comentó, queriendo parecer contrariado:

-¿Porqué no has acudido a mí? Hubiera mediado y todo se habría solucionado. Pero ahora es tarde. Deberás esperarle a la hora de ir a la cama.

Como tenía larga experiencia de su crueldad, fui al despacho del director, quien siempre me trató con simpatía y gozaba de su benevolencia.

-No te preocupes. -Me dijo.

Aún así, no quise arriesgarme y para la hora de la cita ya había descoyuntado una silla y liberado una pata, de forma que cuando apareció ya la tenía en ristre.

-¡Acércate! -le recibí lleno de odio y omitiendo el usted.

No sé si por miedo, yo ya era un muchacho fuerte, o por consigna del director, el caso es que rebló y dijo:

-Siento que las cosas acaben así después de tantos años. No, no voy a tomar ninguna medida. Puedes ir a la cama.

-Pues yo no lo siento. Es como las cosas tienen que terminar.

Y no teniéndolas todas conmigo, puse la pata de la silla bajo la almohada. Así dormí varios días.

El último día de internado nos hicieron una fiesta, con vinos, licores y tabaco. Todo estaba permitido. Ya éramos hombres. “Estáis llamados a ocupar los puestos rectores de la sociedad”, nos decían con inesperado tono amigable. Reinaba un júbilo general y,

como por arte de magia, se diluyeron los límites de la radical separación mantenida entre los de negro y nosotros. Bajo el influjo de los licores todos entraron en el inevitable trance de la hermandad universal; todos, menos yo, que ya era ducho en contemplar los acontecimientos con la frialdad del espectador que pasa por allí. También había adquirido la maestría de conservar, congelados en la mente, todos los agravios recibidos con su correspondiente proporción de odio que disfrutaba almacenando a la espera del día de ejercer la solemne venganza. Por eso, presencié aquella velada como quien asiste a un sainete.

Con todo, en mi recuento, pasados ya aquellos tortuosos años, concluyo que tan dura fue la vida para nosotros, sus víctimas, como para ellos, nuestros verdugos, porque en descargo de los hombres oscuros, siempre tuve presente, al menos como intuición, que eran presumiblemente los efectos de las despiadadas circunstancias por las que debieron haber pasado ya que seguramente, al igual que yo, habían sido arrancados de los brazos de sus madres por imperativo de las inmisericordes condiciones de pobreza y necesidad propias de aquellos tiempos. Sea como fuere, lo cierto es que su labor fue tenaz, infatigable, de toque a toque de campana. Para ellos debió suponer un desmedido esfuerzo y para mí una extenuante tensión, ya que cada vez que la atención se apartaba del tema caía sobre mí un doloroso castigo. Al fin, los años depuraron toda la ponzoña acumulada durante aquellas angustiosas horas y como resultado quedó la comprensión de que todo el salvajismo había sido debido al universal rigor de la existencia.

Y Así fue como el odio a los hombres de negro se fue volatilizando, ocupando su lugar un cariño especial por Palencia y su buena gente.

La Universidad

Mi llegada a Valladolid coincide con la irrupción de “Los Platters” y su famoso “Only You”. Ignorante de mí, creí que con la llegada a la universidad habían terminado mis males, pero al poco tiempo comprendí que no habían hecho más que dar comienzo. En mi afán de compensaros, decidí comenzar una carrera “a lo grande” y arquitectura me pareció la más deslumbrante. No contaba con que era incapaz de asistir a las clases sin experimentar un invencible hastío, pese a que conocí profesores de una calidad sorprendente; tal era el caso del catedrático Salas, que tenía preparadas las clases de matemáticas en el encerado a base de trazos de diferentes colores de forma tal que, siguiéndolos, se podía llegar fácilmente a la deducción. No poseía esa claridad el adjunto de física, el profesor Tobalina, personaje sombrío y confuso, que para hacernos creer en aquello de la deformación se atizaba fuertes golpes contra la pared, asegurando que en algo había quedado alterada.

Pero, ni eso. Algo en mí no funcionaba bien. Deambulaba sin rumbo por las calles de Valladolid y por la ribera del Pisuerga. Palomo seguía siendo el amigo que recorría un camino paralelo al mío. No tardamos en ordenar nuestro tiempo: tomábamos café en el Molinero, nos lo jugábamos a los dados, junto con las entradas del cine, y ya teníamos la tarde resuelta. Llegaron los exámenes y ¡claro!, lo inevitable. También por iniciativa suya fuimos a las zarzuelas en las que el dúo formado por el apuesto Astarloa y la soprano Caballer eran habituales intérpretes. Eran momentos coincidentes con el resurgimiento de la zarzuela, el llamado género chico, la canción ligera y el cuplé. Al ascenso de esta última contribuyó el entusiasmo suscitado por Sara Montiel y su película “El Último Cuplé”. El amigo Palomo opinaba que tenía peor voz que Lilian de Celis.

El amigo Antonio era un genio en matemáticas, podía obtener una mala nota en los exámenes teóricos pero no había problema que se le resistiera, con lo que superaba fácilmente las asignaturas de ciencias. Por esta circunstancia nos separamos al segundo año que se marchó a Madrid a estudiar arquitectura. Yo permanecí deambulando en Pucela, adonde Josemari vino a hacer la mili. Me regaló una pipa y una bolsa del aromático tabaco Clan.

¿Recuerdas, papá, que te dije que quería cambiar, que aquello de la arquitectura me parecía imposible? Como siempre, no pusiste objeción y así lo hice. Comencé medicina porque era la única puerta abierta que no exigía el selectivo de ciencias, para mí, obstáculo insalvable. Ignoro qué especial conjunción de astros se dio, el caso es que aquel año pude aprobar. Pero seguía habiendo algo en mí que no estaba bien, como se confirmó al año siguiente. Las clases me parecían insoportables y la sala de disección un calvario. Anduve nuevamente perdido. Únicamente se me podía ver en las bibliotecas leyendo obras de filosofía y ensayos que no me conducían a ningún fin práctico. Y comenzaron a pasar los años sin que conocieras mi estancamiento, hasta que un día decidí hacérselo saber por carta. Mi desmoralización era tanta que ni siquiera pensé en las consecuencias. Ni yo mismo podía entenderme. Pensaba: “pero si no soy amigo de las juergas ni de amigos vividores; si cuando estoy de vacaciones, trabajo como el resto de mis hermanos, ¿qué me pasa?” El caso es que envié la carta.

Al día siguiente, en una tarde soleada, al ir a tomar café a la terraza de “El Norte”, en la plaza mayor, me tropecé con vosotros, como si se tratara de una casualidad, por más que esa misma mañana hubierais recibido mi carta en la que te confesaba todo el caos silenciado durante años. Mas, como si nada pasara, me invitaste a tomar café, sin que ninguno de tus gestos desvelara la inquietud que ambos sabíamos estaba merodeando por el ambiente; ni un asomo de impaciencia, hasta que pasado un buen rato me dijiste al oído: “¿Te apetece que demos un paseo?” ¡Qué más quería yo! Enfilamos calle Santiago arriba y poco antes de comenzar el Paseo de Zorrilla, sin que tuvieras que preguntar nada, pues yo estaba necesitado de abrirte mi corazón, te dije que estaba perdido, que no hallaba salida, que estaba derrotado, sin que supiese quienes eran los enemigos, si más de uno. Me escuchaste con interés y cuando hube terminado comentaste:

-Hijo, son cosas de la vida. Nada ha sucedido que no tenga remedio. Tenemos un verano por delante, tiempo suficiente para pensar y decidir lo que mejor te convenga. No te preocupes, demos hilo a la cometa. Por lo demás, pelillos a la mar. ¿Volvemos con los demás?

Te vi grandioso, papá, fuiste el milagro que ya no esperaba. A partir de aquel paseo me invadió un sosiego que nunca más me abandonaría. Dejé pasar el verano y al final te pedí ir a una residencia, pues siempre me había sentido aislado en aquellas míseras pensiones. Como siempre, dijiste “lo que quieras, hijo”. Así pase el verano, con la tranquilidad que me dieron tus palabras y la descarga del insoportable peso que llevaba.

Trabajaba e iba al río por las tardes con el perro Cuco. Mientras tanto, tramité la entrada en la residencia.

Llegó Octubre y volví a Valladolid. Pero esta vez de forma distinta. En la residencia vi cumplidas mis expectativas, como no podía ser de otra forma, puesto que me sabía trabajador, sociable y con algún atractivo personal. Allí, fue sencillísimo acabar la carrera, esta vez en compañía del que sería el amigo de mi vida, Conrado.

Me conmueve recordar, papá, que pese a lo tortuoso de mi recorrido nunca sentí que perdieras la confianza en mí, aunque ocasionalmente flaqueara y atravesara momentos de pesimismo. La zozobra, que sin duda hubiste de pasar, la rumiaste en tus adentros y nunca dejaste traslucir preocupación alguna, conducta poco frecuente en la mayoría de las personas que, no pudiendo hacerse cargo de las inquietudes, dan puntual noticia de cuanto perturba sus espíritus. Por eso te recuerdo tan frecuentemente y con tanto cariño.

La conversación en el paseo Zorrilla lo fue todo. Fue la medicina milagrosa que curó todas mis heridas. Aun así, quedaban restos del pasado que, cual fobias, se oponían al rápido avance que había emprendido. Tal era mi resistencia a acudir a la sala de disección, requisito indispensable para el acceso a un examen asequible. Pero aún esto tuvo su remedio. Y sucedió de una manera novelesca: una tarde, después de comer, fui a tomar café y, estando en la cafetería, la casualidad hizo que coincidiera con un profesor situado en el otro extremo de la barra y que de haberlo advertido me hubiera prevenido de entrar. Era un profesor de anatomía de quien estaba atemorizado. Amigo de la sorna, tenía una cierta dosis de crueldad en sus sarcásticas apreciaciones. No sabiendo qué hacer en el aprieto en que me encontraba, me armé de valor, pagué su café, y saliendo ya del local, una voz me detuvo. Era él quien me llamaba, ya que la indiscreción del barman le había advertido de mi invitación. Temeroso, me acerqué y susurré:

-Perdone que me haya tomado la libertad de invitarle, espero no haberle molestado -A lo que, sorprendentemente respondió, con gran gesticulación, como en él era usual.

-No soy un ogro, don Onésimo, y no sabe cuánto agradezco el detalle.

Aturdido, salí del establecimiento. Pasaron los días y cuando llegó el examen, me sentó entre otros dos alumnos a quienes pedía una respuesta entre tres posibles. Cuando uno fallaba, preguntaba al otro y, caso de nuevo fallo, recurría a mí. Así fue como otro obstáculo fue eliminado en la ya imparable carrera hacia el final.

A continuación llego el verano y, por las tardes, después de la hora del café, iba a nadar al río con el perro Cuco, que apoyaba sus manos en el manillar de la Lambretta o de la Vespa del primo Nino. Había recién aprendido a nadar y disfrutaba de mi reciente adquisición. El perro me seguía desde la orilla y, si me sumergía por un tiempo que él consideraba excesivo, entraba decidido a rescatarme.

A todo esto, la modernidad ya había llegado años atrás. Y para mí lo hizo con Nat King Cole y su “Perfidia” en los guateques que organizaba Amparín Villegas, allá por el año 60. Después vendrían los cursos de verano para extranjeros con la consiguiente apertura de mentes que comportó para nuestra constreñida sociedad. Cada participante volvió a su punto de origen con el voluminoso tratado de la “Historia de Coyanza”, obra del canónigo, don Teófilo. Más tarde la familia Calero abriría “Las Pérgolas”, sala de baile al aire libre, amenizada por “Los Megatones” y por los “hermanos Quiñones”, éstos últimos, autores de una colección de nuestras bellas canciones leonesas: “No se va la Paloma” y otras más. Era la época del despertar, de las excursiones en grupo por la orilla del río, canturreando al regreso aquello de “Maite yo no te olvido...”

Pero antes ocurrieron otros no tan felices acontecimientos. Estando en la residencia recibí una llamada telefónica y una voz, al extremo del hilo, me comunicó el fallecimiento, en accidente de automóvil, del primo Paquito. Fue la consecuencia de una concatenación de infortunados hechos los que acabaron con su vida. Vivía en Barcelona y le comunicaron la grave enfermedad del padre, una cardiopatía, de forma que se puso en camino, con la fatalidad de ir a estrellarse contra un árbol en Quintanilla de Onésimo. Me recogió el amigo Marcial y fuimos al pueblo. Ante su féretro dije adiós al compañero de infancia a quien quise mucho. Las paradojas de la vida, el padre le sobreviviría años. Temí que la muerte del primo rompiera la buena racha que atravesaba.

La vida en la residencia era agradable. Sin tener que ir a clase, a través de Conrado me enteraba de todo lo concerniente a la facultad. También me llegaban apuntes que permitían pasar los exámenes con facilidad. Solamente era necesario ir a las clases prácticas. En una de ellas, a los pies de la cama de un enfermo y rodeado de todos nosotros, el catedrático, tras revisar la tablilla de la evolución de las últimas horas, se dirigió a nosotros y habló:

-Bueno, este es un típico cuadro de enfisema pulmonar. El tejido pulmonar, sometido al esfuerzo de frecuentes expiraciones e inspiraciones forzadas, va perdiendo la elasticidad

y, con ello, su normal funcionamiento. Es un cuadro muy frecuente en músicos -Y, confiado, preguntó al paciente- ¿Cuál es su profesión?

-Músico -respondió, evidentemente acobardado.

-¿Ven ustedes? -y repitió el mismo argumento- ¿Qué instrumento toca?

-La guitarra -respondió asustado desde el fondo de la cama.

También tuvo lugar el episodio del epiteloma. Fue que de tanto rascarte, papá, el dorso de la mano se llegó a hacer una fea escara que, por medio de Fontanillas, consultaste en la facultad. Yo fui el encargado de recibir los resultados de la biopsia. Me dijeron que era un epiteloma y eso me sonó muy mal. Consulté en los libros y me enteré de que había dos tipos: uno benigno y otro no. Volví a preguntar y me dijeron que pertenecía a los últimos. Quedé abatido con la idea de que tu final estuviera cerca. Pero viniste a que te lo extirparan y el profesor me debió ver tan afectado que me tranquilizó diciendo que esas lesiones en la mano no tenían importancia, que con la cirugía y unas sesiones de radioterapia se acababa el problema. Entonces respiré.

Como epílogo de tantas peripecias te contaré la última. Tu amigo Delfín me preguntó al comienzo del último curso:

-¿Cuánto te queda para terminar?

-Este que empieza es el último curso.

-Pues te voy a pedir un favor. Hay un profesor del que me llegan comentarios muy negativos y me extraña, pues me parece un buen rapaz. En resumen, quiero comprobar la verdad que hay en todo ello para lo cual te pido que no abras el texto de la asignatura. Solamente así podré salir de dudas. Es una persona que me debe muchos favores. Me sorprende que, como dicen, sea riguroso con los demás y generoso para con él. No lo olvides, ni abrir el libro.

Y, ¿qué más quería el ciego que ver? Era una asignatura intrascendente por lo que la petición no podía poner en compromiso a mi laxa conciencia, tampoco a la de Conrado. Seguimos al pie de la letra sus instrucciones.

A la salida del examen, fuimos a su casa y, con nosotros presentes, descolgó el teléfono y marcó un número. Esperó unos instantes y dijo:

-Soy Delfín, ¿qué tal estáis? -y después de unos saludos protocolarios añadió- ¿Se puede poner tu esposo? -Esperó, mientras encendía un pitillo- ¡Hola!, ya sabes para lo que te llamo. -añadió sin dejar de fumar, hasta nuevamente tomar la palabra- ¿Qué me estás diciendo? ¡Mira! ¡Escúchame! Si supieran la asignatura ¿para qué c... te iba a llamar? -Al cabo de unos instantes parecieron volver las aguas al cauce, pues, antes de finalizar la conversación, dijo:- Bueno, Un abrazo.

Colgó el teléfono y con el aire triunfal de quien está plenamente seguro nos dijo:

-Estáis aprobados.

Como te digo, papá, se encadenaron una serie de felices acontecimientos, pequeños prodigios que me catapultaron al final de todas las dificultades. Llegó la hora de ir a las milicias universitarias, al campamento de Montelarreina. Dos duros veranos en los arenales, entre marchas, instrucciones, desfiles y cortas duchas multitudinarias, salpicados de fines de semana en casa. Al final del primer verano llegó la jura de la bandera a la que vinieron Chenchi y el primo Nino. Juntos, volvimos al pueblo para pasar el fin de semana. Una vez allí el destino hizo que coincidiera con Kubalina, a la sazón veterinario militar en Castellón, quien nada más verme se interesó por mi paradero.

-¿Adónde paras?

-En Montelarreina -Le contesté.

-Y, ¿qué tal? -Preguntó.

-Pues ya ves, mal. Deseando que se acaben los campamentos.

-Por casualidad, ¿no conocerás al capitán C...?

-Me gustaría no conocerlo, es una persona soberbia e insoportable.

-Es amigo, muy amigo.

-¡Vaya!, -lamenté.

-¿Querrás llevarle una carta?

-¡Cómo no!

Hablamos de otras cosas y al día siguiente me trajo la carta.

-Entrégasela sin miedo.

Así que de vuelta a Montelarreina, en la primera clase, bajo la sombra de un pino, se descolgó el tal capitán con una de sus frecuentes peroratas destinadas a intimidarnos, pues latía en su fondo algún tipo de rivalidad con los universitarios.

-Porque si a mí me viene un aspirante (nosotros éramos aspirantes) con una carta de recomendación, automáticamente me lo cargo, repite campamento. -Dijo con su habitual tono iracundo y su sempiterna expresión de prepotencia.

Pero a mí, ya avezado a torear en muchas plazas, las amenazas no me arredraban. Esperé a la terminación de la clase para dirigirme a él.

-A sus órdenes, mi capitán. Traigo una carta para usted. -dije mientras se la entregaba.

Sorprendido, la miró con la suspicacia de quien se siente retado, la abrió y su expresión dejó de ser áspera para adquirir una desacostumbrada afabilidad.

-¿Conoce a este golfo? -preguntó con ese aire de cierta ostentación, como dando a entender las juergas que había corrido con él.

-Es amigo de siempre, somos del pueblo, mi capitán. -contesté.

-Bien, puede retirarse. -dijo, tal vez, arrepentido de su excesivo relajamiento.

-¡A sus órdenes, mi capitán! -repliqué, cuadrándome.

Aquella carta valió que saliera alférez, un aspirante que, como yo, pasaba el campamento en el anonimato. Y así fue como “el factor sorpresa”, tan pródigamente repetido en las clases teóricas, hizo que ganara aquella escaramuza. Y, a falta de otros galardones, me puse un sobresaliente en táctica.

¿Recuerdas aquella época, papá? Volvía al pueblo los fines de semana y te ayudaba a atender al bar, junto con Chenchi quien, además, llenaba mi mochila de latas de conservas para que mi estancia en el campamento fuera más llevadera. Nunca olvidaré su solicitud. Mamá estaba en León con Josemari.

Después vinieron las prácticas de Alférez, en el Ferral, sin dejar de ir a Valencia los fines de semana, a echar una mano en el mostrador. Fueron unos meses amables y el trato de los demás oficiales muy considerado. Al finalizar, los reclutas de la compañía me regalaron una bandeja de plata con la firma de todos, detalle que me llenó de satisfacción. Fue un tiempo feliz. Con la primera paga adquirí un ostentoso anillo, en la relojería de los hermanos Santos, que mamá llevó siempre consigo. También en esos meses aprobé la última asignatura, con lo que se confirmaba la milagrosa conjunción de los astros benefactores, hasta entonces descarriados.

Peña Retama.

Mi contento era grande por dos razones: porque tenía la seguridad de haber encontrado el emplazamiento deseado, y porque te veía contento. Atrás quedaban los nubarrones. Además, a lomos de esta ola propicia, desembarqué en “Peña Retama”, otro de los sucesos clave en mi vida. Hacía tiempo que Carlos González, hijo de don Mariano, médico de Matanza, se interesaba por mí. Un día, en Valencia preguntó:

-¿Cuándo acabas?

-Y yo qué me sé. -Respondí.

-Avísame cuando lo hagas, quiero enseñarte el lugar donde trabajo.

Así lo hice. Me citó en Madrid y me mostró “Peña Retama”, una clínica preciosa en la no menos hermosa sierra madrileña, allá en Hoyo de Manzanares. El impacto que me causó fue equiparable al embeleso que produce la favorable disposición de una hermosa mujer. “Sí, me dije, esto es lo que quiero”. Carlos forma parte del grupo de ángeles buenos que me arrojaron y me distinguieron con su amistad. Él fue mi valedor en mis primeros pasos así como, más tarde, lo sería durante nuestra estancia en Londres. Y es que, papá, todo era consecuencia de la simpatía que tú y mamá, despertabais en todas las personas. Por eso mi fortuna es incalculable. De su mano accedí a un mundo nuevo, fascinante, a una forma inusitada de aproximación al entendimiento de los enigmas humanos. A ti te sorprendió la clínica y la familiaridad que presidían las relaciones entre todos, acostumbrado, como era la usanza, a medir la importancia de las cosas por las apariencias y, sobre todo, por el realce social que el puesto debía proporcionar. La clínica fue fundada por un tal Jerónimo Molina, personaje único, genial y bueno; un verdadero maestro, de quien con el tiempo me sentí uno de sus prolijados. De las miles de anécdotas que recuerdo hay una que conservo con especial cariño. Sucedió que un día, atravesando el patio que mediaba entre el chalet-vivienda y la propia clínica, con unos libros bajo el brazo (gesto más destinado a mostrar lo aplicado que era, que a un verdadero deseo de leer), me tropecé con él.

-¿Qué hace, Onésimo? -Me preguntó.

-Voy a leer un poco. -Contesté, seguro de haber acertado en la respuesta.

-No se mortifique, Onésimo y descanse. Además, todo cuanto pudiera hallar en los libros lo encontrará en el relato de las personas que le rodean, que están deseosos de abrirse a usted. Son libros vivos.

La psiquiatría que propugnaba el doctor Molina estaba en abierta rivalidad con la oficial o académica. En el marco de esta disyuntiva, con ocasión de un cambio de impresiones acerca de las bondades de una y otra, me apresté a una entusiástica defensa de, digamos, la nuestra y en un ataque a la rival. Molina dejó que terminara la soflama y, en un aparte, me dijo:

-Oiga, Onésimo, ¿cómo es que está tan seguro de lo que dice? –dijo, con cierto tono reticente que me alertó y previno de lo que a continuación iba a venir.

-Porque creo que es así -añadí sorprendido, y en cierto modo desairado, por lo que sentí era una falta de consideración a la lealtad que en mi enardecida defensa quise poner de manifiesto. Algo parecido a lo del melón de Paca, pero indudablemente más atento a mi formación que al señalamiento de una falta.

-Y, dígame, Onésimo, -continuó con su acostumbrada delicadeza- ¿no sería más apropiado que usted se acercara a conocer de primera mano ese mundo que usted critica sin demasiado fundamento?

Me vi atrapado y no tuve otra alternativa que matricularme de la especialidad, en la cátedra del entonces reyezuelo de la psiquiatría oficial. Allí tuve la ocasión de comprobar que la psiquiatría académica era un compendio de disparates. Para ejemplo, valga el relato de una de las sesiones en la que, ante un nutrido grupo de médicos, se “mostró” el pope acompañado de un desdichado joven cuyo lamento era el de tener baja estatura. A la tal celebridad le debía haber impresionado la lectura de Sócrates y su método mayéutico, como forma de alcanzar la verdad. Es un procedimiento, por lo demás, simple porque se basa en el interrogatorio incesante hasta rescatar lo que estaba oculto al conocimiento de la persona interpelada. La diferencia estaba en el hecho de que Sócrates creía que podría descubrir la verdad que se encerraba en el otro y nuestro personaje estaba poseído de que la verdad sólo estaba en él, por lo que sus intervenciones finalizaban siempre rodeadas de la aureola de sabiduría que cada cual

quisiera poner. Así, transcurrían las sesiones sin nunca alcanzar concreción alguna; algo parecido a lo acontecido a un vecino del pueblo que, habiéndole impactado el dicho de “sabio es quien sabe que no sabe”, indefectiblemente respondía con un “no lo sé”, incluso, hasta cuando era preguntado por su edad. Pero el sabio catedrático, accediendo a bajar del Olimpo y ponerse a la altura de los demás mortales, intervino de la siguiente forma:

-Mira, -le dijo solemnemente-, eso no le debe preocupar. La estatura no es algo determinante en la vida de las personas. Yo mismo no soy alto.

“Para este viaje no necesitaba alforjas, pensé. Eso lo podía haber dicho el vecino del tercero”.

Molina, abrió un mundo fascinante a mis ojos, el mismo mundo al que tú me habías empujado, querido papá. La enormidad de su saber, la extraordinaria claridad de sus explicaciones, el placer con que enseñaba, junto a la bondad de su persona, hicieron que a mí estimado profesor cuadre, como a muy pocos, el nombre de maestro; porque profesores hay muchos; maestros, escasos.

Papá, llegaste a conocer la clínica que se componía de tres edificaciones: de un chalet típico de montaña, probablemente el embrión de todo el conjunto, otra construcción más moderna consistente en dos alas perpendiculares donde estaban las catorce habitaciones dobles, y una tercera, más reciente, destinada a la terapia ocupacional. Toda la amplísima finca estaba rodeada de bajos muros de piedra, con una pequeña piscina en el centro. Los médicos no usábamos bata blanca y nuestro cometido era acompañar a las personas que habían ingresado voluntariamente y que, por tanto, gozaban de absoluta libertad. Al tiempo seguíamos unos cursos de formación en la orientación psicoanalítica. Quienes hacían el papel de enfermeras eran personas tituladas, no necesariamente en enfermería sino en otras ramas, tales como asistentes sociales, terapeutas ocupacionales y personal de la enseñanza que estaban interesadas en tener una experiencia en la modalidad de comunidad terapéutica. Y los clientes eran en su mayor parte universitarios, a quienes el seguro escolar sufragaba la estancia.

En ese amigable marco los días transcurrían velozmente sin que echara de menos vivir afuera, ni que la duración de la jornada laboral me fatigase. El clima era de amistad, sin menoscabo de que excepcionalmente se ejercieran medidas de autoridad si las circunstancias así lo demandaban. Siendo la estancia voluntaria, tenía poco sentido la disputa aunque, como en todo grupo humano, había sus más y sus menos. Y esa

atmósfera de amistad hacía imposible contemplar como extraño el comportamiento de los demás. Por el contrario, siempre pensé que podía ocupar el lugar del otro, de haber tenido sus mismas circunstancias. Prácticamente todas las descripciones contenidas en los textos de psiquiatría estaban a la vista y lo que era más importante, su correspondiente explicación.

La visión de Mario al borde de la piscina, lleno de angustia por el temor de que echándose al agua pudiera disolverse, fue impactante; y el conocimiento de su trasfondo, enriquecedor. En una ocasión quise poner a prueba la tolerancia al desorden de Andrés, residente en la clínica por padecer de obsesiones. Cuando estaba a punto de ir a la cama, después del meticuloso ordenamiento de la ropa del armario, la colocación simétrica de los zapatos y más actos rituales, tropecé voluntariamente, sin que se pudiera advertir la intencionalidad y... ¡nunca lo hubiera hecho! La desazón, el pánico y el rictus de amargura de su semblante hicieron que me arrepintiera. Nunca antes había presenciado una manifestación de angustia como aquella. Fue una lección que no olvidaría.

A los dos años de mi llegada comencé a pasar la consulta de Jerónimo en los ambulatorios de la seguridad social, en la calle Bravo Murillo, cerca de la casa de Paquita, proximidad que favoreció la rutina de ir a desayunar con ella al finalizar la consulta. Esto comportó el descubrimiento de una hermana con la que apenas había tenido relación, pese a haber estado cerca tantos años. Para mí que la hermana estaba marcada por un acusado sentido de la responsabilidad, rasgo propio de los hijos mayores. Las visitas diarias propiciaron un acercamiento que desde entonces no ha hecho sino incrementarse. La “sopita”, como así la llamábamos de niños, mostró su lado tierno o, tal vez, yo estaba más receptivo para recibirlo.

En una visita a León, te encontré en la caja del Cantábrico y, tal como hacías las cosas, rodeándolas de un cierto misterio me dijiste:

-Nos han ofrecido una buena oportunidad, un seiscientos en muy buen estado. ¿Qué te parece?

-Bien, pero no puedo comprarlo. -contesté.

-Bueno, te adelanto el dinero y ya me lo pagarás.

Volví a Madrid con un precioso coche azul que nunca te pagué ni tú reclamaste. Con tu hijo todo iba a cuenta de inventario, a fondo perdido.

Todo estaba en orden y la vida discurría plácidamente. Compartía el apartamento con Conrado, aunque la mayor parte del tiempo lo pasaba en la clínica donde era, sencillamente, feliz. Sucedió, sin embargo que se organizó un congreso en Norteamérica. Molina preguntó si quería ir y al mover negativamente la cabeza, apostilló:

-¡Claro!, ¿qué pinta uno de Valencia de Don Juan en Nueva York?

Este irónico comentario me impulsó a cruzar el Atlántico. En Nueva York todo es de grandes dimensiones, papa: grandes son los coches, los edificios, los aeropuertos y los habitantes. Conocí también Washington, Niágara y Montreal. Me gustaron las cataratas, no así la vida de Nueva York. En cambio, la paz que me pareció reinaba en Canadá, contrastaba con la agitación y los temores que inspiraba Nueva York. En todo caso estaba bajo la protección de los amigos Carlos y Mera, éste último tendría influencia en el nombramiento de director de Santa Isabel, años más tarde. Era una persona inteligente, muy instruida y con dominio del inglés, pero sobre todo, un excelente amigo, un gallego fino, una gran persona. Se quedó en el camino, y el recuerdo de su figura inolvidable viene a menudo a mi presente. Por lo demás, papá, Nueva York es una ciudad como Matanza, sólo que a lo grande, que diría Gila. Fácil para orientarse, ya que las calles están numeradas, y con un parque en medio, que le llaman Central, como el de Valencia, para que te hagas una idea, pero de dimensiones colosales. También me llevaron a un museo célebre en el que, casi en la misma entrada, estaba colgado un cuadro horrendo, el Guernica, ante el que se paraba mucha gente. Pasé a otra sala y me di de frente con un saco, como aquellos en los que nos llegaban las patatas, colgado de la pared y con el extremo extendido sobre el suelo. Así que salí pitando. Caminé y me atreví a subir al último piso del Empire State, ese colosal edificio que salía en las películas de tu Cinema Jardín. Una vez en la terraza me dije: “¡Quien me lo iba a decir, yo aquí!”

A la vuelta del mundo que se había abierto a mis ojos, Jerónimo me sugirió la idea de completar la formación en el extranjero. Comentó que para todo profesional era ineludible tener una experiencia en otra nación, que sin ella andaría cojo. Su velado consejo, junto al impacto que la visita a Nueva York me había producido, determinó el rumbo de la próxima aventura: Londres.

Pero antes de partir, recorrí con el seiscientos, a modo de despedida, el pirineo aragonés y leridano hasta llegar a Tossa de Mar, en donde estuve dos o tres días.

Londres

Te comenté mi nuevo proyecto y, como siempre, estuviste de mi lado. Josemari cubrió las consecuencias de mis imprevisiones y se hizo cargo de la venta del “seiscientos” y de que me llegase el dinero que necesitaba. Organicé una cena de despedida con Conri, y dos compañeras de Peña Retama. Al día siguiente me encontré en Londres compartiendo una habitación con el amigo Carlos hasta tanto encontraba alojamiento. No entendía los anuncios, ni me atrevía a salir a sitio alguno que no fuera la clase. El resto de las horas aprendía de memoria las lecciones del Asímil. Fueron unos comienzos incómodos, aunque excitantes. Poco a poco fue ganándome la vida de Londres, la Londra como llamaban a la capital los muchos italianos que habían ido también para aprender inglés. Un importante alivio fue sacar un abono mensual que me permitía tomar cualquier autobús sin necesidad de hacer preguntas, cosa que, por otra parte, tampoco hubiera sabido. Así, encaramado en la primera fila del piso superior, guía en mano, contemplaba esa extensa, verde y armónica ciudad en la que, pasado cierto tiempo, llegué a sentirme como en casa.

En aquellos días necesitaba de toda mi atención, de modo que apenas me acordaba de España, ni de ti, papá. Vivía solo, en el piso superior de una bonita casa de dos plantas, en una preciosa habitación, con amplia ventana orientada a tres caras y calefacción de gas a monedas.

Allí creo haber pasado otra memorable época. Leía mucho y disfrutaba de la soledad, sólo interrumpida para visitar al psicoanalista Walter Schindler, judío alemán llegado en la diáspora de la segunda guerra, o para correr alrededor de la manzana. Atendiendo a la nostalgia de la primera etapa en la capital inglesa, este judío, que vivía en Chiltern Street, frente del hotel Sherlock Holmes, hizo una observación que en su momento me pareció desmesurada:

-La persona tiene que lograr estar entretenida, incluso en el desierto.

Lo cierto es que en adelante estuve maravillosamente. La nostalgia desapareció y con ella las frecuentes comparaciones que hacía entre Londres y Madrid. La gente se

distinguía por su exquisita educación, amabilidad y cortesía. Particularmente, la mujeres de mediana edad tenían una especial delicadeza para con el extraviado que yo debía parecer y que a cualquier pregunta respondían con un delicioso inglés cantarín. Sobre todo, apreciaba el tono apenas audible de las conversaciones en los pubs. Entonces pensé: “Esto le gustaría mucho a Onésimo” y aún más a Santos porque, acostumbrados los parroquianos a satisfacer el importe de las consumiciones al tiempo de recibirlas; se hubiera librado de las exhaustivas anotaciones y tachaduras. Papá, Santos fue una persona que empañó muchas de mis penas de entonces y a la que recuerdo con inmenso cariño. Pero vuelvo a Londres.

La vida continuaba llena de entretenimiento: los viajes en autobús, las grandes caminatas descubriendo nuevos rincones, las horas de lectura en la cómoda habitación, las visitas gratuitas a los museos, los paseos por los parques... Londres es una ciudad maravillosa. En uno de ellos, en Hyde Park, lo recuerdo como si lo estuviera viviendo ahora, un precioso niño jugaba cerca de mí y entonces una peregrina idea me cogió por sorpresa: “un día también yo jugaré al lado de una linda criatura”, me dije. Aquella ocurrencia fue la premonición que cristalizaría en la llegada de Onejosé, años más tarde. Te digo que tal pensamiento me asaltó porque había pasado años en los que rechazaba la idea de ser intermediario en la llegada de alguien. Pero ya estaba conciliado con la vida, ya sabía ser igual que el resto del género humano. Desde aquella acogedora habitación también pensaba en ti y en lo bien que lo pasaríamos yendo juntos, en el autobús, enseñándote los más importantes monumentos de esa increíble ciudad. Te llevaría -de hecho viniste conmigo- a ver la Torre, donde ejecutaron a Ana Bolena, también a la Abadía de Westminster, a todos los rincones. Solamente me reprochaba el quebranto económico que podía estar ocasionándote. Pero estaba seguro de que esta vez podría resarcirte sin que el peso de la responsabilidad me detuviera, como creo que así fue, cuando llegaron las fechas de Calafell.

Londres estaba lleno de curiosidades al alcance del bolsillo. Desde el gallinero del Covent Garden pude presenciar unas cuantas óperas, como Madame Butterfly, y la Bohème. En Tosca oí la preciosa voz de Carreras en sus inicios. También presencié el Lago de Los Cisnes, en interpretación del Bolshoi Ballet, para lo cual hube de sacar las entradas con cuatro meses de antelación. Presenciando los gráciles movimientos de los bailarines, me sucede que espero despeguen en cualquier momento, del escenario, como las aves, por lo que siempre quedo un tanto frustrado. No, reconozco que el ballet no es la mayor de mis aficiones. También asistí, en el Albert Hall, a un concierto de Yehudi Menuhin quien, fuera de programa, regaló a los asistentes la Romanza de Beethoven como recuerdo y homenaje a la memoria de Pablo Casal, recientemente

fallecido. Finalmente asistí a un recital de Joan Baez, ya en su declive, pero verdadero ídolo allá en la residencia de Valladolid. Sin embargo, su actuación no pudo ser más decepcionante, pues, excesivamente politizada a mi juicio, abusó del auditorio con sus continuas interrupciones y soflamas contra el régimen de los coroneles, instaurado en Grecia. Algún borrón tenía que haber.

Hay una anécdota que, para mí, retrata a la sociedad londinense. Viajando, como habitualmente lo hacía, en el piso superior del autobús, me di cuenta de que éste se detenía debido al paso de un pequeño cortejo fúnebre compuesto por un coche antiguo tirado por cuatro corceles engalanados, con crespones negros y negros penachos sobre las cabezas, en un inesperado e inquietante espectáculo. Los rostros de los transeúntes, retenidos por el séquito, a la espera de cruzar de acera, reflejaban la gravedad del momento. Pero, he aquí que, inesperadamente, la tapa del féretro se abrió, se sentó el difunto y, desplegando al aire su mano derecha, comenzó a saludar a unos y a otros. La hilaridad se contagió por doquier y el público comenzó a aplaudir.

Visité cuantos centros sanitarios solicité y hasta en alguno me ofrecieron trabajo. Nunca había recibido un trato como el dispensado por la dirección de los establecimientos. A vuelta de correo recibía respuesta a mí solicitud, en la que se decía que tendrían mucho gusto en recibirme tal o cual fecha y que, de no convenirme, buscarían otra más idónea. Unas gentilezas sorprendentes. A la hora de volver a España la vida era sencilla y agradable. Me invitaban a algún “party”, que así es como llaman a las reuniones festivas.

Me daba pena dejar aquella forma de vida, pero podía más la ilusión de plasmar todo el caudal acumulado. Londres fue una etapa inolvidable, una vivencia excepcional, la vivencia de un nuevo sentido de la libertad. Pasajero contumaz de los autobuses urbanos, llegué a conocer Londres mejor que Madrid. Compartí muchas jornadas, en los fines de semana, con el amigo de siempre, con el mismo que me llevó a “Peña Retama”, con Carlos a quien gané más de un “pound”, al tute.

Cercano el regreso a Madrid tuvo lugar la enfermedad de Franco. Los noticiarios de televisión insistían en comentarios adversos hacia su figura. “Es natural -pensaba- que una sociedad basada en principios democráticos afee la figura de un dictador”. Hasta ahí todo bien, pero tanta era la contumacia de sus descarnados comentarios que comencé a sentir piedad por él. De modo que tomé una cuartilla y envié mis deseos de pronto restablecimiento. A vuelta de correo recibí una respuesta de agradecimiento.

Regreso a Madrid

Ya de regreso a Madrid, lleno de ilusión por poner en práctica la experiencia acumulada, saludé al doctor Molina, quien dijo:

-Ahora, con Carlos y usted aquí, la clínica tomará nuevos impulsos.

Pero el hombre propone y el destino sigue su propia senda. A los pocos días, al regreso de un congreso celebrado en Zurich, se le despertó con violencia un cáncer pulmonar. Si ya era escéptico acerca de la sapiencia médica, tuve la ocasión de acrecentar este recelo durante su corta enfermedad. Jerónimo fue ingresado en un hospital y al visitarlo comentó:

-Onésimo, me han traído a morir.

Pero yo trataba de alejar su atención, introduciendo comentarios sobre los proyectos que había ideado para la clínica, junto con la narración de mi experiencia en Londres. Con sorpresa observé cómo, más fácilmente de lo esperado, su interés huía de la enfermedad, hasta el punto de pensar: "Verdaderamente cualquier alternativa que se nos presente a la muerte será la preferida". Y es que la muerte es una realidad inasequible en todo su contenido. Las personas, aún cuando aceptemos el hecho de que un día no estaremos, siempre imaginaremos cómo será la ceremonia de la defunción, quienes asistirán y cuáles serán sus consideraciones hacia el finado. Como dijo un cliente del Casino, "Lo malo de la muerte es que, una vez traspasada la barrera, ya no puedes comentar con nadie: ¡mira, ya he muerto!".

Así sucedía con Molina que, siendo el desenlace inminente para cualquier observador, pronto se agarraba a la vida y acompañaba entusiasta los comentarios sobre la planificación futura de su "Peña Retama". Hasta que pocos días después llegó el desenlace, que sobrevino de una forma que afianzó más en mí la desconfianza sobre el saber médico. A fin de hacer un diagnóstico diferencial entre lo que se presumía por las imágenes radiológicas, un carcinoma pulmonar, y lo que improbablemente podía ser, un foco tuberculoso, le practicaron una broncoscopia que lo precipitó en un coma profundo

del que ya no salió. Murió al día siguiente. Yo pensé; “Si la alternativa a un carcinoma mortal es la existencia de un foco tuberculoso, méquesele como si tuviera esto último, pero evítese la realización de pruebas dolorosas e inútiles”.

Las exequias ocuparon los siguientes días, pero pronto los intereses del “bollo” ocuparon el primer plano y como sucede en todo grupo humano, los más cercanos al maestro son los primeros en salir expelido. Esto sucedió en mi caso, pues durante mi ausencia se había apoderado de la dirección un cura que, como todos los que esperan el premio en la otra vida, no desdeñan la oportunidad de tenerlo también en esta. De modo que un día me citó en la cafetería, en los bajos del centro que la clínica tenía destinado a la atención ambulatoria, en la calle Serrano Jover. Se dirigió a mí con ostensible aire de suficiencia, pretendiendo marcar un orden jerárquico, y hablando de lo que sería en adelante mi formación bajo su tutela. Dejé que se explayara y cuando más confiado estaba le interrumpí bruscamente y dije:

-Mira Pedro, Esos planes no los vas a aplicar conmigo, yo no puedo ser alumno de quien puede solamente dar clases de mezquindad. Rabias de celos porque soy médico y quieres valerte de un falso conocimiento para dominar a los demás. Estás y estarás para siempre bajo el yugo de tu miserable sentimiento de inferioridad. De modo que a partir de este momento nada tengo que ver contigo. No esperaba esta respuesta, se quedó inmóvil, sin saber qué decir. Y así, le dejé.

Al salir recordé tu airada reacción ante un cliente que, por haber hecho consumiciones de un elevado monto, quiso transgredir las normas. Me sentí contento y acompañado. De esta manera, tan imprevista, se cerró la maravillosa etapa de “Peña Retama”.

Pese a haber iniciado relaciones con una compañera de la clínica, que más tarde sería compañera de la vida y madre de los hijos, me trasladé a León, seguramente al amparo de la familia, adonde permanecí durante dos o tres meses, con una especie de consulta abierta a la que nadie se atrevió a entrar. El progreso de las mencionadas relaciones hizo aconsejable el traslado a Zaragoza. Era una mujer a quien había observado atendiendo a algún paciente y me había parecido dotada de muy buenos sentimientos, por lo que pensé que podríamos formar una familia y que ella sería una buena madre, como así resultó.

Su invitación de trasladarme a Zaragoza fue la mejor de las soluciones posible para mí, que me había quedado “huérfano” y sin claro destino inmediato.

Traslado a Zaragoza

Vísperas de mi cumpleaños me trasladé a Zaragoza, donde la familia de Carmen había dispuesto un apartamento en el que instalé un despacho para iniciar la vida profesional, con la ayuda, esta vez, del primo Nino. También me presentó a Berdala quien me apadrinó en los primeros pasos y nombró subdirector del recién estrenado Hospital Psiquiátrico Nuestra Señora del Pilar, de Garrapinillos. Así comencé la andadura en tierras de Aragón.

Un mes antes de la boda tuvo lugar el fallecimiento de Franco. La lectura de su testamento me conmovió. Sé bien que juzgar el comportamiento de una persona es punto menos que imposible porque todos, sin excepción, somos como las hojas que el viento arrastra, conforme leyes que nunca entenderemos. Empero, me enterneció la lectura de lo que entendí era su pasión por España, como me había impresionado la llamativa sobriedad de su proceder. En una de sus intervenciones quirúrgicas, el viejo quirófano del palacio se quedó a oscuras. Esta significativa anécdota, junto al dato de que en sus desplazamientos llevara su fiambarrera, despertó todas mis simpatías. Consecuente con sus principios, murió en un hospital de la seguridad social. Papá, sé que cuanto escribo no lo compartes, pero sí que estoy seguro de que lo respetarías, como siempre hiciste, en la aceptación de que vivimos épocas distintas.

Lo que después llegó estuvo capitaneado por personajes sin valía, aunque con una ambición desmedida.

Pero, a lo nuestro. Justo al mes siguiente nos casamos y pronto fueron viniendo los hijos, uno tras otro hasta cuatro que, además de hermanos, serían amigos. Coincidiendo con la llegada del primero, se casó el amigo Conrado y juntos los dos matrimonios fuimos de viaje a Viena y Budapest. Una excursión hilarante. En la obligada visita al palacio Schonbrunn, el guía nos advirtió que la pieza que íbamos a contemplar era única, regalo de las autoridades chinas a la emperatriz. Apenas asomados a la sala, Conrado me llamó aparte y me dijo:

-¡Tonterías! En Valderas rara es la casa que no tiene una sala china. Vamos a tomar una cerveza.

Eran los tiempos del llamado Telón de Acero y Hungría estaba gobernada por un régimen comunista, por lo que había un mercado ilegal de divisas, ya que la gente quería hacer acopio de dólares para poder viajar al extranjero, llegando a pagar muy por encima del cambio oficial. Y pese a que el guía nos había prevenido, ahí tenemos a Conri regatear con un furtivo cambista.

-Este se cree que vengo de Valderas para que me engañe, decía mientras el probable timador se debatía en gestos, mirando a todos los lados y hablando al bies con los labios medio cerrados, como entre espías. Si piensas que he venido a darte dinero...

El presunto timador miraba perplejo mientras yo me desternillaba de risa y pensaba: “A buen sitio ha venido a cambiar la peseta”.

La vida en Zaragoza era grata y la consulta prometedora. Me encontraba bien y entablamos amistad con los Seco, encantador matrimonio procedente de la Maragatería y que al poco tiempo se trasladaría a Oviedo. Fueron unos días amables, como los fines de semana en Herrera de los Navarros y los veranos en Cea, de Orense. En ese pueblo, famoso por su pan, pasé muy buenos ratos. ¿Te acuerdas, papá? El tío Pepe, el médico de allí, tenía a modo de mayordomo, a un tal Roque, un personaje nacido en Nueva York, que había sido boxeador, hablaba con voz gangosa y oía con dificultad; pero era inteligente y despierto. Con él jugábamos una partida al tute por parejas y, aprovechando su dificultad, nos preguntábamos en voz baja si tenía el as, con lo que saliendo de rey le birlábamos el tres, ante su desconfiada mirada. De pronto tiraba las cartas y protestaba:

-¡Non se pode falare!, ¡Non se pode falare!

Pero, pero... sucedió que hallándome bien, con tres preciosos niños y una consulta prestigiada, salió a concurso la plaza de director del Sanatorio Psiquiátrico “Santa Isabel”, obra de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de León. Así que asistí a las entrevistas y salí elegido.

Santa Isabel

Como sabes, los hijos fueron viniendo, uno tras otro, en un santiamén. Primero llegó One, tras un parto interminable. Cuando apareció, le pusieron en mis brazos, mientras atendían a Carmen. Nunca sentí una emoción tan intensa e indescriptible. Un nuevo inquilino que había llegado de repente, un milagro.

Los demás fueron llegando, igualmente tras fatigosos partos. Solamente Javi, el “conguito”, se dio prisa en superar las barreras. El parto tuvo lugar ya en León y estuviste presente en sus días primeros y también en las excursiones a La Vecilla y a Hospital de Órbigo.

Para ti sería un acontecimiento inaudito el día que supiste el nombramiento de director de Santa Isabel. Que llegara a acabar la carrera de medicina ya fue un milagro, pero ocupar el cargo de director sobrepasaría todas tus expectativas. Tener un hijo que ocupara semejante cargo, y que fuera, además, en nuestra tierra de León, debió ser el colmo. ¿Recuerdas cuando al salir del hospital pasaba por la cafetería y me recibías con el sempiterno: “¿qué quiere tomar el doctor honoris causa?” Te respondía que un café y tú insistías “¿no te apetece tomar un whisky u otra cosa?” No pasaba mucho tiempo antes de que comentaras al “escuchete”, como diría la buena y divertida Maribel, como si de un secreto se tratara, que alguien te había preguntado: “¿es usted el padre del director de Santa Isabel?, pues le felicito” Esto te llenaba de satisfacción y yo estaba contento por ti y por mí a la vez, porque si para ti era la culminación de un anhelo, yo no me llegaba a creer cuanto vivía.

Tenías siempre un canario en casa al que cuidabas con mucho esmero, pero una mañana apareció muerto. Y como quiera que una persona del Sanatorio, que criaba pájaros, me había ofrecido uno, te lo comenté. Así que un buen día te presentaste y preguntaste a la persona que te recibió:

-Mire, señorita, tengo un problema. Le diré: tengo un hijo que dice ser director de este centro pero no estoy muy convencido, porque también pudiera ser que estuviera ingresado. ¡Si hiciera el favor de sacarme de dudas..!

La mujer, que no salía de su asombro, rompió en carcajadas. Fue al despacho y comentó:

-¡Qué encanto de padre!

-No lo sabe usted bien -pensé.

Y es que eras quien eras: una persona cautivadora. Salimos con el canario.

La experiencia en Santa Isabel fue muy grata. Rodeado de leales compañeros y ayudado por Bernardo Morán, director administrativo, pude, en lo que había sido la comunidad de religiosas poner en marcha un sucedáneo de “Peña Retama“, una comunidad terapéutica. Fue una época muy bonita y la conservo entre mis más preciados recuerdos. También, con su inestimable ayuda y la colaboración de todos los empleados, liberamos el espacio reservado a los “profundos”, repartiéndolos en el resto de las salas. La sobrecarga que tal empresa supuso nunca originó ninguna protesta. En su lugar, Bernardo dispuso un salón de actos.

Así fueron pasando los días en León: saliendo al campo con amigos afines, los fines de semana y viendo a los hijos disfrutar y crecer. Nos hicimos socios del Aero Club, una sociedad fantásticamente planificada y allí, junto otro grupo de buenos amigos, pasamos momentos inolvidables. Allí aprendieron los hijos a nadar. De aquel tiempo data la estrecha amistad que se gestó con Santi Ferreras, con la buena de Mari, su esposa, y sus preciosas hijas Amaya y Ana.

Tocando ya el fin de la estancia en León, una mañana, en la plaza de la Pícaro Justina, nos encontramos con Jesúsín, el amigo de la infancia, como siempre, envuelto en su airosa capa leonesa de la que era apasionado seguidor. El segundo de los hijos, Santi, se le quedó mirando con asombro y, tirando de un pliegue, preguntó:

-Oye, ¿tú “volas”?

A lo que mi amigo respondió con toda seriedad:

-¡Claro que “volo”! Si quieres, un día daremos una vuelta. Hoy no puedo porque he dejado la brújula en casa.

-¿Qué es una “bújula” -inquirió Santi.

-Es un chisme para no perderte cuando “volas”.

No muchos días después, Jesusín emprendió el vuelo definitivo para reunirse con su padre, Marito, muerto tempranamente también. Fue mi amigo del amanecer y un hombre esencialmente bueno. En ocasiones, cuando sopla una ligera brisa le imagino paseando con su capa por el éter. Tuve el consuelo de ayudar a entrar su cuerpo al cementerio.

La marcha del amigo fue el anticipo de la mía. Una mañana, a la salida del Sanatorio, fui a casa y, de sopetón, te comuniqué mi decisión de volver a Zaragoza. Te quedaste estupefacto, no lo esperabas, seguramente habías pensado que estaría allí para siempre. Sentía causarte esta pena. Al poco, reaccionaste y, tras una débil tentativa para disuadirme, dijiste:

-Hijo, tienes que seguir los designios de tu vida. Claro que lo siento. -añadiste con la voz entrecortada por la emoción.- Pero, sobre todo, debes hacer lo que mejor sea para ti.

Papá fui muy feliz en León, me vi rodeado del cariño de todo el personal de Sanatorio y también de los muchos amigos que allí encontré. Santa Isabel ha sido un capítulo inolvidable, Pero, al igual que tú, y como todos, no soy más que un eslabón de la interminable cadena que está amarrada a un futuro que desconocemos. Consideré que Zaragoza, por su situación estratégica, podría ofrecer más oportunidades a los hijos y que, en atención a ellos, debía renunciar al bienestar que disfrutaba. No, papá, no era un chalet lo que nos separaría. Llevaba más de siete años en el cargo, siete el número de clase, setenta y siete el número de marca de la ropa del internado y, lo más importante, la disposición para atender a una empresa decae irremediabilmente a partir de los siete años. Ya había cumplido conmigo. Y eso fue todo, papá. En adelante los hijos serían los protagonistas.

La despedida de Santa Isabel tuvo lugar una mañana de invierno, similar a aquella de mi llegada ocho años atrás, sólo que en mi interior las cosas habían cambiado diametralmente. El día de la toma de posesión llegué acompañado de todos los demonios, cavilaciones y zozobras. “¿Cómo me recibirían los colegas?”, “¿habría hecho buena elección dejando la vida tranquila de Zaragoza para aventurarme en la incertidumbre de una nueva ciudad?”, “¿estaría suficientemente capacitado para desempeñar el cargo?” Ahora era mi despedida y las vacilaciones de antaño habían desaparecido. Ahora atendía a una nueva despedida con la pena natural de romper un hábito, pero con la satisfacción que produce la sensación de haber quedado bien en el

desempeño del provisional papel que la comedia de la vida me había asignado. Además, -podía decirme con cierto orgullo- marchaba por decisión propia, si es que hay decisiones que alguna vez nos pertenezcan.

Dentro de unos momentos, una vez que recibiera el informe de la guardia de la noche anterior, comenzaría el que iba a ser mi último recorrido ritual por pasillos, patios, plantas, talleres y dependencias. Todo parecía estar igual, pero en mis adentros algo se resquebrajaba. Hasta el cielo, encapotado, dejando caer una fina lluvia, parecía ser cómplice de aquella despedida. Recordando mi llegada, sentí que la vida no es más que un suspiro para quien vuelve la vista atrás. Mientras atravesaba un pasillo me encontré con el descubridor del remedio contra el cáncer, a quien las autoridades sanitarias se negaban recibir. También con el atribulado juez que insistía en revisar todas sus sentencias por temor a haber sido injusto.

Salí finalmente del despacho hacia el exterior. Los patios de un establecimiento psiquiátrico son espacios singulares, sin parangón alguno con cualquier otro ambiente. Desde un balcón, el incesante ir venir de la gente tiene un cierto tinte burlesco, una escena semejante a la de un baile visto a través de un cristal sin percibir el sonido de la música. La misma extrañeza produce el deambular de las personas que salpican el patio, sin al parecer rumbo ni propósito definido. En las ventanas del edificio, de cinco plantas, siempre hay algún espectador inmóvil, como petrificado, frente al horizonte. Desde el tercer piso una mano se mueve de izquierda a derecha, saludándome. Movidito por la tristeza del momento, mientras doy la última vuelta, una parte de mí me inquiere de forma insolente, apremiante, acerca del sentido de la vida. “¿De qué vida?”, replico a mi vez airado a mi descarado interlocutor. “¡Ojalá tuviera la respuesta!” No, no estaba en condiciones de aportar serenidad a mi interior, donde todo era un puro desbarajuste. Pero era el último día y no restaba sino aguantar el chaparrón de emociones, antes de atravesar por última vez el arco enrejado por donde tantas veces había entrado y salido a lo largo de aquellos años.

Como en un solemne ritual, recogí cuidadosamente las pertenencias de los cajones de la mesa que me resguardó y compartió tantos momentos de aquellas inefables jornadas y, como si de una persona se tratara, me despedí de aquel despacho desangelado, y cálido a la vez. Me había dado buena prisa en despedirme de todos los compañeros de trabajo, movido por la esperanza de acabar cuanto antes con el mal trago. Pero, ni por esas, el nudo de la garganta se liberaba.

Por último, ya casi fuera del recinto, detuve el coche y fui a despedirme de Manuel, el conserje. Su esposa me dijo la galantería más bonita que he oído en toda mi vida:

-No le deseo suerte, porque la suerte va con usted.

Ese fue el adiós de mi querido “Santa Isabel”

Retorno a Zaragoza.

Nuevamente en Zaragoza y otra vez a empezar. Abierta la consulta, mi primera acción fue la de abandonar la bata blanca de médico. La había llevado siempre de mala gana porque, aunque médico, estimaba que en mi especialidad la asepsia debía cuidarse de manera distinta. Tenía la esperanza de que pronto comenzaría a funcionar todo tal como lo había dejado años atrás, pero no fue así. Esperé prácticamente seis meses antes de que llegara el primer cliente. ¡Claro! El tiempo había pasado y nadie tenía obligación de recordarme.

Pudieron haber sido días difíciles, pero la afición por la informática y la ayuda del amigo Cremades, llenaron sobradamente aquellas horas de espera. En fin, como todo tiene su lado favorable, esta situación no iba a ser una excepción. Pensando en que un día habría de llegar la edad de la jubilación, busqué trabajo en la Psiquiatría pública, de modo que tuve que dar por bueno todo lo que nunca quise hacer. Así que trabajé en la planta psiquiátrica de un hospital, en el tenebroso Hospital Psiquiátrico, y en diversos Centros Sanitarios. Hice colas, sufrí inesperados desaires de compañeros y hasta me salió algún que otro sarpullido en la cara, pero pude hacer frente a todo sin gran quebranto.

Los sindicatos ya se habían adueñado de la sanidad y todo el ambiente rezumaba política. En medio de todo este panorama encontré buenas personas, como el doctor Simón, entonces director del Hospital Psiquiátrico. También trabé amistad con el capellán del Hospital Royo Villanova, José Luis Vallestín, con quien, durante las guardias, compartí muchas horas escuchando la estupenda música que coleccionaba en ingente cantidad de cintas. A partir de entonces y aprovechando las facilidades de la informática, inicié la colección de todas las composiciones que a lo largo de la vida habían dejado alguna huella en mí. Hoy alcanza la cantidad de alrededor de unas cuatro mil. Se reproducen automáticamente, una tras otra, por orden, y aleatoriamente. Escuchándolas te escribo estas líneas. Con suficiente tiempo libre, intenté iniciar la tesis doctoral, pero como tenía para mí que las tesis forman parte de las mayores inutilidades (¿Quién puede creer, de buena fe, que se pueda dar vueltas a un tema original y llegar a

conclusión alguna?), abandoné la empresa, tras la entrevista con una malcarado y zafio profesor.

Simultáneamente, tuvo lugar la adquisición de un apartamento en Calafell que, para mi contento, llegaste a disfrutar durante unos veranos, y que supuso una cierta compensación al disgusto que pudo haberte causado mi marcha de León. Aún te recuerdo en la terraza mirando al horizonte con expresión de estar contemplando una maravilla. Llevamos en una ocasión a Bienvenido, el pajarillo que asombrosamente se vino a posar en los labios de Paquita y que, distraídamente, devolviste a la libertad. Procuré que tuvieras tu aperitivo preferido, el Bitter Cinzano, una forma de compensar las delicadezas que de ti había recibido. Fue allí, en Calafell, adonde ofrecieron a Javi un cachorrillo de esa raza de perros que arrastran los trineos en Alaska, con el rabo siempre erguido y los ojos de distinto color. El hijo, con las manos juntas, imploró llevarlo con nosotros a Zaragoza. Así fue como un nuevo miembro engrosó la familia: el inolvidable Piter.

El último verano, al final de vuestra estancia en Calafell, esperando el tren que os conduciría a Chancelas, volviste la mirada y musitaste “ya no volveré”. Y así sucedió. Ya en Galicia no te sentiste bien y hubieron de ingresarte unos días. De vuelta a León te pusieron un marcapasos y empeoraste. La noche que me quedé contigo exclamaste al verme con tu acostumbrado sentido del humor y tu bienintencionada sorna: “¡Hombre! ¿Qué dice el doctor honoris causa?” Quise acompañarte al baño pero tú, poniendo la palma de tu mano como freno, hiciste saber que no lo consentirías. Siempre fuiste limpio en el sentido más amplio y noble del término. Fuiste una persona elegante. A partir de aquella noche todo se precipitó. Volví a Zaragoza y regresé para tu cumpleaños, pero ya era tarde, tu alma se había marchado.

Yo era tu “doctor honoris causa”. Una expresión mezcla de admiración y socarronería. Sí, porque, pese a mi tambaleante progresión, tuviste una fe ciega en mí. Residiendo aún en León, una tarde fuiste a casa y me pediste que te tomara la tensión. Así lo hice y oí tu corazón que andaba como una carraca; tan pronto se detenía como arrancaba frenético, en un número de pulsaciones alto y sin ritmo. Como siempre he sido escéptico acerca de lo que la ciencia médica cree saber, se lo confié a Chenchita y, juntos, acordamos dejar las cosas como estaban. Aún viviste muchos años sin limitaciones: disfrutaste de las playas, de Galicia y Calafell, y de tu vida diaria en León. Una actitud contraria hubiera supuesto el desfile por los ambulatorios, la imposición de restricciones, la prescripción de fármacos y, sobre todo, tu impresión de ser en adelante un enfermo, un títere a merced de la curiosidad médica. Creo que acertamos.

Tu Funeral

Y llegó el día de tu funeral. No sé cómo no abandonaste la caja, la ceremonia y te marchaste. Atendió las honras fúnebres el ministro del Señor más holgazán, ordinario y necio que se pueda encontrar. Allá, en el desolado espacio de la Iglesia de nuestro querido Valencia, el capellán omitió comentario alguno acerca de ti, de que eras un vecino del pueblo, que habías vivido allí, nada de nada. Únicamente, la consabida retahíla, memorizada a fuerza de repetición y pronunciada con prisa y desgana: aquello de que “la muerte no es el final”, que “El Señor ya te había recibido...” En fin, una desangelada ceremonia. No es de extrañar el creciente absentismo de los feligreses. Tú, un vecino del pueblo, una persona que, como todas, viste pasar la mayor parte de tus días allí, que allí formaste una familia, que allí tuviste unos hijos, sufriste y gozaste, soñaste e imaginaste; un periplo que no se puede zanjar con una ceremonia tan miserable. Providencialmente Jesús, el hijo de tía Nati, leyó unas cuartillas glosando tu figura, con lo que puso la única nota de humanidad.

Estos curas indolentes, rutinarios, insensibles y sucios... Por contraste, ¡qué envidia produce la contemplación de los funerales de la películas americanas!, todos en torno al finado, en elegantes ceremonias, glosando la vida del que se ha ido. ¡Qué delicadeza!, ¡qué buen hacer! Porque todos merecemos unas palabras gentiles de despedida, todos, ¡qué menos!, después de esta asfixiante travesía. Pero, este vago ministro no tuvo la gentileza siquiera de mencionarte. ¡Anda que si esas son las credenciales para el cielo, te supongo esperando en la antesala mientras revisan tu expediente! Claro que así se están viendo en cuadro. A la salida de la iglesia de San Pedro, saludé por última vez a Jose Garrido.

A este respecto mencionaré de pasada el alivio que fue para mí el que ante los reproches de mamá por no ir a la iglesia respondiste;

-¿Qué le voy a decir, Paca, si yo tampoco voy?

El carro fúnebre, precedido de las pendonetas y conducido por el Señor Marcos, hacía ya años que había dejado de prestar servicio, de modo que al cementerio te llevó un

Mercedes. Allí, en el cementerio, te dimos tierra. Con un “adiós, papá, nunca te olvidaré”, te dejamos junto a Crescencia y Luisina. Salimos del recinto y fuimos a comer a Villamañán. Con Conrado, ya se sabe, que ni tu ausencia podía ser una pena. Así que, con sus chascarrillos, pronto la tristeza quedó aparte, al menos de forma provisional. Repitió las anécdotas de su Valderas. Comentó que de allí había ido a la mili, a Barcelona, un vecino y que un amigo de éste, desconfiando del comentario de que, cuando en Valderas es de día en otras partes del mundo es de noche, le llamó por teléfono y preguntó:

-Oye, ¿es allí de noche?

-No, ¡qué va!, es de día.

-Pues lo mismo que en Valderas. Ya me parecía. Hay mucho listo. -apostilló satisfecho el incrédulo.

Ni siquiera las buenas intenciones del amigo impidieron, que tu imagen volviera a mi pensamiento y junto con ella la letrilla de una petenera que reza así:

*“Pobre del que se va lejos
Nadie se acuerda de él
Porque el corazón olvida
Cuando los ojos no ven
Por muy lejos que te vayas
Yo jamás te olvidaré”*

Al día siguiente cada pardal se fue a su olivo, como solías decir. Volví a Zaragoza con la impresión de que tras haberte dado sepultura me había sobrevenido la vejez. Sin brusquedad, como una capa de niebla que desciende y empaña cuidadosamente el ambiente y que oculta con disimulo el horizonte, me envolvió una tristeza llena de sosiego, libre de sobresaltos y angustias, dulcemente. En adelante busqué adrede la inmersión en la nostalgia de tu recuerdo, especialmente cuando sonaba algún adagio, como uno de Corelli. Un estado distinto, desde luego, de aquellos amargos y desgarradores momentos de la separación y el internado y de aquellos de estudiante, llenos de desorientación y zozobra. No, ahora todo era blando y sosegado, hasta las lágrimas fluían suaves, envolviendo mi espíritu en una atmósfera tibia, ligeramente afligida pero, sobre todo, llena de paz. Los pensamientos comenzaron a ocuparse con insistencia en el pasado, retrocediendo cada vez más, dejando el presente grabado con

una fijeza tan provisional que, como las calcomanías, apenas aguantan el paso de unos pocos días. Y así, poco a poco el pasado se ha venido adueñando de mi vida.

Al poco de marchar, con tu imagen fresca aún en mi mente, inicié unos escritos que desembocaron en la publicación de un libro “La enfermedad de la vida” que pretendió destacar lo esencial de todo nuestro mundo: la familia, nuestro querido Coyanza y el Esla de las grandes crecidas, el Casino con el variopinto muestrario de personajes que por allí desfilaron y todas las vivencias acumuladas tras la barra del bar, y la experiencia que para este tu “doctor honoris causa”, como solías llamarme, significó. Y así, de manera automática, las palabras fueron llegándome hasta completar la obra que me hubiera gustado haberte ofrecido porque, antes que todo, era un homenaje a tu impagable cariño. Papá, aunque cierto es que en ello cumpliste con tu deber, me llegué a ver tan perdido que de no haber sido por ti... Por ello, el valor de su contenido no es tan relevante como la intención que lo promovió: mi sencillo tributo a la persona que en un momento crucial sintió piedad de mí. Ya en la sala de su presentación, te divisé, orgulloso, entre el público, cambiando, eso sí, de lugar para que no me despistase. Hasta en eso generoso. Fuiste una persona delicada y limpia.

Entretanto, mi vida en Zaragoza siguió el curso natural. Los hijos parecían repetir mis pasos, suspendiendo sin pausa, pero siendo siempre unos niños estupendos. El tiempo les condujo allá donde sus buenos principios les tenían forzosamente que llevar, de forma que, casi imperceptiblemente, se fueron abriendo camino. Ese era mi papel, papá, como lo fue el tuyo. No tuve que renunciar a protagonismo alguno ya que mayor relevancia no podía tener, fuera de la de estar al lado de estas criaturas. Eso lo explica todo.

Llegaron los días de los estudios superiores y Onejosé comenzó odontología en una preciosa universidad privada de Madrid. Recuerdo, como si fuera hoy, contemplando su habitación, la víspera de su partida, diciéndome apenado: “¡Vaya! el primer pajarillo que abandona el nido”. De la misma forma silenciosa lo fueron haciendo los demás. Mientras tanto, la vida seguía su rutina. Acepté cuantos trabajos me ofrecieron pese a no estar en línea con mi orientación, pero mis intereses quedaban ya en un segundo plano. Los fines de semana daba largas caminatas con Piter, el apuesto perro de los ojos desiguales y el rabo enhiesto, que hacía frente a los lagartos y rompía alguna culebra con la trepidante sacudida de su poderoso cuello, como un látigo; un compañero perfecto que se marchaba lejos pero que aparecía en la cima de algún montículo, vigilando mis movimientos.

Un día acordamos reunirnos todos en Sigüenza, el lugar en el que Santi se había impuesto la penitencia de pasar un año interno para “enderezar” el curso de sus estudios. A tal efecto acudió Onejosé desde Madrid y el resto desde Zaragoza, con Piter. Comimos en un pueblo de al lado, en Atienza. Después fuimos paseando hacia el castillo. Piter estaba exultante, corriendo de un grupo a otro en que nos dividíamos, como queriendo juntarnos. Parecía decir en sus alocados vaivenes: “¡Qué bien, todos juntos!” Tanta fue su alegría que, deslumbrado por el sol, se precipitó al vacío desde la torre. Le enterramos y despedimos. Santi fijó, incrustado en el árbol junto a su tumba, una pequeña placa de metal. Desolados, nos dispersamos y cada grupo volvió al lugar de origen. El pobre Javi quedó desconsolado, pero pasado un tiempo dijo:

-Papá, el vacío de Piter, sólo se puede llenar con dos perros.

Fue de esta forma que llegaron Tomy y Daf, los nuevos compañeros de caminatas.

El incontenible discurrir de los días y la falta de entendimiento trajeron consigo, también, la separación del matrimonio. Eso fue todo, pese a que a mamá le pareciera cosa de locos. A partir de este acontecimiento comenzó la dispersión. Onejosé acabó la carrera y abrió su clínica, Rafita, el niño de la sonrisa perpetua, inició su salida yendo a estudiar y a trabajar a una ciudad escocesa, a Dundee. Allí conoció a Ana Mary, la gentil finlandesa con quien se ha casado y con la que ha traído al mundo una preciosa criatura, Leonín, tu sexto biznieto, que ha llegado con las mejores condiciones que un niño puede tener; unos padres amantes. A la muerte de Tomy, Javi marchó con su compañera María, a Perth, una ciudad australiana. Santi, el más viajero de todos, hizo lo propio, se fue a Inglaterra, de allí a Nueva Zelanda y de allí a Detroit, en Estados Unidos. Tomy y Daf, llegados de cachorros, fueron envejeciendo al compás de la salida de los hijos. Hoy también ellos se han ido, como se han ido tantos, como se fue el tío Constantino, el duendecillo, chispeante, a quien llevamos, Josemari y yo, en la barra de la bicicleta. Todos os metáis con él y afeabais su pasión por el vino, que saboreaba con fruición antes de deglutirlo. Por complacer a los mayores me uní al coro de reproches y fue muy celebrada mi intervención. Pero, justo al acabarla, pensé: “si no bebe, ¿qué va a hacer?”.

Finalmente, papá, antes de escribir el último capítulo de este relato, te contaré que, aunque estoy seguro que desde el lugar donde te encuentras, con mamá, estás al tanto de todo, con una amiga aficionada a la montaña he pateado el Pirineo oscense, el mismo que os enseñé en nuestros fulgurantes viajes. Ella tenía el deseo de haber tenido hijos por lo que adoptó a dos preciosos hermanitos, Sacha y Tania, a quienes fuimos a buscar

a una remota ciudad de Siberia, a Kemerovo, en los confines del mundo. Un complicado plan en dos fases con otros tantos viajes a una tierra donde la temperatura invernal desciende hasta los treinta y cinco grados bajo cero. Al regreso a Barajas, ya con Sacha y Tania, nos recibió tu primer nieto, Josemari. Ya en casa de Paquita, Cianito, con su proverbial generosidad, les tenía preparados unos regalos que calmaron la inquietud de tan largo viaje. A los pocos días, ya en Zaragoza, una llamada telefónica nos informó de su repentino fallecimiento. Espléndido, afable y atento, pendiente siempre de que todo su entorno se sintiera cómodo, se fue con la misma discreción con la que se comportaba en las reuniones. Ni que decir tiene que llegó a ser un hermano más y como a tal lloré su ausencia. Algunos meses más tarde, acompañando a sus nietas, Camino y Lucía, de vuelta del colegio, observé cómo las niñas se retrasaban intencionadamente y, desde la esquina, se quedaban mirando al final de la calle, como esperando a alguien. Sin lugar a dudas confiaban en que su adorado abuelito apareciera. Ellas perdieron al abuelo encantador, Paquita a su compañero de viaje y el resto de los hermanos a una persona maravillosa.

Adiós, papá

Voy cara al invierno. El frío repliega mi pensamiento hacia la infancia, como buscando un remanso protector. Caigo en la cuenta de que estoy siendo cautelosamente invadido por imágenes del ayer, que roban el brillo de las recientes. Papá, el escepticismo que me acompaña desde el internado va cediendo paso a la indiferencia. Los acontecimientos de la actualidad apenas me rozan, vivo preferentemente en el pasado. Al igual que un espectador presenciara un espectáculo desde la grada, con desgana y por compromiso, así contemplo el paso de los días. La curiosidad, que ha estado en aparente presencia a lo largo tantos años, parece haberse extraviado.

Muchas de las personas que han conformaron mi vida ya se han ido. Conrado se fue en silencio. Donó su cuerpo a la ciencia y ahora, lo que quede de él, estará sumergido en alguna piscina de formol. Fue un personaje encantador, siempre risueño, amigo de la broma. No obstante, inteligente y cuidador del amigo. Juntos estuvimos en la residencia, juntos acabamos los estudios y juntos compartimos el apartamento de Madrid. A mi vuelta de Londres, mi intención de formar una familia puso término a un maravilloso capítulo de mi vida. A partir de entonces nuestro contacto fue espaciándose más y más. Atrás quedarían las jornadas de aventuras, bromas y carcajadas. No le pude despedir, estar a su lado en sus últimos momentos, ni volver a recordar nuestras magnas e insignificantes gestas. Pero vives en mi memoria, “doctor don Conradín”, y en tu Valderas del alma. A veces me río solo imaginándole trapichear con estampas, indulgencias, reliquias y salmos, comprando las primeras filas del anfiteatro de la contemplación, adonde tendrá un lugar celosamente reservado para mí. Su llegada habrá marcado el comienzo de una nueva era celestial y de un cataclismo, también. Resquebrajará la solemnidad establecida por los aburridos santones y eremitas, y hasta es posible que haya abierto su consulta.

¿Qué decirte de Ramonín, Paquito, Lolo Palacios, José Garrido, Luis Alberto Cuervo y tantos otros. ¡Hace tantos años que los perrillos y la gatita se hicieron a un lado del camino..! Y aquí me he quedado perplejo, en esta sociedad que malentiendo, en el disparatado mundo de las vacas locas, del aceite de colza, del sida, de la capa de ozono, del cambio climático y de tantas alarmas pertenecientes a la histeria colectiva que de

siempre ha venido acosando a la humanidad, desde los tiempos de Sodoma y Gomorra y que ya me cogen fatigado. Algún cliente me informa de productos farmacéuticos desconocidos y de nuevas pruebas de las que jamás he tenido noticia. Me rodea un batallón de siglas que, afortunadamente, la memoria se niega a retener y que hablan de unos tiempos que ya no son los míos. La invasión de los relojes digitales en todos los aparatos domésticos y su constante renovación, acentúa mi progresiva incompetencia. Y para colmo, el incesante flujo de personas entrando y saliendo en una movilidad vertiginosa, en contraste con aquellas fechas en que las únicas novedades eran las anunciadas por el voz pública o el “parte” de radio Nacional. La llegada de aquellos niños alemanes, acogidos por Alcón y don Eloy, tras la guerra, supuso un acontecimiento. Desde un segundo plano, adonde han permanecido durante todos estos años, han irrumpido al presente, con creciente nitidez, los lejanos recuerdos del jardín de los patos, tan bien cuidado por Jañe, de las flores de los parterres y del delicado tacto de la blusita de piqué, con la que Paca me engañó, haciéndome creer que era la prolongación de su cálida piel.

Papá, no sé si la acentuación de la nostalgia se corresponde con la proximidad del desenlace o es que en algún recoveco del corazón ha permanecido escondida, acechante, desde de los inicios, aunque tampoco es cosa que me interese. En estos momentos, pocas cosas importan. Si vuelvo la mirada y contemplo mi trayectoria en su conjunto, no puedo menos que considerarme afortunado. He gozado de la “libertad”, he disfrutado grandemente de mi “trabajo”, unas veces como asalariado, aunque siempre con un grado de autonomía, como a ti te gustaba vivir. He conocido la amistad y, en conjunto, creo haber sido muy querido. Los hijos se han criado bien, no he tenido el infortunio de que vinieran con tara alguna. Tampoco he padecido defecto alguno que me hubiera privado del movimiento, ni de la adecuada capacidad de percepción. Únicamente he quedado con la pena de no haber aprendido a tocar un instrumento musical, si no con la perfección de Enriquito Muñoz, el premio Sarasate, que además compatibilizaba el virtuosismo con los estudios de derecho, pero sí en grado suficiente como para haber estado entretenido muchas horas. O como Moisés con el fiscorno. De hecho alguna vez he soñado que daba un recital de piano en el espléndido salón de baile del Casino, rodeado de todas las personas conocidas, que inexplicablemente cabían pese a ser multitud, y a quienes, levantando una mano del teclado, saludaba sucesivamente, con la alegría de encontrarnos de nuevo.

Me encuentro extraño, de paso, como si hubiera arribado al puerto de destino o lo tuviera a la vista. Pocas cosas me interesan, Hoy van a coronar al príncipe pero me da igual. Cierto es que esta última etapa se ha caracterizado por la inmoralidad de la

administración pública. No caeré, papá, en el tópico de considerar mejor a “*cualquiera tiempo pasado*”, porque ya se sabe que somos rehenes de nuestra propia experiencia, a la que nos hemos de remitir siempre en la búsqueda de la explicación de nuestra forma de estar aquí, y en la que quedamos atollados, como los carros de mies, a la vuelta del acarreo por los barrizales de las Cumbreras, en Matanza. Aunque no quiero, insisto, establecer comparaciones, encuentro el presente fatigoso, monótono, aburrido e inmoral. No quiero perder de vista, no obstante, la posibilidad de que este taciturno estado se halle ocasionado, en su mayor parte, por la posición avanzada de mi vida, que haga que todo me resulte criticable. Pero, te cuento, papá. Después de tu marcha, votamos, para aupar a la presidencia, a una persona escasamente dotada, de cortas luces, que colaboró eficazmente en el afianzamiento de una ruina que ya se venía fraguando años atrás. León ha tenido destacado protagonismo político en estos últimos tiempos, porque al mencionado le sucedió otro, que también estudió en nuestra capital, que con la misma aplicación trabaja afanosamente para consolidar la ruina recibida. El rey, a estas alturas, ya no lo es; parece ser que sus desmanes le tienen confinado. Con estos personajes el principio de Darwin de que sobreviven los más capacitados, parece estar fallando estrepitosamente. O a lo mejor no, porque vivir, lo que se dice vivir, no lo hacen mal.

¿Qué quieres, papá? Echo en falta el rigor que creo haber encontrado en los comportamientos profesionales, el gusto por el bien hacer, el solemne sentido de la representatividad asociado a los cargos de proyección pública. La prestancia que acompañaba a don Máximo Palacios, la rectitud de don Luis Alonso, la afabilidad de don Juanito, el médico, o la entrega de don Arcadio Goyanes. Porque cantamañanas siempre los hubo, pero mi impresión es que su influjo quedaba oscurecido por el comportamiento mayoritario. Eran los apasionantes afanes por salir de aquellas condiciones penosas y ello tuvo un cierto cariz de gesta. Contrastando con el espíritu de aquellas fechas, echo de menos que en las recepciones de la familia real, por ejemplo, nunca haya habido la iniciativa de acoger la representación de esa parte tan importante de la sociedad, como albañiles, vendedores, capataces, fontaneros, conductores, etc. Siempre los mismos pavos reales en los actos. Solamente se habla de democracia pero la realidad es que la humanidad sigue su inalterable curso.

Todo indica que la fase asimilativa culminó hace tiempo y que el pasado se apodera sin pausa de mi decreciente interés. Es en el recuerdo adonde me veo sumergido, en largos períodos de ensoñación. El interés por la actualidad se debilita y a la par, también, la perturbación que antes me originaba. La llegada de los setenta no me ha cogido de sorpresa. Hace tiempo que tengo conciencia de haber iniciado la fase de

desprendimiento, la etapa catabólica de la existencia. El sonido del teléfono apenas si perturba mi estar conmigo. Igualmente, la correspondencia se ha reducido a la recepción de algún extracto bancario o de algún email, porque ahora, papá, se puede enviar cartas sin cartero y sin sellos. El portentoso avance de la electrónica ha traído el internet, una red que nos permite estar en comunicación con todo el mundo sin salir de casa, así como enviar documentos, fotos, música, todo. Esta faceta sí que te hubiera gustado, tú que tanto disfrutabas las conquistas de la modernidad, como cuando compraste la Gaggia, aquella portentosa cafetera que no pedía lavar los cacillos ni llenarlos de café, ni que Paca me diera en la cabeza al arrojarlos al cajón. Pese a todo el avance experimentado, la clase dirigente sigue siendo pueblerina. Es llamativo que Bill Gates, creador de Microsoft, o Steve Jobs, fundador de Apple, por poner dos ejemplos, que tanto han contribuido a la comodidad y al progreso de la sociedad, no hayan merecido el premio Nobel. Ellos, junto a otros, han proporcionado un beneficio incalculable, por cuanto las personas pueden estar entretenidas horas y horas ante la pantalla sin experimentar atisbo de aburrimiento. El contraste lo pone el recuerdo de aquellas interminables tardes de estío, en Matanza. Con el ordenador pasé los seis meses de sequía a la vuelta de León.

Cuando, en conversaciones, el tema gira en torno a la fugacidad de la vida y alguna voz manifiesta la nostalgia por la juventud ida y suspira por su imposible retorno, no rompo el mutismo pero en mi interior siento malestar, una repulsión ante la posibilidad de repetir las experiencias pasadas. “De ninguna forma”, me rebelo desde lo más profundo. Incluso la presencia de una bella mujer, que inevitablemente despierta la añoranza de la mocedad, es capaz de vencer el desasosiego asociado a los tiempos escolares. Y en lo profundo de mi ser una voz se rebela airada: “¡Por nada del mundo volvería a recorrer lo andado!”. Pero yo la acallo y tranquilizo, “no, no te preocupes que no volveremos...” De esta forma conmino al pasado a sujetarse a sus límites. Y me siento como cuando me imagino a una madre calmando la inquietud del niño, cantándole la preciosa nana de Falla.

Estoy cayendo en la cuenta de que, acordándome de ti, únicamente hablo de mí. ¿Cómo estás, papá? ¿Fue penoso tu viaje? ¿Es verdad que cuando se está a punto de partir, y aquí se crea que ya se ha perdido la noción terrenal, te enteras de todo, que gozas de un estado de clarividencia? Si esto es así, recordarás que en tu último cumpleaños ya no nos acompañaste en la mesa, que “preferiste”, cara a la ventana, mirar al mezquino horizonte que nuestros miserables urbanistas nos deparan, construyendo casas pegadas a otras. Después, ya no quisiste comer y sólo la cama te llamaba, por más que mamá

insistiera en que te movieras algo. Finalmente convinimos en dejarte en paz ya que tu propósito era firme y porque era evidente que no querías permanecer por más tiempo.

En mi colección de música están los principales temas de toda la vida y, aunque los hijos me instan a que conecte con otros programas en donde puedo escuchar toda la música, habida y por haber, con mejor calidad, me niego, no me interesa. En el momento en que te escribo estas líneas la colección está cerrada, sólo excepcionalmente incorporo alguna canción que se ha quedado olvidada. Al poco de finalizarla me di cuenta de que era como el comienzo del cierre a toda una vida abierta a los mensajes del exterior, el preludio del fin de mi excursión. Fue así como, de la forma más entretenida, almacené en mi carpeta de música, casi diez días de ininterrumpida audición. La escucho de continuo sin experimentar cansancio, inequívoca señal de que vivo en los confines de la vida, donde las novedades están desprovistas de atractivo. ¡Cómo no! muchas de las composiciones hacen referencia a la vida del Casino, a nuestros días juntos. La Serenata de Tosselli me trasporta a las tempranas vivencias, cuando tocaba la orquestina sobre el pequeño escenario del salón. También, un Nocturno de Chopin me recuerda cuando fuisteis al cine a León y particularmente tú volviste maravillado de la destreza con la que un niño acompañaba, al piano, a Tyrone Power. La película es Eddie Duchin. Nosotros quedábamos contentos de que salierais alguna vez. En vuestra ausencia Paquita administraba la intendencia de forma que a la vuelta había más de lo que habíais dejado. Josemari limpiaba el mostrador y ordenaba las cosas cubriéndolas con paños, de forma que más parecía un altar que la encimera del armario de las botellas. En la canción favorita de mamá, “Siempre En Mí Corazón”, hay también una anotación con el nombre de Paca. Pude rescatar las composiciones oídas en la soledad del comedor amarillo del internado y también otras posteriores, como la Canción India de Amor que nos mostró Villasalero, por ejemplo. Todas están en mi maravillosa colección y cada una conduce mi pensamiento hacia fechas y acontecimientos del pasado, particularmente a los tiempos de nuestra vida juntos.

Paradójicamente, después de tanto alejamiento de lo religioso, experimento una suerte de ternura escuchando las piezas de música sacra, a la vez que una cierta ira, pues me represento al sumo hacedor divirtiéndose con las súplicas de sus criaturas, implorándole piedad, mientras se repite hasta la extenuación las bondades del dios todopoderoso, del padre amante que dio la vida por los hijos. Me parece un sermón incoherente, la descripción de una senda excesivamente enmarañada y tortuosa para quien todo lo podía... Los “Dies Irae” rescatan, a un tiempo, los sentimientos más irascibles y serenos. Me veo en la capilla del colegio, a mi corta edad, al punto de la mañana, tras haber sido arrancado de las cálidas sábanas y haber llorado la separación de casa, oyendo

machaconamente las alabanzas a las infinitas bondades de un padre que con tanta facilidad se torna irascible. Pese a las calamidades del internado, la música sacra me llena de serenidad pensando que la vida está fuera del alcance de nuestro entendimiento, que trasciende los inmediatos intereses y que, sin necesidad de asirnos a creencia alguna, abre ante nosotros un ventanal a la hermandad, y a la concordia.

En las últimas despedidas, te recuerdo asomado a la barandilla de la escalera. Yo bajaba, todo lo deprisa que podía, mirando hacia arriba y a las escaleras, porque ya en mi mente se había instalado la idea de que podía ser la última vez que nos dijéramos adiós. Se dice que la separación es brusca y la despedida es larga y lacerante. Y fue en la última, precisamente, cuando supe, como si me fuese revelado, que nunca más te volvería ver, porque, aun cuando hubiera esa otra vida con el prometido premio de esa pánfila contemplación, te encontraría agobiado agarrándote a las manos de tus papás y, además, que tras de mí vendrían mis hijos con igual pretensión, en una ingobernable confusión. Por eso, prefiero despedirte ahora que es tiempo.

Hoy me acordé de ti; bueno, lo hago todos los días aunque no lo pretenda. Miro atrás y me contemplo niño embelesado a la estantería del bar, con la mirada fija en la botella de Vit ¿Te acuerdas? Lo que nunca supiste es que ese licor de huevo no me gustaba; me complacía, eso sí, que tú creyeras lo contrario y me ofrecieras una copita, para de esta manera tenerte ocupado en mí. Tú caías en el juego y me hacías caso, como siempre hiciste a lo largo de los años. Fuiste mi enfermedad y mi curación; ambas cosas.

Ahora querría hacerte una pregunta un tanto delicada. Pero no es necesario que la respondas, es un simple desahogo. Aún así, dime papá: ¿alguna vez te planteaste que yo naciera? Supongo que no, que todas estas cosas suceden porque así están establecidas ¡Qué preguntas! Además, a estas alturas ¿qué importancia tendría? Pero como hemos de buscar los motivos de todo, tal vez para identificar unas causas a las que imputar el malestar de la vida... Una vez, no lo olvidaré nunca, en el mostrador, desde donde contemplaba cómo los demás jóvenes iban y venían a sus diversiones, a sus juegos y a los bailes, comentaste a un atolondrado cliente la cuestión de los hijos e hiciste el desafortunado comentario: “estos creen que la vida es jauja”. La indignación que me produjo tu observación hizo incontenible la respuesta que me salió como un vómito: “la causa de estar yo aquí es vuestra, tuya y de mamá”. ¿Verdad que te pilló desarmado mi réplica? También yo quedé sorprendido. No podías esperar tamaña osadía y vacilaste, con dos tazas en la mano, entre la disyuntiva de una contestación violenta o la contención. Finalmente ésta se impuso y quedaste inmóvil con las tazas en la mano. Encajaste el golpe y te vi gigantesco, grandioso. Por eso cuando se habla de libertad,

como de un don del que uno puede hacer uso a su arbitrio, recuerdo esa anécdota y me digo:

-“Simín, la libertad que hayas podido disfrutar bien sabes de donde procede”.

Hoy, como cada año, los hermanos hemos acudido a la fiesta del pueblo y, como ya se ha convertido en un ritual, nos acercamos a vuestra tumba y allí, sin acordarlo, permanecemos en silencio, cada uno en sus pensamientos, que sin duda serían los mismos aunque pululando en las cuatro diferentes cabezas de vuestros hijos. Seguro que los años del Casino ocuparon nuestras mentes. Estábamos comentando cosas sin importancia y repasando las fechas de vuestras despedidas, hasta que Josemari rompió el silencio y dijo: “Si pudierais vernos, estaríais orgullosos de contemplar a vuestros hijos en tan buena armonía, alrededor de vuestra tumba”. Y con las flores sobre la losa y una idea en mi mente “¿porqué no estaríamos todos juntos, como cuando niños?”, os dejamos. ¡Qué burla, la vida! De fijo encontraste irresistible a Paca y esa es la sola respuesta a todos nuestros porqués. También nos detuvimos leyendo los epitafios. Reparamos en la presencia de nuestra hermana Luisina a quien apenas conocimos ni recordamos, y a familiares, amigos y vecinos, mientras hacíamos comentarios acerca de nuestras vidas. “¡Mira, ahí está Paquito! Terrible desenlace aquel. Acudió a despedir a su padre y dejó la vida en la carretera”. Golpes despiadados de la vida. Al final, acontece lo que a todos los apenados asistentes a las despedidas en las estaciones cuando el tren, que ha de alejar a las personas queridas, no acaba de arrancar: que se debaten entre la pena de la separación y la urgencia de la vida que queda al borde del andén y que finalmente se abre paso en el comentario: “Pero, ¿qué demonios hace este maquinista!?” De manera parecida se resolvió lo nuestro y salimos del cementerio.

Por unos momentos estuvisteis presentes, cristalizados en nuestro recuerdo. Todos juntos otra vez. Papá, recuerdo con precisión tus rasgos, tus ademanes, tu mesarte la barbilla con la horquilla formada por los dedos pulgar e índice de tus manos, tus opiniones y sentencias, particularmente aquella de “no te preocupes, hijo, da hilo a la cometa”, indeleblemente grabada en mi corazón.

Adiós papá. Si te digo que no te olvidaré, parecería que decido mantenerme alerta para que tu recuerdo no se desvanezca en las horas y días venideros, que me esforzaré en no olvidarte, con lo que estaría así empeñado en una continua vigilancia; todo lo contrario a lo que merecería la indulgencia de tu actitud hacia mis frecuentes extravíos. No, te recordaré siempre porque, caso contrario, habría desertado de mí mismo, me habría hecho a un lado de todo. El tramo del camino en el que nuestras vidas coincidieron

dejaron el poso de un recuerdo dulce y sereno; el mismo que deja una privilegiada amistad en la que cada componente ha podido dar rienda suelta a las quejas y reproches. A mí también me permitió la vida quedar libre de contenciosos contigo. Nada quedó escondido; ningún poso que pudiera obstruir los delicados canalículos por donde discurre mi inmenso cariño, ni vaho alguno que empañara la afable imagen que de ti guardo, Ninguna deuda pendiente, nada que te dejara a deber porque la factura más elevada y difícil de liquidar, el que me trajeras a la vida, tiempo ha te la condoné, en el mismo momento en que me percaté de tu bondad. Te despedí con paz y el sosiego está en las lágrimas que tu recuerdo libera.

Nunca estuve preparado para la vida. ¿Recuerdas, papá, cómo, cuando la cuenta de las consumiciones excedía de las cantidades ordinarias, reclamaba tu intervención, porque carecía del atrevimiento necesario? Así me ha pasado con todo. Cada gestión ha ido precedida por la consideración a la posible capacidad económica del cliente y, así, ha sucedido que alguna factura ha quedado en el aire. Pero no me pesa. Soy afortunado, papá, la enseñanza que comportó las horas en el mostrador del Casino, el trato con los clientes, la ineludible adecuación a las características de cada uno y, sobre todo vuestro el ejemplo (porque ya sabías que allá donde el ejemplo no llegue, las palabras son inútiles), de veros hacer las cosas bien, con honradez y consideración, supuso para mí lo para el labrador el acondicionamiento de la tierra antes de la siembra, la preparación de una base idónea sobre la que las enseñanzas de Molina pudieran fructificar.

¿Quién no sueña en dedicarse a una actividad, siempre actual, que ni el paso del tiempo y ni las variaciones de la moda pueda dejar obsoleta? Porque parece ser que todos tenemos un cierto anhelo de transcendencia y, en lo referente a mi profesión, tengo la gran fortuna de haber sido colocado por la vida en una forma de entender la especialidad que está siempre vigente, como en el primer día. He sido testigo del paso de mil productos farmacéuticos, de mil modas, del advenimiento de innumerables escuelas, pero lo que es esencial, lo que es común para todos los mortales, el seno de la familia, donde se desarrolla el ser que viene al mundo y sobre el que dejará una impronta que explicará su forma de estar, eso que está al abrigo de las modas, que es permanente, es la base de la actividad a la que me dedico. Y en ello la barra del bar fue un verdadero tratado de psicología. Por allí desfilaron las personas de la localidad, cada cual con sus peculiaridades, cuyo comportamiento y forma de estar, nos fue fácilmente entendible, ya que conocíamos muchos de los entresijos familiares.

Anécdotas jocosas, como la del cliente que comentaba encontrar una excesiva pasividad y desinterés, en los encuentros íntimos con su pareja, al punto de tener que advertirla:

-Mujer, no te pido que me quieras, pero sí que pongas interés al acto.

Así, un interminable catálogo de situaciones que comportaron un especial conocimiento que no está en los libros, y del que nunca hubiera sacado partido de no haber estado vosotros detrás. El contacto con los clientes me enseñó, tras algún desaire que otro, la importancia del uso del lenguaje. La necesidad de ganarse al cliente y mantener con él una distancia justa, obligaba a la cuidada elección de las palabras, a la práctica del ejercicio de ponerse en el lugar del otro. En esa asignatura fuisteis profesores únicos. Para el ejercicio de la especialidad ha sido determinante. Mi suerte procede de vosotros, de las jornadas del Casino, de vuestro ejemplo.

Desde luego que las dos modalidades a las que pueden quedar reducidas las formas de estar en la vida: para los demás o para uno mismo, quedaron fielmente plasmadas en el trasiego de la clientela. El Casino fue un compendio de la vida. Por allí desfilaron todos los tipos de personalidades con sus rasgos característicos, toda la variedad de pautas de comportamiento. La generosidad y el egoísmo, la cortesía y la desconsideración, la arrogancia y la sencillez fueron las que enseñaron a acertar con la justa medida de acercamiento o distancia. A estas alturas he de reconocer que la mayoría de los vecinos se condujeron con gran consideración y aprecio. Allí fui privilegiado espectador del acontecer de la pequeña sociedad. Desde la tribuna del Casino fui testigo de los sueños colectivos de ser príncipes en busca de la princesa del zapato perdido en la precipitada huida tras las embelesadas y vertiginosas rotaciones del Danubio Azul, en el espléndido salón de baile, bajo la soberbia araña central, las paredes doradas y las mejores galas para una noche de ensueño. Era el majestuoso espectáculo que en contadísimas ocasiones permitía a los habitantes emerger de la trivialidad de la vida cotidiana y experimentar un leve respiro hasta la llegada del próximo vendaval.

Como en el caso del caricaturista, que en su progresión necesita cada vez menos trazos para mostrar la esencia de la fisonomía que quiere plasmar, así el discurrir del tiempo ha depurado la manera de atender los variados comportamientos congregando partes, antes dispersas y erráticas, hasta unificarlas en una pasmosa unidad. El Casino y el paso de los años me han traído al lugar donde siempre soñé llegar. Por ello, mi ocupación es siempre placentera. Me ha sucedido lo mismo que acontece a quien se apresta a resolver un rompecabezas; que partiendo del caos formado por numerosos fragmentos desparramados al azar, llega a construir una figura coherente, merced al hallazgo de similitudes, bien en las siluetas, bien en los contenidos de cada pieza. Igualmente, al comienzo de la profesión, las conductas se me presentaban como compuestas de rasgos

diversos, reclamando cada uno para sí una atención particular, pero que en la progresión se hace patente que todos participan de una misma unidad. Lo mismo que este barullo de las autonomías que llegaste a conocer, e incluso a aplaudir, papá. A la postre, se quiera o no, solamente gozarán de vitalidad aquellas que formen parte de una solemne unidad.

De tus palabras, en el paseo Zorrilla, deduje que la misión del padre, era respecto del hijo, la misma que la del corredor de relevos: prestar atención a hacer un buen tiempo, pero, sobre todo, no descuidar la forma de entregar el testigo a quien ha de continuar la carrera. Nunca dijiste que mi trayectoria fuera errática o insensata, aunque intuía que lo tenías que pensar. Por el contrario, siempre quitaste hierro a las congojas de mi vida y tu recuerdo me acompaña siempre. Puedo evocar tu presencia sin quebranto, tal como te despedí al borde de la sepultura. Has sido el gran personaje de mi vida, el Quijote defensor de mis pérdidas causas, el aliento en mis tribulaciones, el faro en medio de mis vacilaciones, el puerto seguro en las despiadadas borrascas. En un momento especialmente difícil, toleraste te reprochara el daño que me habías causado trayéndome al mundo. Y, porque soportaste estoicamente mis destemplanzas, te pude despedir con serenidad y quedar en paz contigo. Ese sosiego me envuelve con la misma calidez con la que la tibia sábana de hilo, recién planchada, arropa al cuerpo cansado.

Papá ya siento que me acerco a ti. Mi disposición es la de la persona que permanece en la verbena, cuando ya la orquesta ha guardado los instrumentos y cada componente se ha ido a casa. El pavimento está lleno de restos de confeti empapado en cerveza y muchas de las luces se han apagado. La fiesta se ha terminado. Un sentimiento de alivio me envuelve. Para mi gusto es suficiente. Papá, he sido muy afortunado, nada más puedo esperar que no haya disfrutado. Fui muy querido por ti, por mamá, por los hermanos, y por muchas otras personas. He podido disfrutar de cuantas experiencias se han puesto en mi camino, no todas con final feliz pero experiencias, al fin. Para mis apetencias ya está bien, es más que suficiente. Como te digo, me encuentro cada vez más extraño en medio de los acontecimientos actuales, aunque no me interesan mayormente. Presiento que está cercana la hora de irse. ¿Qué como lo sé? Seguramente de la misma misteriosa forma a como las aves conocen la llegada del tiempo de la emigración.

He vivido en el escepticismo, un escepticismo que me ha acompañado en todos los acontecimientos de la vida, lo que no quiere decir que haya sido indiferente a ellos. Por el contrario, muchos me han merecido el calificativo de grotescos. Primero fue el llamado “envenenamiento masivo”, atribuido al consumo de aceite de colza, pero que

en realidad nunca pudo ser probado. Al amparo de la ignorancia se propusieron rocambolescas versiones y muchas personas recibieron una indemnización con la sola manifestación de una queja. Debido al cargo, fui nombrado miembro gestor de la epidemia, en lo correspondiente al campo de la psiquiatría. Tal fue el cúmulo de disparates y arbitrariedades que presencié, consecuencia de los enfrentamientos entre partidos políticos, que mi natural prudencia aconsejó no pasar factura de mis honorarios. En ese mi comportamiento, tan lleno de satisfacción aunque no de dinero, estabas tú presente; tú y tu acusado sentido de la libertad y de la honradez. Recuerdo a un muchachito que apareció en el hospital reclamando su ingreso y alegando no poder andar como consecuencia del aceite de colza. Hubo que acceder a su exigencia, lo que no impidió que al día siguiente fuera corriendo de León a Valencia de Don Juan, en aquellas marchas de Asprona. Una vez que fuera generosamente indemnizado, pidió el alta. Para el entendimiento de este hecho, que pronto fue bautizado como “envenenamiento masivo”, se propusieron unas cuantas teorías, entre las cuales está la que atribuía el envenenamiento al manejo fraudulento y venta ambulante del aceite de colza, utilizado en alimentación en otros países. Otra, a la contaminación por pesticidas. Una más, a un microplasma. Otra, a hongos. Otra a la contaminación por anilinas. Un largo sinfín de teorías indemostrables pero que no impidió que La Organización de Consumidores echara su cuarto a espadas y proclamara que la intoxicación, cuyo origen nunca se conoció, afectó a sesenta mil personas, de las que mil cien murieron y veinticinco mil padecieron secuelas irreversibles. Admirar, papá, cómo tanto desconocimiento puede conducir a tanta precisión.

Después vendría el desatino de la llamada “Enfermedad de la Vacas Locas” que detectada en 1996, en Inglaterra, (que para esto del fanatismo todos los países presentan una misma inclinación), acarreó el sacrificio de miles de vacas quemadas en inmensas piras, en un espectáculo sobrecogedor. Aún es el día en que se ignora la causa específica de tal movimiento, así como la incidencia de la misma. En mi opinión, fue una nueva forma de penitencia de esta sociedad atribulada por el progreso.

Siempre hubo personas a quienes las molestias, los dolores erráticos y las incesantes quejas, propiciaron infinidad de consultas médicas, sin que se pudiese llegar a conclusión determinada y, menos aún, a solución alguna. Sin embargo, hoy ya contamos con una nueva enfermedad, la “Fibromialgia”, bautizada en 1992, por la Organización Mundial de la Salud. Otra nueva entidad sin etiología precisa, vaga en su sintomatología, pero que se sabe “afecta en España a una población de entre un 0,7 y un 20%”. Para no saber de qué se habla, mira si se conoce bien el número de afectados.

En fin, papá, ese rigor que creí rodeaba mis primeros pasos, allá en la sociedad de nuestra querida Coyanza, se ha quedado en eso, en creencia. Sí, papá, todo me va pareciendo extraño. Jóvenes llenando su cuerpo con tatuajes (comportamiento antaño reservado a legionarios), y anillos que atraviesan la piel distribuidos por todas las partes del cuerpo, incluso en las más íntimas, que llaman “piercings”.

Como la humanidad proviene de las cavernas y, por tanto de la mayor de las indefensiones, nunca faltarán enemigos a los que combatir. Antaño ¿lo recuerdas? era el fin del mundo; ahora el enemigo se presenta en variedad de disfraces: el agujero de ozono, el calentamiento global. Como ya no hemos de preocuparnos de que haya calor en los hogares, nos dedicamos a calentar el universo, provocando un cambio climático, que traerá consigo la fusión del hielo polar y el ascenso de los mares, hasta la aniquilación de la humanidad. Cada invención que redunde en bienestar se acompaña del advenimiento de males apocalípticos. El sentido de pecado está siempre al acecho.

Hay una verdadera obsesión por lo que se califica como “comida sana”, porque ahora, papá, que los supermercados están abarrotados de ingentes cantidades de alimentos, resulta que, lejos de sentir el orgullo de que no habrá jamás situaciones tan trágicas como la de “Chichines”, parecemos estar pesarosos por “el paraíso perdido” y volvemos la mirada a tiempos lejanos de la producción natural de los alimentos, sin tener en cuenta que los de antaño estaban copiosamente regados por las heces de moscas. Los insecticidas han acabado con las plagas, en consecuencia los insecticidas son malos. Hoy la leche es diferente a la de antaño, es “menos natural”, como si el espectáculo de la ubre acechada por ejércitos de moscas pudiera ser alguna vez propuesta como prototipo de estampa bucólica. Para mi sorpresa, se ha impuesto el término ecológico para calificar las bondades del mundo pasado, del mismo miserable mundo que conocimos.

Parece como si la abundancia de los tiempos actuales hubiera producido un hartazgo y éste, a su vez, hubiera liberado el resorte que contenía el cúmulo de culpas almacenado por la humanidad desde Adán y se manifestaran en el empeño de transformar lo favorable en adverso. No, no se parecen a los nuestros, cuando la mejora de las condiciones era el afán que conducía todas nuestras acciones. Mis recuerdos parten de un tiempo en el que la voluntad por progresar era contagiosa. El primer cuarto de baño, la primera máquina de afeitar, la primera lavadora, con sus rodillos de goma, la reforma del bar, la primera cafetera automática, la primera televisión, el primer coche. De lo que entendimos por progreso hoy sólo queda el nombre de una profesión, la de los políticos progresistas que, sin rubor, así se titulan, como si los que no pertenecieran a la casta

fueran involucionistas o retrógrados. Ha sido la hábil artimaña para que los escasamente dotados alcanzaran, sin esfuerzo alguno, las envidiadas esferas del poder. Y del dinero, también.

Este movimiento progresista, que se basa en la idea de que para la resolución de un problema basta con escasamente saber repartir, y que para el desempeño de cualquier cargo rector, no importa su complejidad, solamente se requiere la memorización de sencillos eslóganes, tales como que “todos tenemos derecho a una vida digna” o el de que “hay que repartir los bienes de quienes más tienen” o aquel de que “hay que alcanzar el bienestar universal”, ha contaminado también las diversas manifestaciones artísticas. Papá, imagina que la banda de música de nuestro pueblo fuera asaltada por los vecinos y que en uso de los instrumentos, soplaran, o golpearan el tambor; pues estaríamos impensadamente en pleno concierto de música atonal. Aún más, figúrate a Tasito con los útiles de uso diario, brocha y pintura, manchando al azar un lienzo; estaríamos, no ante un disparate, sino ante una sesión de pintura abstracta. Como ves, en ninguno de estos ejemplos es necesario el aprendizaje, basta con que “se tenga algo que expresar”, se crea con el derecho a hacerlo y carezca de la inhibición que proporciona el sentido del ridículo. Es el sistema basado en la observación de que el derribo, a diferencia de la edificación, está a la mano de cualquiera y, consecuentemente, no precisa de preparación.

He crecido en la convicción, seguramente errónea, de haber vivido en un mundo en donde las personas se atenían al papel de la representación que la sociedad había adjudicado y que la palabra dada era, en sí misma, un aval. Todo así parecía claro y nítido. El juez lo era las veinticuatro horas del día y, como tal, no se mezclaba con los estrechos intereses del día a día. Darme cuenta que no es así me conduce irremediablemente a dos destinos, ninguno de ambos tranquilizador; o bien he estado bajo el influjo de una ilusión o, lo que es aún peor, el orden pasado ha sido subvertido sin darme cuenta. Sea como fuere, el resultado es que cualquier mentecato, cosa impensable en mi pequeño y lejano mundo, puede verse encumbrado a cargos de gran responsabilidad. Y es por esta circunstancia por la que vivo los actuales acontecimientos con una mezcla de asombro y disgusto. De un lado reflexiono y me digo que todo puede ser producto de las modificaciones que en mí están ocasionando el transcurso de los años, que las cosas no son como las interpreto. Pero ni siquiera la duda evita el desconcierto que me producen. Puede ser que siempre haya habido personas dedicadas a la política, pero lo de ahora es una plaga. Tenía la creencia, también seguramente falsa, de que entonces había una barrera de contención a la innata ambición que en los tiempos actuales, parece haber sido derribada por el vendaval que

asola esta pobre patria. Adiós a la apuesta por la honestidad y el orgullo del buen hacer. Vivimos antaño tiempos difíciles pero fueron también días de ilusión por salir, por emerger a nuevas condiciones. ¿Qué quieres? No puedo tampoco decirte que mis vivencias sean la consecuencia de algún interés desairado. Fuera casualidad, fuera lo que fuera, el caso es que mis experiencias, en este terreno, fueron afortunadas. En una ocasión, estando en “Peña Retama”, se solicitó del ministerio de gobernación la presencia de algún titulado e ignorando la razón, fui comisionado para atender el requerimiento. Me recibió el Director General de Seguridad, en la Puerta del Sol, y no puedo decir otra cosa que su trato fue exquisito, que fue una persona considerada y que, en mi opinión, representó a la perfección su papel. En esta misma línea, volviendo en tren de Madrid, un policía, en inspección rutinaria, solicitó la documentación. Como no la llevaba, hizo alguna pregunta y educadamente señaló la obligatoriedad de llevarla. En otra ocasión, a mi regreso de Londres, reclamó mi presencia un inspector de hacienda por no haber presentado las declaraciones de los años pendientes. Cuando le dije que no había estado en España comentó:

-Pero, ¡hombre, en esos casos hay que avisar! ¿No le parece?

Y me despidió cortésmente.

Como te digo, los tiempos han cambiado, al menos en las apariencias. Ahora todo es nocivo, cuando no para el cuerpo, para el planeta. ¿Te acuerdas cuando, de niño, rompía en un incontenible llanto en algunas reuniones y, extrañado, preguntabas a mamá por lo que me podía estar pasando y cómo Paca lo resolvía tajantemente respondiendo “déjalo, está estragado”. Así es como interpreto que sucede a una gran parte de la sociedad, siempre en primera plana, que está estragada. Porque, ¿te imaginas, papá, que hubiéramos pedido al panadero, a Pedro “Mocoso”, por ejemplo, una hogaza que no engordara o a Patricio López un dulce sin azúcar, o que algún cliente nos hubiera pedido una cerveza sin alcohol, o que Pepe Marreque hubiera exigido un café sin cafeína o que, como ciertamente ocurrió, una persona quisiera un helado que estuviera frío? Nos hubiéramos hecho de cruces. Pues eso es lo que sucede ahora, en los tiempos del “todo sin”, del todo light, de la leche desnatada, que por cierto, ya la elaboraba “Pepe Lechero”, verdadero precursor de la hidratación láctea. Y no veas con que desconfiada altanería personas de mi quinta, y aún mayores, examinan la fecha de caducidad, cuando entonces los alimentos solamente caducaban en la andorga, ya que todos teníamos el frigorífico en la fresquera. Del recuerdo de aquellas mujeres llegando a las frías aguas del río, con la taja y el jabón, para lavar el hatillo de ropa, nada queda. Y tampoco de que las necesidades se hicieran en los muladares de las casas

esquivando a las gallinas. Como si nunca los tiempos hubieran sido difíciles. Parece como si procediéramos todos de rancio abolengo, que desconociéramos la privación y la estrechez y que, por tanto, sólo tuviéramos derechos y poca o ninguna obligación. El amigo Alfredo que, remitiéndose a sus comienzos, proclama con toda sencillez estar en deuda con la vida, no deja de ser un personaje pintoresco, porque lo habitual es toparse con personas a quienes la vida no les puede pagar lo mucho que merecen. Y puede que a todos asista alguna razón.

Ahora, papá, todo lo que nos pudiera ser grato esta “en peligro de extinción” Machaconamente se repite el eslogan de que el agua es un bien escaso y animan a no abusar de su consumo. No se han hecho más pantanos porque a los ecologistas, esos que se comportan como chulos proxenetas, les “duele” que se modifique el paisaje. Están en abierta oposición con los trasvases. Figúrate, papá, qué hubiera sido de Santa María del Páramo de no haber sido por la construcción del pantano de Barrios de luna: el paraíso de las moscas. Este movimiento, a la vez que antipático, tiene su faceta curiosa y es que al amparo de tanto desatino la sociedad ha creado nuevas ocupaciones encargadas de contener el inminente cataclismo, tales como los ecologistas, los “calentólogos” e interminable variedad de oficios, todos ellos englobados en el colectivo de los “ambientólogos”. De niños, atraídos por el hechizo que suscitaba el río, solíamos ir bajo el puente a escuchar el eco de nuestros chillidos. Pues bien, actualmente, siempre que se quiera presentar algo, no importa cual, de forma laudatoria, lo aconsejable es que vaya antepuesto del prefijo “eco”. Que se quiere purificar al detestable autobús que envía a la atmósfera nocivos gases, llamémosle “ecobús”; que con el ambiente queremos obrar de igual forma, nominémosle “ecosistema”; que de las insanas ciudades, hablemos de “ecociudad”. Es la fórmula magistral, sencilla, cómoda e infalible. Consecuentemente, para atender a todas las modalidades de “eco” han nacido los ecologistas.

Sí, papá, ahora es el tiempo de la alimentación natural que no es sino una disimulada forma de volver al ayer; se exige que los productos sean “tan naturales” como los de antaño. Que para ello es preciso que los desarrapados hijos del matrimonio que cuida la granja, corran detrás de las aves, para que se ejerciten y su carne sea más sabrosa, ¡a quién importa! Que para ello hayan de faltar a la escuela y que, encima, los padres les que llamen torpes y vagos, sea. Finalmente tendrán la medalla al trabajo de los sindicatos.

Fíjate, papá, si me dijeran qué deseo querría satisfacer respondería que ninguno. Estoy más que agradecido a la vida porque he vivido todo cuanto me ha permitido y en ello, créeme, no ha hecho más que participar de tu generosidad. Por ello los días han traído

consigo extrañeza; eso es, extrañeza. Ya nunca jamás, a partir de aquella, charla he vuelto a dudar de mí, pero me siento extraño, es una extrañeza distinta a aquella de los comienzos de la vida, porque en aquellas tempranas tormentas llegué a dudar de si la incompetencia no estaría en mí y ser, por ello, diferente de los demás, hasta que pude atribuirla a las naturales condiciones de la propia vida. Si al fin queda algo en mí, hace estrecha referencia a vosotros, mis queridos padres, a los extraordinarios hermanos y a los hijos que la vida puso en el camino. Habéis sido mi fortín, mi refugio, mi paño de lágrimas, mi faro, mi guía, mi todo. Podía prescindir de cuanto es accesorio, ya que el tesoro inexpugnable, que sois todos, está en mi interior.

Tampoco nuestro Valencia es el precioso pueblo de los años en que Ramonín y yo serpenteábamos por los vericuetos de la “Cárcava”, por “el Cubarro” y por los peligrosos senderillos que bordean el barranco del castillo, con el Esla al fondo. Pronto, muy pronto, vino la plaga constructora, y Valencia tampoco resistió la tentación. Una fiebre destructora, ¡qué paradoja!, que no ha buscado más que el apresurado enriquecimiento, sin reparar en otras consideraciones, ha engullido el armonioso conjunto que conocimos y que Cuqui immortalizó en aquellas bonitas postales. En esa avalancha sucumbieron joyas locales, como el edificio del Ayuntamiento y el espléndido teatro Coyanza, donde se celebraron representaciones de zarzuelas organizadas por el genio local y cuyos ensayos tuvieron lugar en nuestro Casino, bajo la dirección de un extraordinario personaje: Cornejo quien, junto a su esposa, compartió los papeles estelares de las zarzuelas. La piqueta modernizadora se llevó el coqueto teatro, como también lo hizo con la Iglesia de San Juan y sus soportales, refugio de mendigos en aquellos días de invierno y miseria. Por el contrario, se construyó un horrendo edificio que ocultó a la vista buena parte de la soberbia iglesia de San Pedro, tu penúltima escala.

Es justo reconocer, no obstante, que la ciudad ha experimentado un notable embellecimiento, con la dotación de espléndidos paseos en las márgenes del Esla, así como las obras de rejuvenecimiento de los muros de nuestro soberbio castillo. La vista desde las terrazas aledañas a la “Iglesia de Los Frailes”, sobre la vega, es aún más espléndida que en los tiempos de la niñez por todo lo expuesto y, además, porque la masa forestal del soto apenas tiene claros. Sin embargo el pueblo, urbanísticamente considerado, dista mucho de ser aquella joya de mis primeros recuerdos. Y es que la codicia constructora ha sido tan inflexible allí como en todas partes. Parece como si cuanto mayor fuera la prosperidad más mezquino fuera el comportamiento. Como si no se hubiera reparado en la insoslayable realidad de que no permaneceremos aquí eternamente.

Cuando vamos a poner unas flores sobre vuestra losa aprovechamos, Chenchi y yo, para dar un paseo por las preciosas márgenes de nuestro Esla y, ¡cómo no!, recordar. Ya sabes que cuando alguien despuntaba en alguna faceta, generalmente en los estudios, se decía, aparte de resaltar su valía, que le habían venido a buscar. Pues bien, durante el paseo hago bromas y pregunto:

- ¿A nosotros nos vinieron a buscar?

-No, nunca vinieron -Responde ella fingiendo el malhumor de cuando éramos niños.

-Quién sabe, aún puede suceder. -Añado.

-Pues si vinieran les diría que ya no estoy, que me he marchado. -comentaba en medio de una carcajada.

Papá, creo haber conocido un mundo más amable y cándido, con más chispa, con un más fino manejo de la ironía y más elevado sentido del humor, aunque puede que esta impresión esté falseada por el interés de que, perteneciendo al cúmulo de mis primeras vivencias hayan de ser las mejores y que, a la postre, todo sea, como te he dicho, producto del engaño del paso de tiempo al que nadie se puede sustraer y, también, a que mis intereses estén para siempre anclados en aquellos días en los que fuiste mi rey. Pudiera ser que sólo permanezca en mí la ilusión de seguir viviendo, sin reparar que ya estoy detenido y que el movimiento que crea experimentar no sea sino la misma ilusión que sufre el sediento extraviado del desierto o que, como ocurre cuando coinciden dos trenes en una estación, tenga la falsa impresión de moverme, cuando es el otro convoy el que lo hace. Puede ser que todas estas sensaciones estén urdidas por una oculta y sagaz preparación, con la finalidad de allegarnos sin sobresaltos al borde del fin. Quién sabe. El hecho es que, por muy en tela de juicio que deba poner estas impresiones, carezco de argumentos que pudieran convencerme de que aquellos tiempos de mi infancia no fueran más ingenuos, más sabios, más apegados al sentido de una existencia que fatalmente ha de concluir en el “requiem aeternam”, en el carruaje de negros crespones, con el señor Marcos al pescante. Porque, papá, ¿acaso he soñado la escena de Don Pío, el director de la cárcel, cenando con “sus presos”, en la cocina familiar? Su recuerdo me sigue produciendo una inefable ternura. Pero no nos pongamos melancólicos ni transcendentales.

Tengo para mí que, el de nuestra niñez, fue un mundo rico, aún en medio de grandes penurias. De aquel entonces proceden mis primeras impresiones musicales. Porque,

papá, ¿no fue una suerte que sobre el pequeño escenario de nuestro salón tuvieran lugar pequeños conciertos de cafetín, interpretados por don Rodrigo De Santiago al violín y Pacita Paramio, al piano? Tan impresionado estaba con Pacita, a quien también había visto de amazona correr las llaves en la plaza de toros y tirar al plato, que en mi primera comunión pedí a quien sólo lo podía conceder, agilizase mi crecimiento y enlenteciera el suyo, a fin de poder coincidir en el altar. ¿Recuerdos engañosos? ¿Distorsiones de la memoria? Pudiera ser, como así lo recogiera Jorge Manrique en las coplas a la muerte del padre cuando dice: “*Cómo a nuestro parescer cualquiera tiempo pasado fue mejor*”. En cualquier caso hay un argumento irrefutable para privilegiar el ayer y defender la dignidad de aquellos días lejanos; que fueron nuestros días, las fechas en las que discurrieron nuestras vidas. En ello no puede haber dilema alguno.

Tuvimos banda de música con su propio local de ensayo, el orfeón, con sus conciertos de los domingos en el templete de nuestro precioso parque, que, por cierto, un día se vino abajo con todos los maestros amontonados junto a sus instrumentos. En una de esas mañanas oí, lo recuerdo como si estuviera allí, “La Canción India” cuya melodía aún me gusta escuchar. Para entonces ya estaba Villasalero al frente. Singularmente impactantes fueron los briosos arranques del “España Cañí” que, desde la puerta de casa, arrastraba tras de sí, como el flautista de Hamelín, a la enfervorizada muchedumbre, camino de la plaza de toros, en una la atmósfera de contagiosa exaltación. De esta forma, la fantasía de aquella sencilla comunidad suplió la escasez de festejos que ahora parecen sobrar. ¿Ves, papá? Siempre el antes frente al ahora, una apariencia de confrontación que no es tal sino, simplemente, la constatación de que una gran parte de nosotros vive en el lugar de las primeras impresiones, dejando el resto como simples lugares de paso, como cuando se acude a la primera cita a través de calles y parajes de los que apenas van a quedar recuerdos. Y es que, papá, pudiera ser que vivamos un espacio temporal limitado y que en el resto, sencillamente, “nos viven”. Por lo demás, la vida se compone de lances que dispone la casualidad, como cuando me preguntaste:

-¿Quieres estudiar?

-Sí, respondí. -¿Qué otra cosa pude hacer sino complacer a las personas que eran toda mi vida?

Una respuesta inocente que traería consigo lágrimas sin cuento; una simple afirmación que interrumpiría bruscamente el mundo mágico de mi niñez, de los juegos de escondite, de las correrías por las sendas del castillo y por las orillas del río, de los

coloquios con mí preciosa y fiel gatita y de los audaces asaltos a las huertas, con Paquito y Ramonín. Sí, aquella inocente respuesta desató el huracán que dismanteló mi infancia, separándome definitivamente del encanto de aquellos momentos de niñez, ensombreciendo mi mundo y dando paso a la tormenta que, despiadada, se desataría acto seguido. Pero aquellos retazos de mis primeras vivencias permanecerían en mí para siempre.

¿Recuerdas las hazañas de don Leopoldo? ¡Cómo no! De humilde extracción, la fortuna le encumbró a los altos niveles de la escala social, de forma tan vertiginosa que el hombre tenía que hacer frecuentes viajes a la capital para comprar lotería premiada con la que justificar los incesantes incrementos del patrimonio. En su escalada pronto llegó a la concejalía de turismo, siendo comisionado para enseñar el castillo a unos periodistas.

-Ha tenido que ser una fortaleza soberbia, ¡Qué muros! -Comentaron los reporteros.

-¿Cómo los muros? -terció nuestro buen Leopoldo- ¡Más impresionantes son las colmenas!

-Sí, ciertamente las almenas son notables -añadió con paternal delicadeza, uno de los visitantes.

Y recordarás, también, que sus primeros y cautelosos pasos, tras lograr ser admitido como socio del Casino, se consumieron en permanecer escondido detrás del periódico, en un discreto silencio, sólo ocasionalmente interrumpido por un murmullo.

-¡Ne-cro-ló-gi-cas..!

Y cómo, tras el impaciente período de aclimatación, cuando se vio con soltura suficiente como para entablar conversación con los veteranos miembros, poco tiempo ha inaccesibles, detonó, como quien suelta el aire tras profunda y contenida inspiración hasta el borde del límite.

-¡Necrológicas! ¡Mira que muere gente de esta enfermedad!

Recordarás, también, pues te oí celebrarlo, cuando un socio del casino me mandó al estanco a por una caja de fósforos y un librito de papel de fumar “zig-zag”, advirtiéndome que me quedara con la “perrina” sobrante y que yo, indignado ante

tamaña desfachatez y tacañería, le devolví la propina dentro de la caja. Elocuente indicio de una preciada rebeldía que me libraría de más de una ajena intromisión en las fechas por venir.

Eran tiempos de pretensiones, de afanes por salir de la necesidad, de emerger, como hacen los átomos de un nivel inestable trasladándose a otra órbita de mayor equilibrio. Escenario por donde desfilaron personajes extraordinarios como Don Máximo a quien, después de comer, llevaba a su casa el café, la copa de Soberano y el paquete de Philip Morris, sucediendo en el cargo a Josemari. Las copas de antaño eran como los tiempos, raquíuticos, de forma que antes de llegar al destino la bondad de Román, el “zimpático zalao” de Chenchita, reponía el líquido derramado en la mitad del trayecto.

Fue don Máximo una persona gentil, con empaque y sencillez a un tiempo, que me hacía sentar en el chester de su regio despacho, tratándome como a una persona mayor y ofreciéndome, incluso, tabaco que yo rechazaba en medio del rubor, aunque ya por entonces te sisara algún que otro paquete de contrabando. Se parecía a Vitorio de Sicca, si bien su porte era más elegante y su gesticulación más señorial. Espléndido, siempre que por motivos profesionales invitaba a los clientes a tomar vermut, nunca permitió que nadie pagara la cuenta por elevada que fuera. Discretamente se acercaba al mostrador y te decía:

-Onésimo, les he advertido repetidamente que no vale la pena pleitear por dos vacas, pero insisten tanto, que más bien parece que me las quisieran regalar. ¡Todo un señor!

Le eché en falta cuando marchó. Relaciono la muerte de Manolete con aquellas tardes, tal vez porque él me informara ya que, como digo, carecía de la distancia y el engolamiento tan frecuente entonces, como ahora, en los mediocres personajes de nuestros rectores. Su hijo Maximín heredó la misma sencillez y donaire.

El correr de los años me ha llevado a querer determinadas palabras por el atinado y profundo sentido que encierran. La escucha de tantas cuitas, junto con la excelente cultura adquirida en el internado y el influjo de irrepetibles personajes, como el idolatrado profesor Gómez Bosque quien, seguramente para compensar la monotonía de las clases de anatomía, hacía incursiones en el campo de la filosofía, al punto de realizar un soberbio tratado sobre el sistema nervioso central, verdadero compendio de filosofía. De sus labios oí contundentes afirmaciones como aquella de que *“difícil es que alguien pueda enseñar lo que no ha entendido”*, verdadera sentencia, aunque su natural sencillez no hubiera pretendido presentarla como tal. Fue un honesto, sabio y

bondadoso profesor que dejó en mí imborrable recuerdo, en medio de aquellos años tortuosos de facultad. Por esos detalles, cuando con el correr de los años adquiero cabal entendimiento de la palabra representación, no puedo menos de evocar también la imagen del juez, don César, miembro exquisito de ese escogido elenco de quienes la vida otorgó el don de vivir ajustados, las veinticuatro horas del día, al desempeño del cargo. La pulcritud de su hacer dejó una profunda huella en mí. Porque, ciertamente, las personas somos actores del papel que la vida reparte al azar y al que difícilmente nos podemos sustraer. Tengo para mí que don César fue de los privilegiados que hallaron placer en el ejercicio de la representación asignada. Y cuando excepcionalmente se da esa conjunción estamos ante la excelencia. Y así fue el comportamiento de esta gran persona.

Según esto, papá, si la vida es el ineludible desempeño de un papel no elegido, ¿con qué rigor podemos hablar de malos y buenos, de caballeros y gañanes, honrados y corruptos, rectos y desleales, nobles y bastardos? Si toda condición es la inevitable consecuencia del destino, ¿qué sentido tiene hablar de mérito y de virtud? En todo caso, siempre agrada haber sido testigo del paso de alguna figura agraciada.

En el nutrido grupo de personajes que he visto desfilan a lo largo de los días de mi vida, Ortego ocupa una posición preeminente. Fue una persona especial, alguien que, como Máximo, mi salvador o como Marcial, sintió devoción por mí. Poseedor de una sabiduría inusual, sólo frecuente en personas acostumbradas a dialogar con ellas mismas, en esa acompañada soledad, era amigo de sus amigos. Junto a él pasé largas horas de charla tras el cierre del bar. Un personaje singular. Pausado en sus dichos, siempre con el mondadientes entre los labios, sus intervenciones eran precedidas de una cierta solemnidad, en modo alguno impostada. De él guardo, aparte la entrañable calidez de su amistad, comentarios rotundos y brillantes como el que tuvo lugar con ocasión de un baile al que acudió sin corbata, pues su cometido era el de entregar la llave de casa a los hijos que allí estaban. Afeada que fue su conducta por el presidente, replicó ágil:

-Mira, querido, no te pongas estupendo que los dos estudiamos en la misma universidad.

Historias miles entretuvieron aquellas benditas horas al final de la faena. También era bragado. Paseando por el campo con la escopeta y el perro, le salió al paso un guarda jurado quien le pidió la identificación del perro.

-Pues, fulanito, no lo tengo.

-Pues tengo que sacrificarlo.

-Tú sabrás, querido, pero no le sobrevivirás un minuto.

Estuvo a mi lado cuando los nubarrones ensombrecían mi vida y guardo de él un imborrable y dulce recuerdo. La vida reclamó mi atención a otros acuciantes menesteres y no le pude despedir como hubiera merecido.

Igualmente otras personas hicieron llevaderas las trabajosas horas del mostrador. Santos estuvo en los momentos álgidos de mi desconcierto y apaciguó muchas de mis inquietudes y zozobras. Isidro “Gaseosa” puso el gracejo, generalmente teñido de jerga taurina, como cuando le dijo al ayudante de barbero, una vez perpetrado un corte.

-Mira, hijo, si esta faena la haces en la Monumental lo mismo te llevas una oreja. Aquí lo único que te puedes llevar es un par de hostias. Le gustaba el “cafelito” muy caliente, enfriado con coñac.

Sería una desconsideración que en esta lista faltaran Mirín, Ventura y “Meguta”.

Ya que lo taurino ha aparecido en escena, te llevaré a los días en los que frecuentó la barra del bar un personaje al que cuadra el calificativo de castellano. Me refiero a Andrés Mazariegos, “el Nono”, torerillo que deambulaba por Valencia, seguramente como por otros lugares, esperando una oportunidad. Allí pasó una larga temporada. A la hora de las comidas, se iba a dar un paseo y volvía a la hora del café. Si alguien le preguntaba si había comido, respondía que sí. Pese a su necesidad, era sobrio, recio, como lo fue su toreo cuando le llegó el triunfo, en Madrid, como Andrés Vázquez. Me alegré de que su fortuna cambiara.

A lo largo de todo el relato precedente, me viene asaltando la sensación agria de estar dando de lado a mamá; de no ser justo. Y es que, aun reconociendo en ella la madre más abnegada, nuestras relaciones no siempre discurrieron por la senda de la confianza y el cariño incondicional. Llegué a interpretar su excesiva entereza, viendo partir a su niño pequeño sin una lágrima, como una prueba de su falta de amor. Pero como del resto de los eventos de la vida, contemplados desde la distancia en que me hallo, encuentran una perfecta explicación y hoy entiendo tu proceder, mamá. Y bien que no habiendo sido nunca enemigos, sí que la vida te impidió dejar a un lado tu papel de supervisora

sabihonda y acercarte a mí sin consejos ni críticas y dejar caer en nuestras despedidas las lágrimas que seguramente derramabas en tu soledad, tras mi marcha. Como prueba de que esto es así, te dirijo estas letras, ahora que nada tienes que temer, que tu nave ha permanecido a flote y que los hermanos nos reunimos para gozar de los recuerdos junto a vosotros.

¡Hola, Paquilla! He estado alejado de ti, pero ya no lo estoy. La imposibilidad de aceptar que fuisteis trece hermanos, que tu padre desempeñaba el humilde empleo de cartero y que por fuerza tu niñez tuvo que ser austera, te debió marcar hasta llegar a fantasear el panorama contrario: que tus primeras fechas transcurrieron sin apreturas, entre juegos, cánticos y bailes, junto a tus hermanos. Seguro que por todo ello tuviste que pagar el elevado precio de una cierta restricción que te hubiera permitido aparecer más cercana. Por eso que la vida es una lotería. La dureza de tu estar, tu impostada actitud sabihonda, tus impasibles despedidas del niño que marchaba al colegio, tu falta de piedad, despertaron muchos recelos en mí. Las despedidas al colegio sin percibir la esperada pena en tu semblante, sin una lágrima, y eso que ¡se iba el rey pequeño! Lloré contigo cuando hablabas de Luisina, la hermana que no conocí. Por tener tu atención lo hubiera hecho todo, como hacerme de niño mayor para corearte y decir al tío Constantino que debía dejar de beber y no disgustar a la tía Marina. ¡Qué bien! Ni siquiera entonces pensaba así, hablaba como un papagayo y todo para merecer tu aprecio. ¡Qué barbaridad, mendigar tu cariño como un niño pordiosero! Arrastrar a la calle un melón, sin ser visto, para ofrecértelo. En la época en que más cerca estuve de la locura y la destrucción, tampoco sentí tu clemencia. Pero todo aquello ya pasó y sé que no pudo haber sido de otra forma, que irremediamente tuvo que ser tal como fue o de lo contrario nada tendría explicación. Fuiste una persona muy inteligente, trabajadora infatigable y sabías hacer de todo. Cuando niño, llevé con gozo las prendas que me hacías, las más bonitas de todas. Te he llorado mucho, te he echado mucho de menos. El despecho acumulado ha desaparecido y hoy también te despido con cariño porque el tiempo ha demostrado que todo tu esfuerzo estuvo destinado a nosotros, tus hijos. Doquiera que estés, siempre te hallaré en mis sueños. Deambulé perdido sin ti, pero ya te he encontrado. Porque, como reza tu canción favorita, *estás en mi corazón*.

En ocasiones en las que he sufrido una desilusión o una pérdida, el recuerdo de aquellas tempranas separaciones me hace entender que son todas meras repeticiones, que no era la primera ocasión que me encontraba en una situación semejante, ni tampoco la más lacerante. Arrancándome de ti, experimenté el dolor en estado puro. Y a través de aquellos sufrimientos entendí la magnitud del tormento que puede sentir el drogadicto en los periodos de abstinencia. Porque cualquier sustancia es, a la postre, una torpe

representación de la madre; de la que se ha perdido o de la que nunca se llegó a conocer. Incluso el desaire del primer amor es sólo un remedo de uno anterior, perdido, infinitamente más intenso y crucial, del que la vida del niño está a su total merced. En mi experiencia, mamá, la pena que el enamorado siente por la pérdida de su primer amor no es comparable a la que se siente en la separación de la madre, y más si ésta es abrupta. Porque el desaire del enamorado está precedido del temor a la pérdida, pero mamá, el niño de entonces nunca dudó de ti y su mente nunca fue asaltada por la duda de que pudieras vivir sin él. En esto ocurre como en las neurosis traumáticas: que recibe menor daño quien está más prevenido. Y, mamá, yo no lo estaba. La pena de la separación, camino del internado, se tomó largos años en diluirse y aún permanece en la mirada con que observo la vida, en el escepticismo con que reacciono a las presiones cotidianas, en mi habitual respuesta, tomada de la Biblia, con que trato de sosegar a los espíritus atormentados por las notas de los hijos o por las incertidumbres del porvenir: *“los lirios del valle no trabajan y Dios los viste”*. Mi pena viene de lejos, de siempre. Ya lo resalta la canción gallega: *Los amoriños primeiros no se poden olvidar*, y que amor más temprano puede haber antes de Paca. Cuando recién llegado al internado me quedé súbitamente solo ante mis sucios zapatos, con el cepillo en la mano, el tubo de betún en la otra y la inquisidora mirada del fraile por encima de mí, comprendí la cruel estupidez de la vida. Fue una captación repentina y precisa. Me quedé petrificado ante un abismo infranqueable, ante el cúmulo de interrogantes que ya no interesaban a mi despedido amor y sobre los que no valía la pena reflexionar. Nada me importaba, y tal vez nada me importaría nunca jamás; la indiferencia sería, como el buen temple al acero, el temperamento que me acompañaría para siempre a lo largo del camino. En adelante, la niebla, la lluvia y la tormenta serían mis accidentes climáticos preferidos.

Por lo demás, contemplados desde la perspectiva de hoy, veo que estos tristes acontecimientos forman parte de una interminable cadena, entre el nacimiento y la muerte. La vida es, en sí misma, una perpetua despedida. Es como estar perennemente en el andén de la estación viendo alejarse, pañuelo al aire, a las personas, objetos y situaciones que han conformado un pasado que se va quedando atrás, sin tregua. Romper los documentos, inservibles ya, es un acto que puede causar dolor al corazón por evocar tiempos y circunstancias que no volverán y, sin embargo, es algo cuya práctica nos ayudará a decir adiós y a no ser inundados por el peso de los recuerdos y del temor.

Si fuera factible fortalecerse para las despedidas, entrenarse en la renuncia, en las lágrimas y en el dolor, podría ser medicina saludable para evitar mayores sufrimientos y poder, además, reírse de muchas de las cosas trascendentes de la vida. Así como la

tempestad precede a la calma, al desgarrar de la separación, si no es mortal, le sigue la imperturbabilidad. Así, las inquietas horas de atormentados pensamientos, la intolerable sensación de quien duda reunir las condiciones mínimas para jugar, con los demás, a la partida de la vida, ya no se repetirían nunca jamás y rezo porque jamás vuelvan. El cataclismo de la desesperación que no mata, marca en la vida de la persona unos precisos límites entre el hoy y el ayer. En adelante las cosas no podrán ser igual a como lo eran, de la misma forma que el mar no es igual para quien ha aprendido a nadar, que lo fuera antes. Toda experiencia liquida irreversiblemente un estado anterior. Lo mismo que ocurre con la pérdida de la virginidad o de la inocencia; o con la taza de porcelana que se ha hecho añicos; que nunca sus trozos podrán quedar unidos como lo estuvieron antes de la fractura.

Porque en la vida todo es provisional, salvando la muerte. Y las penas, por muy intensas que fueren, acabarán hartándose de sí mismas.

Me ha sobrevenido la edad de las prótesis; la edad en la que inevitablemente partes del organismo se substituyen por otras artificiales. Inopinadamente, un buen día, como el conejito surgido de la chistera del ilusionista, al consultar la guía telefónica, caemos en la cuenta de que los números han empequeñecido y tenemos que aceptar el paso del tiempo. Son hitos que nos obligan a reconocer que la juventud ha pasado como cuando, ante el espejo, encontramos que el cabello ha raleado y nuestra imagen ya no es la del mozo que tenía ante sí un inagotable y venturoso porvenir. Así que se comienza por necesitar gafas y por reemplazar alguna pieza dentaria. Poco a poco, el cuerpo manifiesta la fatiga del camino, las escaleras se empinan y los huesos proporcionan alguna que otra molestia. El oído recibe con menor nitidez la información y un nuevo tipo de cansancio acompaña a los sucesivos días. Papá, he entrado en la edad protésica que, por fortuna, está rodeada de paz. Ahora puedo contemplar la vida como si de un espectáculo se tratara, sin que pasión alguna enturbie mi sosiego, en total neutralidad, como algo ajeno. Compruebo que se repiten escenas pasadas, como cuando, recién acabada la guerra, mamá descifraba en el cielo rojizo la señal inequívoca de un cercano fin del mundo. Hoy el cielo se sigue tiñendo de púrpura y los malos presagios no han desaparecido; han cambiado su apariencia. Al cielo sanguinolento de entonces le ha reemplazado las malignas radiaciones de la telefonía móvil, los perversos hornos microondas y las taimadas pantallas de televisión, a las que se atribuyen actividad cancerígena. Siempre ha sido así y así siempre será. Cualquier progreso estará inevitablemente asociado al temor de sufrir un castigo por haber infringido la maldición divina, por la humana osadía de pretender transformar este valle de lágrimas en un lugar más hospitalario. Y, como el progreso es incontenible, el castigo inevitable. Así, éste

aparece por doquier: cuando no en las vacas locas, en los pepinos de Almería, en el debilitamiento de la capa de ozono, en el calentamiento global, en los anisakis que hacen peligrosa la antes prohibitiva merluza. La llegada del fin del mundo interpretada por algún “despierto” en el calendario maya... Papá, sólo a ti te lo puedo confiar: tengo la impresión de que la humanidad se ha infantilizado y hecho mezquina, a la vez. Sobre la indemostrable teoría de que el globo está sufriendo una elevación térmica se han abierto paso nuevas profesiones, como los así llamados “calentólogos” ¿Te imaginas los chuscos comentarios que en las tertulias de nuestro Casino habría suscitado semejante pintoresca profesión? Porque, tomada fuera de contexto, tal función más parecería hacer referencia a algún avisado bailarín de “La Corbata” que a una profesión. Desde luego que pocos les permitirían llevar a cabo sus mediciones en los hogares.

Se roba descaradamente, a manos llenas, sin el pudor que parecía haber entonces. De acuerdo, papá, que entonces el miedo pudo prevenir el descarado comportamiento de hoy, pero era al menos una modalidad de respeto. Es cierto que no tuvimos libertad cuando la dictadura pero yo fui y vine por doquier sin identificación alguna. De modo que aunque las cosas han cambiado yo, como te dije, vivo en el pasado. Ahora está prohibido fumar en los lugares públicos, y para sacar tabaco de las máquinas expendedoras tienes que tener la autorización del barman. Tampoco se puede correr a más de ciento veinte y las corridas de toros están medio prohibidas. Los hombres se pueden casar entre sí y lo mismo las mujeres y, aunque ello revela un mayor grado de libertad, es molesta la obstinación por imponer que todo el mundo lo reconozca como matrimonio, siendo que ese término tiene un significado preciso. La insolente exhibición del derecho a la elección de sexo es, cuando menos, patética, porque bajo las estrellas nadie elige nada; a regañadientes o no, la orientación sexual, como el resto de los rasgos accesorios de la personalidad, nos vienen dados.

Muchas cosas han cambiado desde que me dejaste. Hoy la profesión más próspera es la de político. Es una actividad sencilla que no requiere preparación alguna, basta con afiliarse tempranamente a un partido, dejar pasar los días y que el tiempo te lleve. No es necesario superar aprendizaje alguno; no es lo mismo que en los oficios de antaño, no tienes que pasar por el grado de “aprendiz de político”, puesto que no hay nada que aprender, tampoco por ninguna oficialía, puesto que ya de entrada eres maestro, a poco que la osadía te acompañe. En este sentido la vida se ha simplificado grandemente.

Se criticaba la tolerancia de la sociedad para con la dictadura, pues ahora, papá, es muy superior. Se sabe que nos esquilman, que incumplen las promesas electorales, que, en contraste con el malpasar general, los dirigentes viven en la opulencia y se han

asegurado un dorado retiro. La gente parece carecer de aquel empuje, de aquella ilusión, de aquel ingenio. Comparativamente, somos de una generación que, habiendo presenciado tantos cambios hacia la prosperidad, se ha hecho proclive al resentimiento. Se vive en la desidia, como el cura de tu funeral. Y lo mismo sucede en la enseñanza. Don León y don Manuel fueron testimonios del buen hacer, del esfuerzo en la insistente repetición, arma infalible en la transmisión de conocimientos. Así se comportaron también los frailes del colegio, personas de extrema dureza, pero en modo alguno negligentes. Como te he dicho, hemos caído en la puerilidad, en la falta de observación de hechos sencillos y cotidianos de la vida. La sencilla enseñanza de un idioma es algo que tortura a los sesudos pedagogos, sin reparar en el cotidiano ejemplo de la propia experiencia que nos muestra cómo, en el regazo de la madre, el niño aprende el idioma. La madre no enseña, pero mientras cuida al niño éste aprende el idioma, sin necesidad de ejercicios para casa ni estudios de gramática.

Y lo paradójico de la situación es que, en medio de tanta desidia, sólo se habla de lucha, de esfuerzo. Cuando la administración desvía unas partidas presupuestarias a un nuevo objetivo lo pregonan diciendo que están haciendo un gran esfuerzo, como si éste no corriera de cuenta nuestra. Si una persona tiene la desgracia de padecer un cáncer se hablará de ella como de una persona que está plantando cara a la enfermedad, que lucha contra ella, sin percatarse que la enfermedad se sufre con mayor o menor resignación. Hasta del planeta se habla, no como de un ente a merced del universo sino como de un ser dotado de voluntad propia y *“capaz de recuperarse de unas glaciaciones que lo cubrieron de hielo durante millones de años”*. Hay una cierta altanería en la sociedad que la lleva a la creencia en un desorbitado protagonismo, como si estuviera en posesión de un dominio que nos independizara de cualquier mal. Esta característica es especialmente llamativa cuando trata de temas de medicina. Ya los sesudos colegas se han encargado de difundir que la muerte es un fracaso de la medicina, en modo alguno un destino fatal. Los medios de difusión pregonan la existencia de nuevos preparados que combaten el paso del tiempo, a los que se bautizan como “anti-edad”. En cierto sentido no estamos a la altura de las conquistas realizadas; una parte nuestra ha quedado rezagada, infantilizada. Ya Daniel de Lera, en su fundición, había observado, y todos lo habíamos hecho, que los metales de hierro expuestos a la intemperie se oxidaban, o como entonces decíamos, se ponían “forroñitos”. Pues bien, esta simple observación, aplicada al cuerpo, ha conducido a la deducción de que, evitando el contacto con el oxígeno, el organismo no envejecería o lo haría con mayor lentitud. De esta sencilla forma ha nacido la alimentación antioxidante. En la televisión, la publicidad de productos que eliminan las arrugas del tiempo, la de los que evitan la caída del cabello, como tu “Diplona”, de los que conservan la lozanía de las articulaciones y muchas otras

mejoras, es la que en alto porcentaje sufraga los gastos. Ante tanto desatino conviene recordar, la reflexión de Schopenhauer, "El destino baraja y nosotros jugamos".

Ya en las páginas del escrito que te dediqué cuando marchaste, establecía un paralelismo entre religión y medicina en el que afirmaba que esta había recogido el descontento de aquella. Así parece, los ambulatorios están abarrotados de los "nuevos fieles" quienes con devota asiduidad acuden a las diferentes revisiones, como antaño se hiciera con las confesiones, consumiendo ingentes cantidades de fármacos que arruinan el presupuesto sanitario. Por seguir el símil, también el médico es el sacerdote moderno que imparte infundados consejos. Así, vemos por doquier personas agarradas a una botellita de agua, como el náufrago se aferra al salvavidas. También se ha complicado el fenómeno natural de descargar el intestino. Ahora hay que ayudarlo pues, al parecer, se ha entontecido. La disminución de la memoria de evocación de lo reciente, que siempre hemos atribuido al paso del tiempo, es hoy el indicio de un desbarajuste que se puede prevenir. Así, podemos ver, en las residencias de la tercera edad, a los ancianos tratando de ajustar complicados artilugios. Y, ¡pásmate!, ya hay unos comprimidos con el encargo de recuperar la memoria.

Hemos experimentado una verdadera revolución que afecta, sin exclusión, a todos los órdenes de la vida. La irrupción de estos sindicatos ha traído la arbitrariedad y el despotismo a todos los ámbitos. Muchos médicos dejan el ejercicio para pasar a ser liberados sindicalistas, que es el eufemismo de la difícilmente confesable actividad del ocio. Ellos se encargan de designar las plazas a concurso y las condiciones para su acceso, así como los traslados, las promociones internas, las sustituciones y todo movimiento laboral.

Tampoco la enseñanza se libra de estos cambios que no son más que aspectos parciales de la revolución que cabía esperar y que tienen por finalidad revertir la historia y restablecer las condiciones previas a la contienda civil, con lo que se habría borrado la derrota. Mira, papá, si no era sencillo enumerar, del uno al siete, los cursos del bachiller, si la literatura necesitaba los sintagmas, si las matemáticas escolares estaban cojas sin los conjuntos. Pero aquí, como en el resto de las actividades, los sindicatos, en su "lucha" por el "amejoramiento" de las condiciones laborales de sus afiliados, les ha instalado en la inactividad, en la estéril elucubración, en el encargo de tareas para casa con las que ayudar al desquiciamiento de las relaciones familiares. El profesor ha sido encumbrado a un altar desde donde poder someter a toda la familia con sus tutorías y reuniones. Por el contrario, las horas de la repetición, del esfuerzo, verdadera base de la administración de conocimientos, son nulas. Mira, papá, hoy disponemos de unos

elementos, parecidos a las pizarras de la escuela, pero en listo. En cada una de ellas cabe la cantidad de libros que puedas imaginar y, además, sin necesidad de pizarrín. Pues bien, ¿querrás creer que no se alza una sola voz de protesta siquiera ante el hecho de que los niños vayan y vengan cargados con pesadas mochilas?

Bueno, en lo que a las manifestaciones artísticas hace referencia, ya ni te digo. Las bellas melodías de entonces han desaparecido prácticamente del repertorio cotidiano. Ruidos estridentes y gritos convulsos acompañan a unas letras infantiles. En el oasis de mi colección Machín, Mari Trini y los Panchos, entre otros muchos, se encuentran bien guarecidos. Otros grupos excepcionales como Mocedades. Luar na Lubre, Brenga Astur, el Orfeón Donostiarra y la desaparecida coral Isidoriana, la de las “Campanas de Olivares”, entre otras canciones, pasan inadvertidos. Y hablando de canciones leonesas te diré que hay una en trance de desclasificación, para pena de Ángel, y es la que habla del “negrillón” de Boñar que ha pasado a mejor vida.

El cine ya no se interesa por las sencillas historias de la vida diaria. Ahora son los alienígenas, con su enrevesada parafernalia, quienes ocupan el espacio que otrora ocupara Gary Cooper. Y no es que quiera quejarme, papá, pero, insisto, antaño las cosas eran sencillas: El bueno era bueno, no había más que verlo, Si John Wayne venía galopando, ya sabíamos que iba a rescatar a los buenos que estaban en poder de los malos. Todo era evidente, como para el zamorano que, de viaje por Francia, fue invitado a degustar un manjar que los de allá llamaban “fromage” y cuyo nombre no discutió por discreción pero que él bien sabía que era queso. De la misma forma, no había que estrujarse los sesos para saber en qué parte estaban los buenos y en cual los malos. Es como si, después de la trilla, hubiera aparecido un australiano en la fiesta de Matanza; pues que no hubiera pegado. Sí, papá, lo que mola (ahora se emplea esta palabra en vez de gusta), son las películas de ciencia ficción, con los extraterrestres que, si lo piensas, ya asomaban sus largas orejas en aquellos tiempos. Ahora los malos, malísimos, son los empresarios que quieren hacer daño al planeta extrayendo de su interior las riquezas y tirando la basura en cualquier parte, por lo que son cochinos, además de malvados. Menos mal que tienen enfrente a los de Comisiones y a los de la UGT que ¡mira si son cuidadosos con los desperdicios de las fuentes de langostinos!

También la inusitada pasión por los tiburones ha dado paso a la no menos fervorosa afición por los dinosaurios, que a mí me traen al fresco. El caso es que anda todo el mundo de acá para allá intrigado por conocer qué antepasado tiene más millones de años, si el hallado en Alemania o el de Atapuerca. Indudablemente que yo estoy a favor de Burgos, porque de haber dejado alguna herencia estaría más cerca de los herederos.

Estamos sumisos en una larga crisis. La desmedida ambición de una sociedad que no acaba de creer que en la otra vida tendrá todo cuanto desee a cambio de gobernarse con rectitud en esta, puede ser una de las causas. A veces llega la consideración de la crisis a tal grado de mezquindad que se lamenta la fuga de cerebros en vez de la emigración de personas. Sucede en esto lo mismo que en determinada argumentación antiabortista, que condena el hecho en razón de que “el feto podría llegar a ser un Einstein”.

También en el deporte se deja sentir este influjo. Tú, que seguiste devotamente a la Leonesa, domingo tras domingo, en tiempos del “Jabalí del Bierzo”, y que tanto disfrutaste del fútbol, tal vez no verías con buenos ojos a los modernos gladiadores esparcir escupitajos, sin pausa y por doquier. Si lo presenciara don Luis, el alcalde que prohibió los salvazos y que sólo en el Casino de arriba eran permitidos a condición de que fueran a caer en la escupidera, seguramente elaboraría un edicto conteniendo su tajante prohibición. Y quien osara transgredir la orden, pasaría alguna noche cenando en la cocina del señor Pío. Hay un empecinamiento en llamar “la roja”, a la selección nacional. Para mí, otra muestra de la comentada revolución silenciosa. En compensación, papá, y porque que no todo van a ser críticas, tu Cultural Leonesa está dando el golpe, aquí y en el extranjero, con una nueva indumentaria deportiva que imita al frac.

Papá, Rafita se ha casado con una linda finlandesa: Anne Mary Nykanen. Lo celebramos en Kuopio, una bella ciudad de su preciosa tierra, entre lagos. Fuimos todos los hermanos menos Josemari, porque le molestaba un pie. Tana que se quedó con él y con Ángel, que no le gusta volar. También faltó Santi, que estaba en Detroit. La iglesia, situada en un altozano, está rodeada de jardines con cuidados parterres llenos de flores. Es un templo protestante, sin imágenes, por lo que no te hubiera despertado alergia, como lo hacían las nuestras. Finlandia te hubiera encantado. Unos horizontes interminables, inmensos espacios libres, y agua por doquier. Allí te imaginé con los ojos abiertos en sorpresa continua. Además, las personas son muy educadas, se comportan con gran discreción y hablan en voz baja. Tal serenidad me recordó el mercado de los jueves, en el Casino, cuando para hacerte oír tenías que repetir las cosas dos y hasta tres veces. Papá, creo que en nuestras almas hay algún resto nórdico. Pensando en ti, me convertí en cámara que registraba sus maravillas naturales para que tú las pudieras contemplar a través de mis ojos. Hasta recreé tu expresión de asombro, la misma que solías poner ante cualquier paisaje. Imagínate veinticuatro horas ininterrumpidas de luz sin cortocircuitos, sin tener que llamar a Gabino. Para remate, tuvo lugar el prodigio: la

buena de Luisina, la coleguilla, tu nieta, se soltó a andar en bicicleta allí, en los idílicos senderos que atraviesan los bosques, entre frambuesas, fresas y grosellas.

Hay novedades desde que no estás. Todos tus nietos son un encanto y sus vidas ¡cómo no! siguen su curso. Te cuento. One, el mayor, del que comentabas “tiene algo especial”. ¡Toma, claro!, el mismo nombre que el tuyo; pero es que, además, es una bellísima persona. Estudió odontología y pasado un tiempo caí en la cuenta de que no había sido elección suya; en eso no estuve lo atento que debí. Por fortuna hoy parece gustarle. Santi espera marchar, quien sabe dónde, con su buena amiga Cristina, una chica excelente de Rumanía que conoció en Detroit y que ha pasado un tiempo con nosotros, por lo que es ya de la familia. Además, tienes un nieto, el pequeño, Javi, el Conguito, en Australia, en Perth, al lado de Matanza, como quien dice. Se fue un buen día, con su encantadora amiga, María, tras llevar a Tomy en una manta para que contemplara por última vez el parque donde tantos días fue feliz. Que los demás hijos, aparte de One, no vivan aquí obedece al hecho de que no hay quien soporte a esta incoherente sociedad, manejada por temerarios mediocres. Toda la sutileza, el ingenio y el sentido de la ironía de aquellos días del Casino, se ha esfumado. Personajes altivos, necios, mezquinos y ambiciosos han tomado el relevo. Debe ser, papá, que yo también estoy apartándome, sin darme cuenta, de los intereses de la vida cotidiana y vivo las cosas como pensé que eran en la vida de antaño, con aquellos personajes cuya malicia, comparada a la actual, no pasaba de ser una ingenua picardía.

Los elementos eran los mismos, como los mismos serán por siempre: el temor a zozobrar en las imprevisibles olas del mar de la vida, pero bien distinta la forma de hacerlas frente. Todo aquello que nos enseñaste de que las cosas había que hacerlas bien, de que a ningún cliente se le podía decir que no había aquello que solicitaba, todo eso se ha ido por el desagüe. La filosofía del “pelotazo”, del “aquí te pillo, aquí te mato”, preside la conducta de nuestros dirigentes: las mentes generalmente más escasas, ruines y soberbias, de la sociedad, que han olvidado aquella reflexión de Schopenhauer *"El poder es como el agua salada, cuanto más se bebe, más sed da"*.

Pero, ¿te das cuenta, papá, con qué facilidad me voy del tema? Bien, Rafita vive en Londres y tiene un precioso niño, Leonín Matti que, a estas horas, se resiste a no estar de pie. Conserva el apellido Fernández, tu apellido, procede de entrañas finlandesas, de la tierra de Sibelius, del maravilloso país de los mil lagos. Es un muñequito precioso. Me apena que no lo puedas conocer. Aunque pelirrojo, es Fernández. Apenas nacido le llevan a su tierra materna, lo que me parece un prodigio, pero que bien pensado, aunque en menor escala, es parecido a cuando nosotros íbamos a Matanza en la tartana del

abuelo Eleuterio, sólo que un poco más lejos. Ya ves, de Matanza de los Oteros y Valencia de Don Juan, hasta Kuopio ¿Quién nos lo iba a decir? Su bautismo tuvo lugar en la misma iglesia donde se celebró la boda de los padres, en una fina y sencilla ceremonia en la que seguramente no se hizo mención al pecado ni al castigo, a la que acudió solamente Onejosé. El resto dimos con júbilo, desde la distancia, la bienvenida a Leonín.

Querido Papá: Aunque nunca he dejado de conversar contigo, es mejor, pienso, dejar alguna constancia de lo nuestro. Por eso te he escrito y porque, también, pienso que con ello contribuyo a que permanezcas más tiempo entre nosotros. Además, es la oportunidad de hablar como nunca un padre y un hijo pueden hacerlo, mientras se camina por la vida. ¿Cuánto hace que no estás? Cuando te fuiste no pensé que tu recuerdo acudiría a mi mente con tanta asiduidad. Pero el caso es que me vivo como si a través de mis ojos pudieras seguir viendo la vida. Contigo hablo de forma continua y me sorprende teniendo gestos que fueron tan tuyos, como rascarme el dorso de la mano o el apuntar con el dedo a un paisaje. Hubiera deseado haber subido a la grupa del caballo con que te fuiste y trotar contigo. Pero sigo aquí, recordando tus anécdotas, pasajes inolvidables por lo elocuente de tu ingenuidad. Como aquel del homenaje a tus muchos años en la actividad hostelera en el que tuviste que pronunciar unas palabras a los concurrentes y que, llevado por la intención de resaltar el mérito de mamá, no se te ocurrió mejor manera que la de asegurar:

-... Porque detrás de un gran hombre hay siempre una gran mujer.

Con lo que te autorizaste a hablar de ti como de un gran hombre. Y a fe que lo fuiste. Fuiste tierno y bondadoso. Pero, admite papá, que no habías sido llamado al terreno de la diplomacia. ¿Recuerdas cuando, en uno de los primeros viajes a Zaragoza, te presentamos a unos amigos quienes, durante la excursión, comentaron la preocupación por los estudios de uno de los hijos? Recordarás, también, que al presentarle te faltó tiempo para preguntar:

-¡Ah! ¿Eres tú el mal estudiante?

Golpes tremendos. Fernando María Castiella, a tu lado, un aficionado, papá.

Tampoco la mañana era uno de tus puntos fuertes. Salió espantado un cliente nada más probar el tomate que embotellaba mamá, cuando lo que el buen hombre había pedido era un simple batido de fresa. Que los clientes esperaran a que Josemari estuviera en la

máquina, antes de arriesgarse a pedir un café, es otra anécdota que corrobora tu destreza. Pero eran gracias que te adornaban, que hacían de ti una persona encantadora y querida de todos. En cuanto a tu honradez, ¿qué decir? Que la inquina de un capitán de la benemérita te pusiera entre rejas, pretextando que en el Casino se jugaba a “los prohibidos”, fue un esperpento que Don Antonio Molleda, el juez, resolvió a las pocas horas. Nada más verte decretó:

-Aquí no pinta nada, Onésimo. Vaya a casa que es allí donde es necesario.

No es porque tuviera ese comportamiento contigo por lo que me merece ser ensalzado el juez, no. Es porque formaba parte de ese conjunto de personas que llevaban el sentido de representación inseparablemente adherido en todos sus actos. Y como estamos cerca de la cárcel, hoy derribada, recuerdo a don Pío y a sus presos cenando en familia, en la propia cocina de casa, como en las películas del neorrealismo italiano.

Pero, volviendo a ti, recuerdo episodios de tu atolondrado candor, como cuando te encargaste de dar a mamá la noticia del accidente de Tello, su hermano. Como si te estuviera viendo, entraste en la cocina exaltado:

-Paca, ¡no te preocupes!, ¡no te preocupes!, pero tu hermano está muy mal, le han llevado al hospital. Se ha quemado en el transformador. Está mal, muy mal, pero no te preocupes...

Admite, papá, que no fuiste llamado al terreno del disimulo. Vamos, como el chiste del sargento encargado de comunicar, con delicadeza, al recluta Pérez la noticia del fallecimiento de su padre. Tal debió ser su determinación que, mandando formar a la compañía, ordenó dar un paso al frente quienes tuvieran padre. Acto seguido, gritó:

-Y tú, Pérez ¿adónde vas?

Empero, lo de regar la terraza los días de verano se te daba bien.

Los días han ido pasando y cada vez me encuentro más cerca de ti. Noto cómo insensiblemente los lazos que me unen a la vida se debilitan y, también, los intereses por las cosas cotidianas. En alguna ocasión me he sentido extraño en este mundo y, cada vez con mayor terquedad, doy en comparar las cosas de hoy con las de ayer. La razón me dice que las cosas son simplemente distintas, pero el corazón se obstina en afirmar que esto no es lo de antes, que los valores han cambiado. Algo en mí me dice:

“no seas ingenuo, todo es igual, nada ha cambiado”. Sencillamente, lo que antes era pura novedad ahora es nostalgia. Y así debe ser, me digo. El paso de los días no me apena, ni tampoco la paulatina pérdida de vitalidad que voy percibiendo en mí. Porque, además, en las inevitables comparaciones que hago, entre los días de ayer y los de hoy, veo progresos en todos los aspectos. Te sorprendería la facilidad para los viajes, la velocidad de los trenes, la calidad de las ropas (el frío no se siente ni tampoco el peso de las prendas). Contrariamente, hay cosas que me chocan. ¿Entiendes que se pueda construir una torre hueca de veinte pisos y 78 metros de altura, sin utilidad alguna? Aún más llamativo: ¿te entra en la cabeza que se construya un puente que no sirva para unir, como es misión de los puentes, las dos orillas de un río? Pues eso es lo que ocurre ahora.

Epílogo

¿Cómo estás? ¿Te sientes solo? No, ¿verdad? Te acompaña Crescencia, Basilio y Luisina. Nada te puedo contar de aquí pues me ha invadido el desinterés por las novedades. Tal es así, que prefiero releer lo leído y ver las películas vistas, señal de que me estoy instalando en el pasado. Además, como la memoria flaquea puedo disfrutar de las mismas películas que un día me gustaron y que creo verlas por vez primera. Debo admitir que esto es una peculiaridad del paso del tiempo y así ha debido suceder siempre, por más que aparezca como una novedad para mí. Los sucesos y las modas se me presentan pueriles. En esto no me parezco a ti, que conservaste la curiosidad hasta las vísperas de auparte sobre el caballo que te conduciría rumbo a tus padres. Como te digo, ya desde los tiempos de Palencia, siempre he encontrado la vida carente de sentido, pero ahora me parece especialmente insípida, tonta e infantil. Obramos con el aturdimiento de quien considerara ser eterno, como quien diera por supuesto que hubiera de permanecer aquí para siempre. ¿Quién no ha imaginado vivir en un solitario faro abandonado? Pues así contemplo mi vida, al lado del mar, unas veces en calma y otras embravecido, pero siempre a resguardo, protegido por la seguridad de la indiferencia. Pocas ambiciones cumplidas, esta sí. Me he jubilado y vivo aislado, en el desinterés, gozando únicamente del movimiento del mar, de las caprichosas siluetas que forman las olas al romper contra el muro de mi faro que ya no envía destellos al horizonte ni tampoco orienta a los caminantes del mar. Ni tan siquiera ellos consultan; desconfían de las envejecidas lámparas de vacilante destello. Hasta las sirenas, cansadas de entonar sus seductores cánticos, han optado por ir a otras aguas más prometedoras.

Si, en este momento, alguien se interesara en saber si la vida me ha valido la pena, le respondería que tales preguntas son inapropiadas, que están fuera de lugar, porque, al igual que los demás, he carecido de la libertad necesaria como para haber podido decidir la trayectoria del viaje. Un viaje que, por cierto, comenzó con todo el esplendor posible, con los juegos, con Ramonín correteando por las cuestas del castillo, con la exploración de cuevas adonde fantaseábamos fabulosos tesoros escondidos. Debió ser una buena época, Paca era entonces asequible y me gustaba estar con ella, hacerla la rueda para más merecer su amor, Sería después, cuando dejé de ser un juguete, cuando se ceñiría a la práctica de lo que ensalza el pasaje de Marina: *“Dichoso aquel que tiene*

la casa a flote". Y, en la persecución de ese empeño desplegó todo su afán y mostró todo su rigor.

Anoche tuve un sueño, papá: era conducido ante una cinta luminosa, entre negras paredes. Mis guardianes, con cara de pocos amigos, me pusieron frente a la cinta y me empujaron contra ella. Aterrado, puse las manos delante, como defensa, y la cinta se abrió dejando paso a un estrecho pasaje que comunicaba con una verde pradera, con unas suaves montañas al fondo. Allí, sentados en torno a una mesa con blancos manteles, engalanada con flores, exquisitos platos de fruta y otras delicias, me saludabais alborozados haciendo aspavientos con las manos. Vuestros risueños rostros me observaban llenos de curiosidad. Al final un estallido general de risas. Todo había sido una pesadilla, una broma. Al fin allí estábamos todos juntos. Había perros verdes que saltaban jubilosos saludándome y una gatita azul que esperaba mis caricias.

Otra noche viniste a verme. Estabas al lado de mi cama, con esa mirada complaciente con que se representan a los ángeles custodios. Me dijiste haber muerto en paz, que la muerte no es tan dramática como la suelen pintar. ¿Quisiste con ello tranquilizarme como lo hiciste en Valladolid? Te fuiste hablando del caballo y de tu papá. Cuando lo supe, sentí pena y celos pensando en que, cuando llegue, tal vez prefieras estar con él o que seamos demasiados para compartirte.

En el paseo de Zorrilla me entendiste, te pusiste en mi lugar, tuviste piedad de mí, quitaste importancia a las cosas "ningún sufrimiento es para siempre", me dijiste. Aquel inolvidable ¡suelta, hijo, hilo a la cometa! fue definitivo. Nunca lo he olvidado. Yo, que un día me sentí tan desorientado y angustiado como el cirujano que, en sus pesadillas, dudaba de que al intervenir el corazón hubiera cambiado de lugar, .

El día de tu entierro, al pie de la tumba, si no hubiera sido por la vergüenza que me ocasionara la presencia de la gente, hubiera roto en enardecidos aplausos, como se hace con los actores en el teatro, a la caída del telón, tras una soberbia representación. Bordaste el papel, papá. Pena que no pudieras incorporarte para recibirlos. Siempre te mantuviste en un segundo plano, no amabas ser protagonista porque lo eras sin pretenderlo.

Ante mí se ofrecen, dudosos, los últimos acontecimientos por vivir. Atrás quedan, cual instantáneas congeladas, las escenas del ayer: los gestos, las despedidas, las inquietudes, los júbilos, las esperanzas, todo lo que taimadamente nos embrida al futuro, como la

zanahoria al burro. Las expresiones de todas las personas que formaron parte del pequeño conjunto de lo que soy, están inmovilizadas en mi memoria.

Por esa sensiblería, común en los ancianos y los borrachos, reconocí de pronto que los días habían pasado en abundancia y advertí que ya no había enemigos ante los que estar en guardia, que la lucha había cesado y podía contemplar todo como desde lontananza adonde el mal no existe, sólo la bobalicona comunión con el resto de las infelices criaturas, participes todos de esta tomadura de pelo que llamamos existencia. Un estar por encima y lejos, como cuando, en las películas, la cámara inicia un travelling y lo que hasta ese momento era un primer plano se aleja gradualmente hasta desaparecer. Es un estar dentro del drama y ser espectador al mismo tiempo; estar por encima del bien y del mal. Es una situación tranquila aunque insulsa, es como compartir una velada con un Otelo liberado de los celos, con un Hamlet exento de tormentos o con don Quijote sujeto a las conveniencias de la realidad. ¿Qué sentido tendría?

Mucho tiempo hace que dejé de especular acerca del sentido de la vida, del porqué estamos, aspiramos, hacemos proyectos y tenemos sueños. Abandoné esa empresa el día que caí en la cuenta (o me cayeron, quien sabe) de que ni los sueños nos pertenecen. Menos aún, las aspiraciones y los proyectos que, de buena fe, creemos ser autores. Antes te hice una pregunta tonta: “si habías pensado en mí cuando te pusiste manos a la obra. Era una forma de hablar. Eso no impide que dé gracias a la vida por que hayamos coincidido un buen tramo. Cuando soy espectador del curso de otras vidas (y me cabe el honor de hacerlo diariamente), me invade un profundo sentimiento de gratitud. Sí ya sé que en la vida pocas cosas hay que agradecer y tampoco recriminar, pero deja que me tome esta licencia.

Cuando llegue, papá, querré verte aunque ya sé que no será posible, al menos en las condiciones en las que vivimos. Esa es otra renuncia a la que no hay más remedio que someterse. Antes de aceptar los hechos, imaginaba que estarías esperando impaciente en el andén, aunque me imagino que allí no se necesitan los trenes porque ya no haya despedidas ni recibimientos. De todas formas, me gusta imaginar que el día de la resurrección, con nuestros ropajes corporales, cuando vayamos todos en busca de los nuestros, te encuentre esperándome con la complaciente expresión de siempre, en medio del sonido de las trompetas.

Papá estoy a punto de llegar al final. Ahora, superados los peligrosos rápidos del río de la vida, vuelvo la mirada atrás a las vivencias más intensas y que ocupan la mayor parte de mi presente, a aquellas del Casino en las que estamos todos, como, espero que no

dentro de muchas fechas volvamos a estar. Volveremos a encontrarnos con Cruz, Ventura, Mirín y Román. Eso debe ser el cielo.

Aquella comprensión, papá, dejaron atrás los tormentosos días del pasado y trajeron una atmósfera de paz que me ha permitido disfrutar de todo cuanto hago y, mecido en ella, vienen discurriendo los últimos años. Por ejemplo, tengo que hacer verdaderos disimulos para no traslucir el rubor que me causan los frecuentes comentarios, tales como “¡cuánto trabaja usted!”, porque ya nunca más volví a tener la sensación de sufrimiento como en la carrera o en las interminables jornadas en el bar, particularmente en los temibles días de fiesta cuando, por contraposición, todo el pueblo se entregaba a la diversión. Esta parte amable comenzó a partir de aquella charla en el paseo Zorrilla y desde entonces he sido muy afortunado. Gracias a tu serenidad, a tu cariño, papá, mi vida comenzó a discurrir por sendas de placidez, solamente interrumpida por las penillas inseparables de la vida, como la muerte de los perrillos y la posterior salida de los hijos. A ellos toca despedirse de la que ha sido su casa, de sus cosas, de su Golf, de los recuerdos con los perrillos, de todo. Aunque tengo la impresión (o es sólo un deseo?) de que dejan cosas tuyas en la esperanza de que todo continúe igual y que pudieran volver y retomar la vida de antes. Para mí la vida ha sido una continua despedida y lo que se avecina es un nuevo capítulo. Mis niños, mis preciosos niños.

Oigo “Los Millones de Arlequín” y vuelvo a encontrarme en el comedor de los baldosines amarillos. Mi amigo Palomo es el encargado de poner los discos y yo le pregunto por el título de cada uno. Así, mi soledad se va asociando a una melodía determinada y a la trayectoria de personajes, hoy ausentes, que me evocan el mismo terror a la separación, como el primo Pipio cuando pasó por Valladolid para despedir a la familia, antes de tomar el barco rumbo a Argentina.

Cuando te fuiste, otra persona ocupó discretamente tu lugar, de forma que huérfano nunca he estado. Le llegaste a conocer. Él ha cuidado de mí y en él he tenido siempre un cobijo. Cuando la separación, me ofreció su ayuda. Tuvo que ver con el cargo de Santa Isabel y con el hecho de que conociera Estambul. Incluso ahora corrige este escrito. Ya te he dicho que siempre tuve amigos mayores. Es una persona buena y nos vemos todas las semanas, para tomar café. Pese a ser muy espléndido, el único inconveniente es que la mayoría de las veces he de pagar las consumiciones. Pero, papá nada es perfecto.

Y, bien, papá, debo decirte adiós por aquello de dar por finalizadas estas líneas, ya que de ti nunca me separaré. No insistiré en lo mucho que te echo de menos, ni lo importante que eres para mí. Papá, por si algún beatillo tratara de ocasionarte algún

malestar, como cuando querían cerrarnos el bar al paso de las procesiones, no lo des importancia, *suelta hilo a la cometa...* y pelillos a la mar. Adiós, papá.